



El nombre  
de  
*Edrielle*

Mita Marco

# El nombre de Edrielle

Mita Marco

Copyright © 2017 Mita Marco

All rights reserved

## CAPÍTULO 1

Unos golpes en la puerta de su oficina lo hicieron erguirse. Llevaba más de una hora sin apartar los ojos del ordenador, y necesitaba un respiro.

—Adelante —dijo desde la silla, mientras bebía un trago de agua.

En el despacho apareció Tory, la chica de recepción, algo muy raro en ella, porque jamás le permitían moverse de su puesto.

Por su cara, algo malo había ocurrido.

—Ben, tienes que irte —le anunció asustada—. Han llamado del hospital, es Andy.

Al escuchar ese nombre, casi volcó la silla. Salió del despacho corriendo, sin coger ni siquiera la chaqueta, a pesar de que, fuera de la oficina, el termómetro apenas rozaba un grado sobre cero.

Montó al coche, con el corazón en la boca y los ojos llenos de lágrimas.

Tenía que llegar a tiempo, no podía perder ni un segundo.

La barrera del aparcamiento no subía.

—¡Vamos, vamos, joder!

El guardia de seguridad, al verlo tan alterado se acercó.

—Señor Smith, ¿ocurre algo?

—¡La barrera, no sube!

El hombre asintió.

—Lo sé, se rompió esta mañana, los operarios de la compañía están arreglando el mecanismo, han tenido que...

—¡Pero tengo que irme! ¡No puedo esperar a que la arreglen!

El hombre frunció el ceño y lo miró, preocupado. Al ver la cara desencajada de Ben, el guardia se alteró.

—Jesús bendito, ¿no será Andy otra vez?

—Sí.

Al escuchar aquel asentimiento, la levantó en peso para que Ben pudiese pasar.

Trasapó la barrera y aceleró el coche todo lo que aquel permitía.

Poco le importaban las multas, que le retirasen el carnet o ser acusado de ser un peligro público. La persona más importante de su vida lo esperaba en el hospital. Y no pensaba fallarle.

Dejó el coche mal aparcado. ¡Que se lo llevase la grúa si molestaba!

Corrió hasta la recepción, sintiendo que le faltaba la respiración.

Allí no había nadie.

—¡Por favor! ¡Necesito ayuda! —gritó, sin importar las miradas reprobadoras del resto de la gente—. ¡Por favor!

Una enfermera que pasaba por allí se acercó a su lado. Era una mujer joven, rondaría la treintena. Con el cabello rubio y una sonrisa amable.

—¿Ocurre algo, señor?

Ben suspiró al ser atendido.

—Necesito saber dónde se encuentra Andy Smith. Acaban de avisarme a la oficina de que lo habían trasladado al hospital.

La chica asintió y corrió a buscar el nombre en el ordenador que había en la recepción.

A los pocos segundos asintió.

—Andy Smith, aquí está. Acaban de subirlo a planta. A la habitación ciento ocho.

Ben salió corriendo sin agradecer a la chica que lo hubiese ayudado. No pensaba en nada más que no fuese ver a Andy.

Si algo malo le hubiese sucedido por no estar a su lado, jamás se lo perdonaría.

Al llegar a la puerta de la habitación, se encontró con el médico que salía de ella.

—Doctor, soy Benjamin Smith, ¿cómo está?

El hombre lo miró, reconociendo su cara de otras ocasiones anteriores y abrió el informe.

—Señor Smith, Andy ha sufrido otra insuficiencia cardíaca mientras desayunaba. Ha tenido suerte de que su abuela estuviese con él. Si llegan a traerlo quince minutos más tarde, las noticias no serían tan buenas.

Ben se llevó una mano a la frente, sin poder quedarse tranquilo.

—¿Cómo está?

—Ahora está estable, pero ya sabe que con los problemas del corazón nunca se puede estar seguro. Andy necesita un trasplante con urgencia.

Él miró al médico, agobiado, y asintió, con la cara desencajada.

—¿Todavía no hay ningún posible donante?

—Hay donantes, de hecho, ayer murió un señor que donó todos sus órganos. El problema es que no es compatible con el de Andy.

—Dios. —Ben se apoyó contra la pared y cerró los ojos con fuerza. Estaba agotado. Esa situación podía con él, aunque se empeñase en aparentar ser el hombre más fuerte del mundo.

—Tenga fe, Benjamin —lo animó el médico poniendo una mano en su hombro—. No todo está perdido, todavía les queda algo de tiempo.

Él asintió e intentó sonreírle, aunque lo único que consiguió fue hacer una mueca.

—¿Puedo entrar a verlo?

—Claro. Hace cinco minutos preguntó por usted.

Observó al doctor caminar por el pasillo. Cuando lo perdió de vista, agarró el pomo de la puerta y se adentró en la habitación.

Nada más poner un pie en ella, vio a su madre mirando por la ventana. La mujer sonrió al verlo y lo besó en la mejilla.

—Te estábamos esperando.

—He venido todo lo rápido que he podido —comentó, con el rostro cansado.

—¡Papá!

Aquella vocecita proveniente de la cama, lo hizo sonreír.

Ben miró a su hijo, que lo esperaba con los brazos abiertos, y corrió a abrazarlo.

—¿Cómo estás, campeón? —Besó su cabello rubio, bastante corto, y lo revolvió.

—Estoy bien. ¡Ya le he dicho a la abuela que nos vayamos a casa! ¡En el colegio van a ver una película y me la voy a perder! —exclamó con enfado.

Ben rio al escuchar a su hijo.

Lo miró con amor y lo volvió a abrazar.

Aquel niño, demasiado delgado y blanquecino, era la alegría de su vida.

Desde que nació, siete años atrás, Ben comprendió lo que era el amor verdadero. Su hijo era la razón para seguir luchando, el motivo para querer convertirse en mejor persona. Y ahora la vida quería arrebatárselo.

—Hoy creo que tendremos que quedarnos aquí. El doctor quiere asegurarse de que estás bien antes de dejar que vuelvas a casa.

Andy hizo una mueca con los labios.

—¡Pero yo quiero ir al colegio, papá! —Los ojos se le humedecieron.

Verlo llorar le partía el corazón. Acercó la boca a su oído y le susurró, para que su abuela no los escuchase.

—Te prometo que, cuando salgas de aquí, te voy a llevar al cine.

—¿Qué? ¿En serio? —Su carita se iluminó.

—En serio. Comeremos comida basura, tomaremos bebidas con gas...

—Y, después, ¿podremos jugar a fútbol los dos? —La cara del niño se iluminó.

Ben apretó los labios y suspiró.

—Todavía no. Hasta que no tengas un corazón nuevo, y te pongas completamente bien, para ti se acabó el correr.

La tristeza regresó al rostro del niño. Su padre lo abrazó, dándole calor y lo besó en la frente.

—Pero pronto podremos, Andy —le aseguró—. Estoy seguro de que tu corazón nuevo está en camino.

El niño se quedó mirando hacia la ventana de la habitación, lugar donde su abuela se hallaba sentada en un incómodo sofá.

—Papá, ¿por qué estoy enfermo?

Ben cerró los ojos con fuerza, ante la pregunta de su hijo. Esa era la misma pregunta que se hacía él una y otra vez. ¿Por qué tenía que padecer aquello su niño cuando había tanta gente mala en el mundo? La respuesta siempre era la misma.

—No lo sé, Andy. La vida, a veces, no es justa.

Dejaron que se marchasen del hospital dos días después.

El doctor había aumentado la medicación del niño, para intentar evitar aquellos ataques, pero bien sabían que no sería suficiente mucho tiempo.

Ben, su madre y Andy, entraron a su domicilio.

Nada más llegar, el niño echó una carrera hacia su habitación.

—¡Andy, no corras! —le regañó su abuela.

La mujer ya contaba con una avanzada edad, y su nieto, a pesar de su enfermedad, la dejaba sin fuerzas.

Se acercó a su hijo, que metía la ropa del niño en la lavadora, y se apoyó en ella, contemplándolo.

—¿Qué vas a hacer?

Ben se incorporó y miró a su madre, cansado.

—Todavía no lo sé. Había pensado en buscar a algún auxiliar médico para que se quede a su cargo mientras yo trabajo. Pero no creo que pudiese pagarlo con mi sueldo.

Ella asintió y se llevó una mano a la frente.

—Sabes que si pudiera seguiría quedándome con él. Pero yo no estoy

capacitada para esto. La enfermedad de Andy ha ido a peor. No sé lo que hacer frente a sus ataques.

—Lo sé —asintió—. No te preocupes, mamá, me apañaré. Solo necesito unos días para encontrar a una persona que se ocupe de él mientras estoy en el trabajo.

Comenzaron a caminar hacia la habitación del niño. Abrieron la puerta y lo encontraron con la nariz pegada al cristal de la ventana. Miraba a través de ella con ojos soñadores, mientras que empañaba el cristal con su aliento y dibujaba en él.

Su abuela negó con la cabeza y sonrió.

—Andy, no manches el cristal.

—No lo estoy manchando, abuela —rio con picardía—, es arte.

Ben se carcajeó ante su ocurrencia y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ponte el pijama, artista, que voy a prepararte la cena.

Dos horas después, Andy ya dormía en su cama.

Ben se dio una ducha, intentando quitarse algo de estrés de encima, pero le fue imposible.

Ya no recordaba cómo era levantarse un día de la cama sin tener que preocuparse por darle la medicación, o trabajar con todos los sentidos puestos en el ordenador, y no sufrir por si su corazón fallaba estando en clase. No recordaba cómo era reír con su hijo, sin que le rondase por la cabeza que, quizás, era la última vez que lo hacían juntos.

Salió de la ducha, envuelto en un albornoz y se sentó en un taburete que había frente al espejo que ocupaba toda la pared frontal de la estancia.

Se miró en él.

Detrás de esas ojeras y esas arrugas de preocupación, se escondía un hombre de treinta y cinco años. Guapo y agradable, según decía la gente.

Pero, Ben, solo veía a un saco de huesos, triste y sin ganas de socializar con nadie.

Se llevó las manos a la cabeza y las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Echaba de menos a Kate.

Su mujer.

Con ella todo hubiese sido diferente.

Kate era una persona alegre, optimista, cariñosa... Estaba seguro que ella hubiese llevado mejor todo aquello de la enfermedad de Andy.

Pero la vida se empeñó en quitársela también en un accidente de coche. Lo había dejado solo, con un niño enfermo y con el dinero justo en el banco para poder pagar los medicamentos.



## CAPÍTULO 2

La jornada de trabajo fue eterna.

Tuvo que adelantar todo lo que no había hecho los días que estuvo con el niño en el hospital.

En horario normal, llegaba a casa a las cinco de la tarde. Pero, con todo el lío del papeleo pendiente, se le hicieron las diez de la noche. Iba a llegar a casa con el tiempo justo para darle las buenas noches y arroparlo.

Entró a la vivienda, agotado. Las ojeras cubrían parte de su rostro y ya no se quitaban ni durmiendo ocho horas.

Colgó el abrigo en el armario que había en la entrada y se dirigió a la cocina, donde se encontraba su madre fregando los cuatro cacharros que había en el fregadero.

—Hola, mamá.

—Hola, Ben, ¿qué tal el día? —La señora acabó de fregar y tomó asiento a su lado, haciendo una mueca de dolor y agarrando su espalda.

Ben la miró con preocupación.

—¿Te duele mucho?

—Bastante. Pero, no te preocupes, son cosas de la edad —sonrió.

—Mañana mismo empezaré a hacer entrevistas para buscar a una persona que cuide a Andy. Tú te mereces descansar.

La mujer asintió, aunque no muy convencida al respecto.

—Tómate las cosas con calma y elige bien.

Asintió ante las palabras de su madre y se miró el reloj de muñeca.

—¿Dónde está? —preguntó, refiriéndose al niño.

—En su habitación. Esta tarde vino un amiguito a jugar, y se encontraba cansado.

—Voy a verlo.

Su madre se levantó de la silla y asintió.

—Y yo me voy a casa, Paul me espera para cenar —comentó sonriente.

—¿Te llevo yo en el coche?

Ella negó con la cabeza.

—Déjalo, Ben, necesito estirar un poco las piernas. Además, vivo a solo tres manzanas de aquí. En cinco minutos estoy en casa.

—Como quieras.

Al marcharse su madre, Ben caminó hasta la habitación de su hijo. Abrió la puerta y lo encontró jugando con unos coches, tirado en el suelo.

—Hace frío para que estés en el suelo.

—¡Papá! —gritó al verlo—. Te estaba esperando. La abuela me dijo que me fuera a dormir, pero yo no le hice caso porque quería darte las buenas noches.

Ben rio y lo llevó a la cama, en brazos.

—Pues, ahora, a dormir. Ya me puedes dar las buenas noches —Sonrió.

Arropó al niño y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, Andy.

Su hijo lo miró unos segundos, y finalmente habló.

—Papá, ¿me cuentas un cuento?

—¿Ahora? ¿No es un poco tarde?

—¡No! ¡Uno cortito!

Ben recorrió la pequeña carita con la mirada y asintió. Había estado todo el día sin verlo, lo había echado de menos. También le apetecía pasar algo de tiempo con su hijo.

—Bueno, ¿qué cuento quieres oír?

—¡Uno nuevo!

—¿Nuevo? —Ben se llevó la mano al mentón y se quedó pensando unos segundos—. Está bien. Este cuento me lo contaba la abuela cuando era pequeño, y me gustaba mucho.

—¿Sí? —El niño abrió mucho los ojos y rio—. ¿Cómo se titula?

—Pues... no lo sé —rio—. Es un cuento muy antiguo. De esos que han pasado de padres a hijos.

El niño asintió, interesado.

—¡Cuéntamelo!

Ben carraspeó para aclarar la voz y se concentró en su hijo.

—Érase una vez, en la época dónde las personas temían a las criaturas de los bosques y al poder de la magia, vivía un caballero que combatía bajo las órdenes del viejo rey de Irlanda.

—¡Irlanda! —exclamó el niño, interrumpiendo a su padre—. ¡Es donde vivimos!

Ben rio y continuó.

—Diarmuid de Clare, que así se llamaba, era el guerrero más temido de todas las tierras irlandesas. El rey confiaba plenamente en él. Dejaba en sus manos la planificación de las estrategias para vencer al enemigo, y así conseguir tierras y riquezas para la corona. El rey, tan contento estaba con sus logros, lo nombró conde y lo premió con un enorme castillo al norte del reino. Pero, la naturaleza de los hombres es codiciosa, y Diarmuid sintió que él merecía mucho más que un pequeño título de agradecimiento.

En una cena en el palacio real, el guerrero le reprochó al monarca la poca generosidad y le pidió una recompensa más cuantiosa por sus años de dedicación. El rey, enfadado, lo expulsó del palacio y le retiró el título condal, junto con el castillo y la riqueza que poseía. Diarmuid, después de aquello, se convirtió en un paria para la sociedad irlandesa, un indeseado y rechazado por las personas que, días atrás, besaban el suelo por el que pisaba.

Acabó viviendo en los bosques, peleando con las criaturas nocturnas por la comida y escondiéndose de aquellos seres que solo salían en la oscuridad. Aquellos de los que las personas solo habían oído hablar, y unos pocos desgraciados habían tenido la mala suerte de encontrarse.

Una noche, mientras comía la carroña que quedaba en el esqueleto, casi putrefacto, de algún animal, escuchó unos gemidos lastimeros. Dejó de comer y se puso en pie, concentrando todos sus sentidos en aquellos sonidos.

A través del agujero que había en un viejo árbol, descubrió a un hombre tirado en el suelo. Se acercó a él, todavía con cautela, y lo observó.

El guerrero incorporó al hombre y observó que sus ojos se cerraban.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así?

—La vida tiene diferentes fases, y todas son bellas —contestó el extraño, con serenidad.

—¿Eso qué tiene que ver con lo que te he preguntado? —Diarmuid frunció el entrecejo—. ¿Qué te ocurre? ¿Te han herido?

El hombre clavó sus inquietantes ojos en él. Consiguió que su piel se erizase.

—Mi respuesta era la correcta. Son tus oídos los que no saben interpretarla.

—¿Eso qué quiere decir? —Diarmuid se separó un poco de él. Había algo en aquel hombre que lo hacía temer.

—Lo que quiero decir es que mi vida se acaba.

—¿Y qué tiene eso de bello?

El guerrero no podía dejar de observar a ese hombre. Aparentemente, era bastante joven y atractivo. Su piel era nívea, tenía un cuerpo delgado, desgarrado, pelo largo y negro, con unas manos grandes y uñas en forma de garras.

—El final de la vida posee una belleza oculta que pocos humanos podéis ver

—continuó el desconocido, clavando la mirada en Diarmuid.

—¿Podéis? ¿Por qué hablas como si no fueras uno?

—Porque no lo soy.

Diarmuid sintió su corazón acelerarse. ¿Qué estaba diciendo aquel loco? ¿Que no era humano? ¿Que era una de las criaturas del bosque?

Sin poder remediarlo, lo recorrió con la mirada por segunda vez. Necesitaba ver si había algo en su cuerpo que le indicase si lo que decía era cierto.

El desconocido rio al ver lo que hacía. Negó con la cabeza y sus ojos se oscurecieron de repente, tornándose negros por completo.

—Soy un álfar —le indicó con orgullo—. Aunque los humanos nos conocéis por el nombre de elfos.

El guerrero tragó saliva al oírlo.

Había escuchado hablar sobre esas criaturas, sin embargo jamás, en ninguno de sus combates ni viajes, se había cruzado con ninguna.

—No puedes ser un elfo. ¡Los elfos son mágicos e inmortales! Todo el mundo lo sabe —lo atacó Diarmuid, negándose a creer las palabras de aquel.

—Leyendas, humano, simples leyendas —respondió, divertido por la ignorancia del guerrero—. Diez mil centurias dura la vida de un elfo, pero no somos inmortales. —Se removió un poco, con incomodidad—. Y, en cuanto a magia... Sí, los álfar somos seres de luz. Nuestro poder es para hacer el bien. Jamás encontrarás a uno de los míos dañando a nadie.

Diarmuid frunció el entrecejo. Había tantas cosas que no encajaban...

—Si es verdad todo lo que me has dicho, ¿qué estás haciendo aquí, muriendo en medio del bosque?

—Este es mi hogar. La naturaleza es mi casa y no quiero fallecer en ningún otro sitio.

—¿Solo? —lo interrogó—. Quiero decir... ¿Vas a morir solo, sin nadie que te vele?

—Ya no estoy solo, humano. Ahora estoy contigo. Y todavía no sabes la suerte que tienes de estar en este preciso lugar —sonrió.

No le gustaba aquello que le acababa de decir. ¿Suerte? ¿Por qué? Por instinto, llevó una mano a su espada, para desenfundar si era necesario.

La criatura rio.

—¿Vas a matarme? —Sus ojos se clavaron en el guerrero—. Si lo haces, no podrás quedarte mis dones. Te pertenecen.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es como debe de ser. Cuando un álfar muere, deja su luz a la persona más

cercana. En manos de dicha persona está en usar la magia para el bien o para el mal. —El elfo hizo una mueca de dolor y miró de nuevo al hombre—. ¿Cómo crees que han conseguido sus dones los curanderos y los brujos a los que acudís en busca de ayuda?

—¿Sus poderes son vuestros?

—Exacto. —Un estremecimiento recorrió el cuerpo de la criatura. Alzó una mano e intentó coger la de Diarmuid—. No me queda mucho tiempo. Dame tu mano. Si tardamos un poco más, no tendré fuerzas para hacerlo.

Él se quedó inmóvil, sin saber lo que hacer.

No confiaba en aquel ser, de hecho, ya no confiaba en nadie. Pero, si lo pensaba bien, ¿qué podía perder por intentarlo?

Aquel moribundo no suponía la mínima amenaza para él. Tenía su espada y unos conocimientos de lucha mayores que ningún hombre en el reino.

Decidido, cogió su mano.

De inmediato, una gran luz se apoderó del cuerpo del elfo. Era cegadora y cálida. Diarmuid sintió una descarga de energía recorrerle el brazo, y después... oscuridad.

Cuando despertó, se sintió raro. Miró a su alrededor y no encontró al elfo. Había desaparecido.

Observó sus manos, en busca de algún signo que indicase que la magia estaba con él, pero todo se veía normal. Sin pensarlo dos veces, cerró los ojos y se concentró en un pensamiento. Cuando los abrió, su cuerpo flotaba a un metro de la tierra.

Bajó al suelo, con tranquilidad, y sonrió entrecerrando un poco los ojos. Tenía magia. Aquel ser le había dado sus dones.

Alzó la cabeza y miró hacia la ciudad.

El rey y sus súbditos le habían dado la espalda, sin agradecerle todo lo que había hecho por ellos. Lo desterraron y olvidaron como a un simple vagabundo. Pero aquello no se iba a quedar así.

Diarmuid quería venganza y, con sus dones, la conseguiría.

Tres días y dos noches tardó en conseguir su objetivo.

El viejo rey fue enviado a exilio y Diarmuid ocupó su trono.

Tenía cuanto quería. Riqueza, una vida cómoda, el temor de sus enemigos por los rumores de brujería que corrían sobre su persona, la abnegación de sus súbditos... Era todo lo que un día pudo soñar.

Pasaron los años y el rey envejeció. Sus cabellos se tornaron blancos y su cuerpo dejó de tener agilidad.

Diarmuid sabía que, a lo sumo, le quedaban una decena de años en el mundo, y necesitaba un heredero. Había pasado toda su vida guerreando, intentando

conseguir que el reino de Irlanda creciera y se enriqueciese, y había olvidado que cuando él faltase no habría nadie que ocupase su lugar. A veces, pensaba en dejarle la corona a alguno de los caballeros que luchaban a su favor. Pero desechaba rápidamente la idea. No quería que su sangre y su linaje se perdiesen.

Decidido a desposarse, ordenó a todas las jóvenes solteras a presentarse en palacio, para poder elegir a la que sería su futura reina.

Más de ocho mil mujeres pasaron por el salón real, pero Diarmuid solo se fijó en una.

Era de origen humilde, hija de un herrero y una panadera. En su mirada se podía adivinar un carácter fuerte, pero dulce.

Su cabello era rojo como el fuego, largo y lacio. Poseía unos ojos enormes de color azul celeste, que parecían traspasar al mirar, y un cuerpo delgado pero fuerte, de caderas anchas, capaz de parir a sus vástagos.

Su nombre era Edrielle.

Diarmuid celebró el enlace ocho días después de elegir a su esposa.

Fue una celebración por todo lo alto que duró casi una semana.

Todo el reino estaba contento de que la mujer de su monarca fuese de origen humilde como ellos. La reina Edrielle era una persona amable y bondadosa, preocupada por el bienestar de los súbditos.

Pero, pasaron los años y la reina no conseguía darle un heredero a Diarmuid.

El monarca, cada vez más desesperado, comenzó a vigilar a su mujer. Ella era joven, no había ningún motivo para que no se quedase encinta.

Una mañana, vio que Edrielle ensillaba su caballo y abandonaba el palacio sin escolta. Diarmuid cogió su corcel y la siguió, agazapándose entre la maleza para no ser descubierto.

Su mujer llegó a una cueva, escondida en la espesura del bosque, y se adentró en ella.

Cuando el rey se introdujo en la cueva, siguió el sonido de las pisadas de su esposa.

Al final de la cueva había una cesta y una palangana con agua.

Edrielle sacó unas hierbas de la cesta y las mezcló. Cogió un poco del brebaje en un cuenco y se lo llevó a la boca. Pero no pudo beber mucho, pues una sombra la sobresaltó.

—Esposa, ¿qué estás bebiendo?

—Nada. —La reina tiró el contenido del cuenco al suelo. Miró a su marido y le sonrió—. Mi señor, no sabía que me seguía.

Diarmuid se acercó a ella y cogió un puñado de las hierbas que había en la cesta. Se las llevó a la nariz y las olió.

—Fárfara —dijo al reconocerlas. Su mirada cambió y se tornó feroz—.

¿Has estado bebiendo esto para no tener niños?

La joven negó con vehemencia.

—¡No, no mi señor! Solo quería mejorar mis cólicos.

—¡Mentira! Sé para qué sirve esa hierba —la acusó. La respiración de Diarmuid se volvió pesada y los dientes le rechinaron—. ¡Estás negando a tu rey el derecho a un heredero!

—¡No, no, de verdad!

—¡Deja de intentar engañarme, mujer! ¡No soy un tonto!

Edrielle tragó saliva y negó con la cabeza.

—No te engaño, esposo.

Diarmuid la cogió por el brazo y la zarandeó.

—¡Eres una embustera! ¡Habla!

—¡Está bien! —Se soltó de un tirón, consiguiendo que el hombre se tambalease—. ¡No quiero tener a vuestros hijos! ¡Jamás con un rey déspota, que consigue todo lo que desea guerreando y matando a quien piensa diferente!

—¡Me debes lealtad!

—¡Nunca! —gritó Edrielle—. ¡Me obligasteis a casarme con vos, me sacasteis de mi ciudad y me recluisteis en ese castillo! ¡Antes que parir a vuestros hijos, prefiero vivir encerrada en esta cueva lo que me queda de vida!

Diarmuid la fulminó con la mirada y expulsó el aire que llevaba conteniendo. Dio un paso hacia ella y asintió.

—Pues, así va a ser.

Edrielle abrió los ojos por el asombro.

—¿Qué?

—A partir de hoy, esposa, ya no verás la luz del día!

—¡No!

—Es más —Diarmuid se remangó y dirigió los brazos hacia ella, sin tocarla. De sus manos apareció un intenso resplandor, haciendo que la joven retrocediese—. Edrielle O'Rourke, yo te maldigo. Hasta el día de tu muerte, no podrás volver a salir de esta cueva, vivirás recluida y sin poder ver a ninguna persona que no sea yo. Pero ni el día de tu muerte encontrarás la paz. Pasarás la eternidad como alma en pena, cuidando a todos los niños bastardos del mundo, ya que no has querido tener uno propio y darle tu amor a él.

Ese mismo día, el rey anunció la repentina muerte de su esposa. Todo el reino quedó apenado por el fallecimiento de la reina Edrielle.

Diarmuid, por su parte, volvió a casarse con otra joven. Nacieron tres vástagos de dicho matrimonio, y todos varones. El rey consiguió su sucesor al trono.

Edrielle vivió encerrada en la cueva. Había días que prefería la muerte a esa

horrible existencia. Pero su estancia en el mundo duró poco.

Tras la muerte del rey, ella corrió la misma suerte, por ser Diarmuid el que le proporcionaba comida y agua.

Como estaba escrito en la maldición, su alma no descansó en el cielo.

Cada vez que un niño huérfano, o sin hogar, la nombraba cuatro veces seguidas, Edrielle aparecía y se llevaba al infante con ella, para cuidarlo y protegerlo como una madre haría con sus hijos.

Y así sigue desde entonces hasta nuestros tiempos. Cuidando de los niños y proporcionándoles un hogar a su lado.

Tras acabar con el cuento, Andy miró a su padre con los ojos abiertos como platos.

—Pero, papá, si Edrielle era buena, ¿por qué tuvo ese final?

—Por ponerse en contra de Diarmuid.

—¡No es justo! Si yo hubiese estado allí...

Ben rio y palmeó el hombro del niño.

—Solo es un cuento, Andy.

—Ya lo sé —le sonrió—. Pero, ¿a que sería guay que Edrielle hubiese existido?

—Pues sí. Podría ayudar a muchos niños huérfanos —asintió, divertido por las ocurrencias de su hijo.

—¡Y también existirían los elfos! ¡Y nos podrían dar su magia!

Ben arropó a Andy y se levantó de la cama.

—Bueno, jovencito, ya es hora de dormir. Mañana no va a haber nadie que te saque de la cama para ir al colegio.

—Vale —comentó con un suspiro—. Oye, papá, ¿me contarás mañana otra vez el cuento de Diarmuid y Edrielle?

Ben rio y asintió.

—Trato hecho. —Dio la vuelta y cogió el pomo de la puerta.

—¡Papá! —Ben volvió a mirar a su hijo—. ¡Tengo una idea! ¿Por qué no llamamos a Edrielle?

—Andy, es un cuento. Edrielle no existe.



—Pero no pierdo nada por probar, ¿no? —Se incorporó de la cama un poco —. Me encantaría verla y que me contase su historia.

—Edrielle solo aparecería si fueses un huérfano sin hogar, cosa que no eres —Ben rio.

—Da igual, ¡yo quiero probar!

Su padre resopló y se mordió el labio inferior. Cansado de intentar convencerlo y sabiendo que hasta que no lo hiciera no iba a parar, asintió.

—Venga, ¡llámala y corre a dormir de una vez!

Andy sonrió, contento. Cerró los ojos, apretó los puños con fuerza y se concentró.

—¡Edrielle, Edrielle, Edrielle, Edrielle!

Al terminar, abrió los ojos y se quedó en silencio, esperando por si ocurría algo. Miró a su padre y frunció el ceño.

Ben, cansado, fue hasta la cama.

—Ya está bien. Lo has intentado y no funciona. —Lo volvió a arropar—. Es un cuento, nada más. Ahora a dormir.

Andy asintió y apoyó la cabeza contra la almohada. Dio un beso a su padre y le sonrió.

—Buenas noches, papá.

## CAPÍTULO 3

Ben despertó con dolor de cabeza. Sentado en la mesa de la cocina, con un café en la mano, miraba al vacío.

No dormía bien. Las preocupaciones eran demasiado para él, y no podía deshacerse de ellas ni en sueños.

Para colmo, a mitad de la noche lo despertó un temblor. Al incorporarse, creyó ver una especie de niebla por el pasillo. Pero, tan adormecido como estaba, no le dio importancia. Lo único que hizo fue ir a ver a Andy. Siempre lo hacía para asegurarse de que estuviese bien.

Al acabar de beberse el café, fue hasta el cuarto de baño y se tomó un analgésico. Necesitaba estar al cien por cien. Tenía un día estresante por delante y no podía permitirse pedir más ayuda. Ya bastante hacía por él su madre.

—Andy, ¿has terminado de vestirme?

—¡Me faltan los zapatos! —gritó el niño desde su habitación.

Ben se miró el reloj de muñeca e hizo una mueca con la boca.

—La abuela llegará en cinco minutos, no tardes.

De inmediato, el niño apareció por la puerta. Al verlo, su padre rio. Llevaba la camisa mal metida en los pantalones y los cordones sin atar.

Se agachó a su lado y comenzó a ponerlo bien.

—¿Te has comido todo el desayuno?

—Menos el zumo.

—¿La medicación?

—Sí.

—¿Y la mochila está preparada?

—Que sí, papá. —Puso los ojos en blanco—. No soy un bebé. No hace falta que me lo preguntes todos los días.

Ben rio.

—Tienes razón, eres mi hombrecito.

Sonó el timbre de la puerta. Andy fue a abrir y por ella apareció su abuela.

—Buenos días —Besó a Andy en la frente y a Ben en la mejilla—. ¿Todo listo para ir a la escuela?

—Sí, abuela, voy a por la mochila.

El niño desapareció, corriendo, y su abuela suspiró.

—¡Andy, no corras! —Al no recibir respuesta, se concentró en su hijo, que se frotaba los ojos con las manos—. Benjamin, pareces cansado.

—Lo estoy. Últimamente no duermo casi nada.

—Pues tienes que hacerlo. No quiero que enfermes tú también.

—No voy a enfermar, mamá. Pero los nervios y las preocupaciones no me dejan.

La mujer asintió, pues comprendía a la perfección el padecer de su hijo.

—¿Llamaste al hospital para solicitar enfermero?

—Llamé nada más levantarme —asintió—, si no surge ninguna complicación, esta tarde vendrá la persona asignada para hablar sobre el niño.

Su madre lo miró, preocupada.

—¿Estás seguro de que no es mejor buscar uno tú mismo? No me fio del personal sanitario público. A saber a quién mandan para ocuparse del niño.

Ben suspiró.

—Mamá, no tengo otra opción. No gano tanto dinero como para poder pagar el sueldo de otra persona.

—Sabes que si yo pudiera ayudarte... —dijo con pesar.

—No te preocupes, bastante haces ya con ocuparte del niño.

En ese momento, Andy apareció en el salón, corriendo.

—¡Soy el rey Diarmuid! ¡Os tenéis que rendir!

Su padre rio y negó con la cabeza.

—Andy, no corras.

—Con que el rey Diarmuid, ¿eh? —preguntó su abuela, divertida—. A tu padre también le encantaba esa historia de niño. Incluso llamó a Edrielle —rio.

—¡Como yo! —gritó Andy.

—Yo no hice eso —se quejó Ben.

—Sí que lo hiciste, y te llevaste una gran decepción cuando no apareció, incluso te pusiste a llorar.

Andy rio ante las palabras de su abuela.

—¿En serio, papá? —Dio una vuelta sobre sí mismo y lo apuntó con una espada imaginaria—. Los hombres no lloran.

Ella rio y lo cogió de la mano.

—Vamos, Diarmuid, que llegamos tarde al colegio.

Al quedarse solo en casa, Ben suspiró. Cogió el maletín con sus papeles, la cartera, las llaves del coche, y se fue a la oficina.

El día en la oficina fue eterno. De hecho, desde que Andy enfermó eran todos así. Apenas podía concentrarse lo suficiente como para hacer bien su trabajo. Lo único que quería era regresar a casa y estar con el niño.

Allí, en el trabajo, todos eran muy condescendientes con él, incluso su jefe. En otras circunstancias ya hubiese sido despedido, pues faltaba a su puesto con bastante asiduidad. Pero, en la oficina, todos sabían lo que le ocurría a su hijo y le echaban una mano cada vez que podían.

Ben lo agradecía de corazón. Esas personas a las que solo conocía por compartir unas horas en su compañía, habían demostrado que lo apreciaban de verdad. Muchas veces, y aunque no le gustaba hacerlo, se emocionaba cuando recibía tanto cariño por su parte.

Tenía que reconocer que, en lo que le quedaba de vida, jamás podría agradecer lo que estaban haciendo por Andy y por él. Sentía que no lo agradecía lo suficiente, que debía de hacer algo por ellos, pero su cabeza no daba para más. Lo único en lo que podía pensar era en recibir una llamada del hospital anunciando que el nuevo corazón de su hijo lo esperaba para el trasplante.

A mediodía recogió sus cosas y regresó a casa.

Normalmente, comía en la oficina, para no tener que hacer un viaje en balde, pero como esperaba la visita del enfermero que le asignaron en el hospital para cuidar a su hijo, tuvo que irse.

A las tres y cuarto de la tarde, el timbre de casa sonó.

Al abrir la puerta, se encontró con una jovencita mirándolo. La observó de arriba abajo y frunció el ceño.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Ben no podía dejar de mirar su pelo. Era liso, cortado de forma irregular y de color verde.

—¿Es usted Benjamin Smith? —preguntó ella con una sonrisa en los labios.

—Sí, soy yo. ¿Y tú...?

—Denise Murphy. Soy la enfermera que usted esperaba. —Le tendió la mano para estrechársela y darle su identificación.

Pero Ben no lo hizo. En su lugar, la observó de nuevo.

Vestía con una blusa descolorida, demasiado grande para ella, aunque estaba seguro de que todo lo que se pusiese esa niña le quedaría enorme, pues estaba prácticamente en los huesos. Encima de la blusa llevaba un chaleco lleno de flecos. Los pantalones tampoco eran demasiado favorecedores. Se notaba que eran viejos y pasados de moda, pues eran de perneras acampanadas.

—¿Te han mandado a ti desde el hospital? —preguntó sin llegar a creérselo. La chica lo miró a los ojos, fijamente, y asintió.

—Sí, señor.

—¿Así vestida?

Denise apretó los labios al escuchar aquello.

—¿Qué tiene que ver mi ropa con esto?

Ben negó con la cabeza, volvió a mirarla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Solo eres una cría. ¿Cómo vas a ser capaz de cuidar a mi hijo?

—¿Perdone? —Aquella situación empezaba a cansar a Denise.

—Pues que... mírate. —La señaló—. ¿Qué tienes... diecinueve, veinte años?

—Veintiséis —respondió, muy digna.

—Andy necesita a alguien con más experiencia que una niña de veintiséis años, con el pelo de una loca y vestida como una hippie.

Denise se irguió y apretó los puños.

—Esta cría tiene la carrera de enfermería y está en segundo de cardiología —Miró a Ben a los ojos, con hostilidad—. ¿Qué conocimientos médicos tiene usted, señor Smith? Porque si son mayores que los míos, no veo el por qué ha solicitado la ayuda de un profesional. Tampoco veo el problema con mi ropa. Usted viste como un viejo y yo no me he quejado.

Ben se quedó boquiabierto por las palabras de aquella joven. No podía creer que se hubiese atrevido a decirle aquello.

—Mire, señorita...

—No, mire usted, señor Smith —lo interrumpió Denise—. Yo he venido a hacer mi trabajo, si no le interesa, estaré encantada de comunicarlo en el hospital y será libre para poder contratar a un enfermero por su cuenta.

Aquello descolocó a Ben.

Según las palabras de esa niña, o la aceptaba a ella o tendría que pagar por otro enfermero.

Empezó a agobiarse. Él no tenía tanto dinero como para poder hacer frente a un gasto como aquel. Pero, por otro lado, si decidía quedarse con esa jovencita, la preocupación por la seguridad de Andy sería insoportable.

Se enfadó. ¿Cómo era posible que desde el hospital le enviaran a una cría? Su hijo necesitaba a un profesional, no a una hippie con el pelo verde.

Pero, ¿qué salida le quedaba?

Volvió a mirar a Denise, por quinta vez consecutiva, consiguiendo que la joven se sintiese incómoda.

—Está bien. Te vas a quedar, pero más vale que sepas lo que haces, niña.

—No.

—¿Perdón?

—Ahora soy yo la que le advierte, señor Smith. —Su semblante se volvió duro—. Solo me quedaré con la condición de que deje de llamarme niña y de que me deje hacer mi trabajo como yo considere que es correcto.

Ben rechinó los dientes, pero finalmente asintió.

—De acuerdo.

—Nada de meterse con mi ropa, ni con mi pelo.

—Ya te he dicho que estoy de acuerdo —gruñó.

—Perfecto. —El rostro de Denise volvió a ser el mismo que al principio, amable y sonriente—. Vendré mañana a primera hora.

## CAPÍTULO 4

Como cada noche, Ben fue al cuarto de Andy a arrojarlo antes de dormir. Lo encontró mirando por la ventana, echando el aliento sobre ella y dibujando garabatos sobre el cristal manchado.

—Ya es hora de ir a la cama, campeón.

El niño lo miró, sonriendo y caminó hacia el lecho. Cuando se acostó, su padre acomodó la manta a su cuerpecito y le dio un beso en la frente.

—Oye, papá. —Cuando Ben le prestó atención, continuó—. ¿Tú crees que la princesa Edrielle sufrió mucho en esa cueva?

—Es solo un cuento, Andy. Nadie sufrió en ninguna cueva.

—Pero, si hubiese existido, ¿tú crees que habría sufrido allí sola?

Ben se quedó observando a su hijo y se encogió de hombros.

—A nadie le gusta estar solo.

—¿Ni a ti tampoco?

—Yo no estoy solo. —Revolvió el cabello del niño—. Te tengo a ti y a la abuela.

Andy se quedó pensando unos segundos y sonrió.

—A mí tampoco me gusta estar solo, es muy aburrido.

—Y no lo estarás. Todo el mundo te quiere.

—¿Es verdad que mañana vendrá una enfermera a cuidarme?

Ben asintió, pero torció el gesto al acordarse de la chiquilla.

—Sí. Se llama Denise y seguro que os lleváis bien.

—¿Entonces ya no vendrá más la abuela a llevarme al colegio? —preguntó interesado.

—La abuela está mayor y no puede llevar ese ritmo mucho tiempo. Pero seguirá viniendo a verte casi todos los días.

Andy asintió, conforme con las palabras de su padre.

Dio un golpe a su lado, en la cama y le sonrió.

—¿Te quedas a dormir un rato conmigo?

—Tengo facturas que hacer, campeón —dijo, negando con la cabeza.

—Solo un rato, hasta que me duerma. —Lo miró con ojos suplicantes—. Por favor.

Ben rio.

—Está bien, hazme un lado.

Se abrazó al niño y aspiró su aroma. Estar con él, así, era pura felicidad.

A los pocos minutos, Andy se quedó dormido, pero Ben no quería dejarlo tan pronto. Pasaba muy poco tiempo con él y le apetecía tenerlo abrazado más tiempo.

Al cabo de diez minutos, Ben se quedó también dormido, junto a su hijo.

Despertó desorientado. No sabía si habían sido imaginaciones suyas, pero había notado un temblor, como la noche pasada.

Se miró el reloj de muñeca y resopló. Eran las tres de la madrugada y las facturas sin hacer. Al querer incorporarse, otro temblor lo sobresaltó.

—Pero, ¿qué...?

A los pocos segundos, la habitación de su hijo se comenzó a llenar de una especie de neblina.

Miró hacia la ventana, asegurándose que no se colaba de la calle. Pero estaba cerrada. No entendía nada. ¿De dónde salía esa niebla? Miró hacia todos lados, pero no pudo descifrar el misterio. Al dirigir sus ojos hacia la puerta de la

habitación, vio de refilón una tela de color azul cruzar por el pasillo y, tras ella, cabello. Pero no un cabello normal, sino rojo, un rojo tan intenso que parecía fuego.

Ben se incorporó de la cama y se puso en guardia. Alguien se había colado en casa. No sabía si era un ladrón o un loco, pero Andy y él no estaban solos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz alta, más asustado de lo que quería aparentar—. Acabo de llamar a la policía, así que más vale que se vaya —mintió—. Tengo una pistola.

Armándose de valor, caminó hacia la puerta. Si había alguien en su casa, lo echaría él mismo.

Cogió del escritorio de Andy su bate de beisbol y, armado con él, caminó por las distintas estancias. Pero, allí no había nadie.

Aseguró todas las ventanas. No había ninguna forzada. Y la puerta de entrada seguía con el cerrojo. Confundido, regresó al cuarto del niño, donde la niebla también había desaparecido. ¿Qué había sido todo aquello?

Se llevó las manos a la cabeza y resopló, expulsando el aire que llevaba aguantando en los pulmones. ¿Habría sido su imaginación? ¿Un sueño? ¿Realmente se había metido alguien en su casa?

Estuvo despierto, sentado junto a Andy que dormía con placidez, casi dos horas. Cansado, y convencido de que todo había sido fruto de su imaginación, se fue a dormir.

El sonido del timbre de casa lo sobresaltó. Se miró el reloj de muñeca y comprobó que su despertador no había sonado, y si lo había hecho él ni se enteró.

Con los ojos entrecerrados por el sueño, fue a abrir la puerta. Al hacerlo, se encontró con Denise.

Ella lo miró con burla y se llevó una mano a la boca para no reír.

—Vaya, ¿esta es la clase de recibimiento que voy a tener todos los días? —dijo ella.

Ben resopló y la observó con fastidio.

—¿A ti no se te ha hecho tarde nunca?

—Uy, sí, millones de veces —asintió, y acto seguido señaló el pantalón de Ben—. Pero usted tiene a su amiguito contento.

Él se tapó con rapidez la erección matutina y la fulminó con la mirada.



—¿Hoy ha venido la niña con ganas de bromas?

—¡Ya le dije que no me llamase así! —le exigió.

—Has empezado tú.

—Se lo debía por la forma en que se comportó ayer.

Se quedaron los dos en silencio, lanzándose rayos laser por los ojos.

—Papá. —Aquella voz los hizo ladear la cabeza—. ¿Es ella?

—Sí, campeón, esta es Denise —asintió.

Ella se acercó al niño y se agachó hasta quedar a su altura. Sonrió al ver su carita pecosa.

—Hola, Andy, ¿cómo estás?

—Bien, pero voy a llegar tarde al colegio.

La chica rio.

—De eso nada, yo te llevaré a tiempo. —Se levantó y acarició la cabeza del niño—. ¿Me dices dónde está tu habitación y elegimos la ropa que vas a llevar?

Al verlos desaparecer por el pasillo, Ben resopló. Caminó hasta su cuarto y comenzó a vestirse. Mientras lo hacía, no dejaba de recordar el episodio de la pasada noche.

Ese temblor, la niebla, el pelo rojo...

Cada vez estaba más seguro de que había sido un sueño. Aquello no tenía ninguna explicación, y jamás se le hubiese ocurrido contárselo a nadie, pues lo podrían tachar de loco.

Al volver a repasar los hechos, comenzó a reírse de sí mismo. ¡Qué tontería! Había sido un sueño, uno muy real, pero un sueño.

Llegó a la cocina y preparó su desayuno y el de Andy, que todavía estaba en el cuarto de baño peinándose con Denise. Cuando terminaron, se reunieron con él.

—Cómetelo todo —le dijo a su hijo.

Se sentaron los dos a desayunar, mientras ella miraba por la ventana.

Ben no pudo dejar de fijarse en la ropa que llevaba ese día. Una camiseta con las mangas acampanadas y una falda ancha, hasta los tobillos. Negó con la cabeza, con reprobación, y se concentró en su desayuno. De repente, recordó su falta de educación.

—Denise, no te he ofrecido un café.

Ella dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—No se moleste, señor Smith —declaró con rapidez.

No se sentía cómoda en esa casa. Ese hombre la trataba como si fuese un bicho raro. Lo único que quería era que Andy terminase de desayunar para salir de allí.

Mientras duró su jornada laboral, Ben telefoneó a Denise casi una docena de veces. No confiaba en ella y quería asegurarse de que su hijo estuviese bien. Al final, dejó de hacerlo al notar el hastío en la voz de la joven. Aun así, ganas de telefonar de nuevo no le faltaron.

A la hora de comer se dejó convencer por una compañera de trabajo para ir a un restaurante.

Emma, que así se llamaba, llevaba casi tres meses insistiendo en quedar con él, pero Ben tenía suficiente con las preocupaciones como para tener citas.

Era una mujer preciosa, tenía que reconocerlo. Su cabello era rubio, largo y lacio, su cuerpo era voluptuoso y bonito, de esos por los que la mayoría de los hombres giraban la cabeza al ver pasar por la calle, y su forma de ser era desenfadada, dicharachera y con un punto pícaro.

La verdad era que, cuando empezó trabajar en aquellas oficinas, le llamó la atención. Era la chica más guapa del edificio, y parecía estar interesada en él. Pero, poco después, Andy sufrió su primer paro cardíaco y todo se complicó.

—Y, dime, Ben —habló ella, mientras le daba un trago a su copa de vino—, ¿cómo es posible que un hombre tan guapo siga viudo?

Él sonrió y se limpió un poco la boca con su servilleta.

—Con la enfermedad de mi hijo no tengo tiempo para mucho, la verdad. Pero, gracias de todos modos por llamarme guapo —rió.

—Lo eres. —Se llevó una mano a la boca y acarició sus labios, sugerente—. Y yo, ¿te parezco atractiva?

Ben se la quedó mirando, sin decir ni una palabra. Finalmente asintió.

—Me pareces una mujer preciosa, Emma.

—Me alegro oírte decir eso. —Sonrió con coquetería—. Si te soy sincera, desde que te conozco, me muero de ganas de tener algo contigo.

Él se llevó una mano a la frente y negó con la cabeza.

—Lo siento, pero yo no estoy preparado para comenzar una relación. Mi hijo es mi prioridad.

—Lo entiendo —comentó Emma—, aunque yo no me refería a ser tu pareja. Primero me gustaría conocerte en otros aspectos.

Ben no contestó, pero se la quedó mirando con fijeza. Dio un trago a su copa, pensando en sus palabras y asintió.

—Conozcámonos.

Terminaron la comida y salieron del restaurante. Todavía les quedaba una

media hora para que comenzase su jornada laboral, pero aun así se dirigieron a la oficina en el coche de Emma.

Lo aparcaron en el garaje de la empresa y salieron del vehículo. Ben esperó a que su compañera cerrase su puerta y se colocase al lado. Pero, cuando lo hizo, en lugar de empezar a andar, Emma se lanzó hacia su boca y se fundieron en un ardiente beso.

Al acabar, ella miró hacia los lados, para asegurarse de que nadie los veía. Al no haber ni un alma en el aparcamiento, cogió de la mano a Ben y lo empujó a la parte trasera del coche.

Lo desnudó e hizo lo propio con su ropa. Se colocó a horcajadas sobre él y, cogiendo su pene, se lo introdujo.

Acabaron diez minutos después, sudorosos y complacidos. Se vistieron en silencio y se marcharon de allí como si nada hubiese pasado.

Ya en su oficina, Ben suspiró. No recordaba cuánto tiempo llevaba sin hacerlo con una mujer. Pero tenía que reconocer que le había gustado. Había descargado estrés, nerviosismo... y no veía el por qué no volver a repetirlo de vez en cuando. Eso sí, siempre que Emma no le pidiese nada más que sexo.

## CAPÍTULO 5

Cuando regresó a casa, encontró a su hijo y a Denise jugando en el salón. Andy reía con todas sus fuerzas, mientras la joven hacía una especie de teatro con sus Action Man. Al verlo, ella paró y se levantó del suelo, dejando a Andy a mitad de la función.

—¡Hola, papá! —El niño echó a correr hacia Ben y se lanzó a sus brazos.

—No corras, Andy —lo regañó Ben.

—Denise y yo hemos jugado a millones de cosas. Ha estado guay, ¿verdad?  
—Se giró para preguntarle a ella.

—Sí, lo hemos pasado muy bien. —Le sonrió al niño.

—¡Y mañana iremos al parque a jugar! Denise me lo ha prometido —  
exclamó, ilusionado.

Ben se quedó mirando a la joven, con seriedad, y bajó a su hijo al suelo.

—Andy, ¿por qué no vas a ponerte el pijama?

El niño asintió y le sonrió a ella.

—Hasta mañana, Denise.

—Hasta luego, guapo, descansa. —Le guiñó un ojo.

Cuando se quedaron solos, Ben cruzó los brazos sobre el pecho. Miró a la chica con fijeza y frunció el ceño.

—¿Qué es eso de que vais a ir al parque?

—Sí, me pareció buena idea. —Denise sonrió—. Es bueno que juegue con más niños.

—¡Mi hijo no puede correr! ¡No puede hacer las mismas cosas que hacen los demás niños! —explotó.

Ella abrió los ojos, asombrada por ese despliegue de mal genio, y puso los brazos en jarras.

—¿Quién le ha dicho a usted que Andy no puede hacer deporte?

—¡Es de lógica! ¡Cada vez que se pone a jugar con más intensidad de la cuenta, acaba medio ahogado!

—El ejercicio aeróbico, y con moderación, es sano para Andy —lo

contradijo—. He estado estudiando el caso del niño y no veo el motivo por el cual su hijo no pueda practicar un poco, con la supervisión de un profesional.

Ben estaba enfadado. Aquella jovencita acabaría por conseguir que su hijo sufriese otro paro cardíaco.

La fulminó con la mirada y apretó los puños.

—Yo no veo a ningún profesional aquí. ¡A la única que tengo delante es a una mocosa descarada que no sabe lo que se hace! ¡Y lo está demostrando con creces!

Denise abrió la boca, sin poder creer lo que escuchaba.

Lo miró con fijeza y asintió.

—Se acabó, señor Smith —habló con tranquilidad, una tranquilidad que no sentía—. No voy a permitir que se me insulte, y mucho menos usted que se cree un iluminado y que tiene la verdad universal.

—¡Cuidado con lo que dices, niña!

—Mi trabajo aquí ha terminado, no espere que vuelva mañana —le informó.

—¡Perfecto!

—Y, como ya no trabajo para ti, no te debo ningún respeto, así que te voy a decir todo lo que llevo guardándome —dijo Denise, tuteándolo y aguantándose a duras penas—. ¡Eres un gilipollas, un estúpido y un patán! ¡Desde el primer momento que llegué a esta casa me he sentido rebajada, ninguneada e insultada! Y eso no hay persona que lo aguante.

—Me alegro de perderte de vista.

—¡Y yo me alegro más! —asintió con énfasis—. No me apetece ver tu cara de idiota todos los días. Por el único que lo siento, es por tu hijo. Es un buen niño y no sabe la mierda de padre que tiene.

—¡Se acabó, fuera de mi casa!

—No hace falta que me echés, que ya me voy yo. —Sonrió de forma forzada—. ¡Que te jodan, amargado!

Denise dio media vuelta y se largó, pegando un portazo al salir.

Al quedarse solo, Ben dio un puñetazo en la mesa. ¡No podía creer que le hubiese tocado semejante loca! Iría al hospital y pondría una reclamación. Lo había insultado en su propia casa y por si fuera poco, quería poner la salud de Andy en peligro.

Se sentó en una silla y esperó a calmarse un poco antes de ir a ver a su hijo para arroparlo en la cama.

Cuando Andy se quedó dormido, Ben pensó en ir a su habitación. Estaba cansado y la pelea con Denise lo había terminado de agotar.

Los ojos le pesaban, necesitaba descansar o al día siguiente no rendiría en el trabajo.

Se levantó de la cama del niño y se colocó los zapatos. Reprimió un bostezo y recordó que debía telefonar a su madre para contarle lo ocurrido y para pedirle que cuidase a Andy mientras en el hospital no le daban una solución. Porque pensaba poner una queja, ¡desde luego que lo haría!

Dio un paso hacia la salida, pero frenó al sentir un intenso temblor en la habitación. Miró hacia los lados, asustado, con el corazón latiéndole a marchas forzadas. De repente, la niebla.

—Otra vez no —susurró para sí—. Esto no tiene sentido.

Cuando la niebla se hizo muy intensa, un haz de luz lo cegó. Se tapó los ojos con las manos, muy asustado, y cuando todo pasó miró hacia el lugar de donde venía.

El corazón casi se le salió del pecho al ver a una mujer frente a él.

Era bastante alta, rondaría el metro ochenta, con la piel blanca como la porcelana, unos ojos grandes de color azul cielo, penetrantes. El cabello largo, por la cintura, lacio y de un intenso color rojo; un vestido largo, azul zafiro, de terciopelo y con mangas abullonadas.

La mujer lo miró, con seriedad, sin decir ni una palabra. Ben tuvo que tragar saliva al atar cabos. Ese vestido era la tela azul que vio la pasada noche y el pelo era del mismo color.

—¿Quién eres? ¿Qué haces en mi casa? —La mujer no contestó, sino que continuó observándolo en silencio. A Ben se le puso el bello de punta—. ¡Te estoy preguntando que quién eres! ¡No tienes permiso para estar aquí, voy a llamar a la policía!

Ella no le hizo caso, por el contrario su mirada recorrió la habitación y se posó en Andy.

—¿Es él? —dijo por fin, rompiendo su silencio.

Su voz era grave, pero agradable, y desprendía autoridad.

—¡Fuera de aquí! ¡Tengo un arma y la usaré si no me haces caso!

La mujer fijó sus ojos de nuevo en él, sin cambiar el semblante. Parecía no asustarle sus amenazas.

—El niño me ha llamado y he venido a por él.

—¿Qué? —exclamó Ben, tomándola por una demente—. ¡Mi hijo no ha llamado a nadie! ¡Ni siquiera te conoce! —La mujer dio un paso en su dirección, consiguiendo que Ben retrocediese—. ¡No te acerques a nosotros!

—Ese niño pronunció mi nombre cuatro veces la otra noche, y he venido a cumplir con mi parte del trato.

Ben recordó el cuento de Diarmuid y Edrielle, y a su hijo llamándola. Negó con la cabeza. Aquello tenía que ser una broma, no podía ser verdad.

De repente, tuvo una idea.

—Estoy soñando, ¿no es eso? —rio un poco aliviado—. Todo esto es un sueño.

Ella sonrió por primera vez, pero de forma fugaz. Se acercó a él y le acarició la mejilla. Cuando notó que Ben se relajaba un poco, lo abofeteó.

—En los sueños no hay dolor —continuó ella, con calma—. Tu hijo llamó a la reina Edrielle para que acudiese en su ayuda. —Volvió a mirar a Andy—. Ya estoy aquí. Ahora tengo que cumplir con la otra parte del pacto.

—Esto es una broma, ¿verdad? —rio Ben, más nervioso que nunca—. Ha sido mi madre que te ha contratado para gastarme una broma. Bueno, pues ha sido divertida. Ya puedes irte.

La mujer se quedó mirándolo con fijeza, consiguiendo que tuviese que tragar saliva. De repente alzó una mano y la dejó caer de golpe. De inmediato, la lámpara del cuarto comenzó a balancearse con mucha rapidez. Por si eso no fuese poco, cerró los ojos he hizo levitar a Ben, que lanzó un grito de terror.

Cuando lo dejó en el suelo, sus ojos se abrieron y sonrió por segunda vez. Aquella sonrisa aterrizó al hombre.

—No estoy aquí para gastar bromas, Benjamin Smith.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Se eso y muchas más cosas sobre ti. —Se llevó una mano al cabello y apartó un mechón hacia atrás—. Tu madre te contaba mi historia cuando eras niño, incluso me llamaste, al igual que tu hijo —rio ella—. Te encantaba mi historia, ¿verdad?

—¿Y por qué no viniste? ¿Qué diferencia hay entre yo y mi hijo?

—¿Acaso no conoces el cuento?

Ben asintió con vehemencia.

—Lo sé perfectamente y es por eso que no lo entiendo. ¡Tú solo tenías que llevarte a niños huérfanos y sin hogar! —contestó desesperación—. ¡Mi hijo no es ni una cosa ni la otra!

La reina Edrielle negó con la cabeza.

—Vuelves a equivocarte, Benjamin Smith. La maldición de Diarmuid no era esa.

—¡Sí que es así! ¡Llevo toda mi vida escuchando esa historia!

Ella paseó por la habitación, acariciando los muebles a su paso.

—Con el tiempo, y al ir de boca en boca, las historias son modificadas por

las personas que las cuentan. —Lo miró a los ojos—. Algunos humanos no poseen suficiente memoria y cambian las leyendas a su conveniencia. Mi esposo me maldijo a cuidar a todos los niños necesitados, ya fuesen huérfanos, sin hogar o enfermos, como es el caso de Andrew, tu hijo.

—Andy se va a curar en cuanto tenga un corazón, no necesita tu ayuda.

Edrielle negó, sin perder ni un momento la calma que la caracterizaba.

—Me necesita.

—¡No te lo vas a llevar! ¡Antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver!  
—la amenazó.

—¿Y qué vas a hacer, matarme? —rio ella—. Yo ya estoy muerta.

—¡No voy a permitir que te lo lleves!

Edrielle se llevó una mano al mentón, pensativa. Finalmente asintió.

—Voy a ser un poco más condescendiente contigo, Benjamin Smith. Puedes permanecer con el niño de momento. Os visitaré cinco noches más, no consecutivas. Esa quinta noche, vendré para llevármelo.

—¡No, no! No voy a permitir...

—Más te vale estar preparado —lo interrumpió y miró por última vez a Andy, que dormía plácidamente en su cama—. Dulces sueños.

Y tras decir eso, su imagen fue desapareciendo.

—¡No, no! ¡No te lo vas a llevar! —gritó Ben, desesperado.

Pero en la habitación ya no había nadie aparte de él y su hijo.

Denise miraba la televisión tumbada en el sofá. Desde que llegó a casa, no había cruzado ni una palabra con Kim, su compañera de piso.

Esta, mientras terminaba de recoger los platos de la mesa y los metía en el fregadero, la miraba extrañada. No era normal que Denise estuviese tan callada. Ella era una persona bastante habladora. Sorprendida por su comportamiento, se sentó a su lado.

Se quedó observándola unos minutos, intentando averiguar qué era lo que preocupaba a Denise, pero, que Kim recordase, no había pasado nada fuera de lo común esos últimos días en la vida de su amiga. Si hubiese pasado algo



importante, se lo habría dicho.

—¿Ha vuelto a molestarte John? —preguntó, probando suerte.

Denise apartó la mirada del televisor y la fijó en la cara de su amiga.

Kim era morena, con el pelo corto y rizado. Tenía los ojos grandes, de color avellana, igual que los suyos, y un cuerpo esbelto pero fibroso, por las horas que pasaba en el gimnasio, pues trabajaba de monitora en uno.

—¿Por qué iba a molestarte John?

Kim se encogió de hombros.

—No sé. La verdad es que era una excusa para averiguar qué es lo que te pasa. Estás rara.

—Hoy no he tenido un buen día —suspiró ella.

—¿Ha sido por el estúpido ese que tiene un niño enfermo? ¿El que se metió con tu forma de vestir?

La cara de Denise cambió al escuchar hablar de Ben. Apretó la mandíbula y entornó los ojos. ¡Ese hombre era lo peor!

—Hoy me ha echado de su casa.

—¿Qué? —Kim abrió mucho los ojos por el asombro.

—Sí. Y por si eso fuera poco, me ha vuelto a llamar cría, me ha dicho que no sé lo que hago. ¡A mí! —exclamó, furiosa—. ¡Yo he estudiado, y estoy estudiando muchísimo, para ser una buena profesional! ¡He cuidado a cuatro personas enfermas del corazón, antes que a su hijo, y ninguna ha tenido una queja!

—Lo sé.

Denise se levantó del sofá, nerviosa y enfadada.

—¡Pero, lo peor de todo, ha sido su manera de tratarme! Me ha hecho sentir como una mierda, como si yo a su lado no tuviese valor alguno. —Dio un golpe con el pie en el suelo y continuó—. ¡Se burló de mi forma de vestir, de mi cabello, de mi edad! Me ha llamado incompetente. ¡Me ha dicho que iba a conseguir matar a su hijo, Kim!

—¿Y por qué te ha dicho eso?

—¡Porque le dije al niño que lo iba a llevar al parque a jugar! —gritó, fuera de sí.

—No me lo puedo creer —comentó su amiga, alucinando.

—Me dijo que su hijo no podía correr, por su problema de corazón. ¡Y eso también lo sé yo! ¡Pero no hay nada de malo en un poco de ejercicio aeróbico! ¡Es un niño, tiene que jugar, que moverse! ¡No puede tenerlo todo el día encerrado en casa, metido en una burbuja!

Kim se levantó y le puso una mano en el hombro, tranquilizándola. La agarró del brazo y la hizo sentarse en el sofá.

—Mira, Denise, tienes que mirarlo por el lado bueno.

—¿Es que hay alguno?

—Por supuesto —asintió, divertida—. Piensa en la suerte que vas a tener de no volver a encontrarte a ese impresentable en lo que te queda de vida.

Ella sonrió un poco.

—Pues también es verdad.

—¡Que se busque a otra a la que insultar! Tú ya no vas a tener que aguantarlo más.

—Tienes razón —comentó, más conforme.

—Y si no encuentra a nadie que entre dentro de sus exigencias, que cuide él solo del niño, si tan experto es en cardiología.

Denise volvió a asentir. Kim tenía toda la razón. No tendría que verle la cara a Ben, ni pasarse nerviosa todo el tiempo que el hombre permanecía en casa.

Miró a su amiga a los ojos y sonrió con melancolía.

—Por lo único que lo siento, es por el niño. Es un sol y no se merece a ese padre.

## CAPÍTULO 6

La semana de Ben fue, cuando menos, rara. No podía dejar de darle vueltas a la visión de Edrielle que había tenido noches atrás. Porque se había autoconvencido de que había sido eso, una visión, un delirio por toda la preocupación a la que estaba sometido.

Por Dios, ¡era de locos pensar que la reina maldita de un cuento infantil se hubiese presentado en su casa para llevarse a su hijo! Cualquiera persona que escuchase su historia, pensaría que necesitaba ver a un psiquiatra. Además, desde esa noche, ya no volvió a soñar con ella. No hubo temblores, ni niebla, ni mucho menos la aparición de una mujer de cabello rojo. Si lo pensaba con detenimiento, se ponía a reír. Era impresionante lo que lograba el cerebro humano en situaciones de estrés.

Aparte de aquello, las cosas por casa no habían variado demasiado. Su madre acudía cada día a cuidar de Andy, hasta que Ben solucionase el asunto con el hospital. Aunque, de momento, en el centro se limitaron a defender a Denise. ¡No entendía cómo podían hacerlo! Aquella cría era un peligro para la salud de su hijo! Pero, en vez de comprender su razonamiento, el médico que atendía a Andy, le aseguraba que el ejercicio moderado era beneficioso para el niño.

Abrió la puerta de casa y guardó su abrigo en el armario de la entrada, como hacía siempre.

Se escuchaba ruido en la cocina, así que se dirigió hacia allí. Al llegar, vio a su madre guardar la vajilla limpia en el armario. Cuando lo hizo, se cogió la espalda e hizo una mueca de dolor. Aquello no le gustó nada a Ben.

—¿Te duele mucho la espalda?

Su madre se sobresaltó y se llevó una mano al pecho.

—Benjamin, hijo, como me des otro susto de estos, vamos a ser dos con problemas de corazón.

Ben se disculpó y entró en la estancia. Hizo que su madre se sentase en una silla y tomó asiento junto a ella.

—No me has contestado, ¿te duele mucho la espalda?

—A ratos. En casa llevo el corsé que me mandó el médico, pero aquí, con Andy, no puedo porque me es incómodo para moverme.

Él se llevó una mano a la frente y resopló. Estaba agobiado, mucho, y ver a su madre hacer un esfuerzo como aquel, por ellos, lo ponía peor.

—Voy a solucionar el asunto del enfermero de una vez por todas —le aseguró.

—A Andy le gustaba la chica que enviaron del hospital la primera vez —dijo la mujer.

—Pues a mí no. Era muy rara.

—Conozco a Denise —apuntó ella—. Cuidó de mi vecino antes de que se mudase a Newbridge. Era una buena chica, y jamás tuvieron una queja sobre ella.

—¡Es una chiquilla!

—No tendrá muchos menos años que tú —le quitó importancia.

—Los suficientes como para que no le confíe la vida de mi hijo —respondió convencido—. Además, ¿la has visto? Parece una loca con esas pintas.

—La gente de ahora lo llama “bohémio”. Tienes la mentalidad de un viejo de noventa años.

—No, mamá, pero no quiero que mi hijo tome el ejemplo de esa chica.

—¿Qué ejemplo va a tomar, Benjamin? ¿El de estudiar mucho y ser responsable en su trabajo?

Ben se quedó sin nada que responder. ¡Hasta su madre le decía que Denise era buena en lo suyo!

—¡Pero, es que tiene el pelo verde! —apuntó, sin tener otra excusa más que esa para desechar a la joven.

La mujer lo miró con seriedad y negó con la cabeza.

—Benjamin, ahora mismo no sé quién de los dos aparenta menos edad mental, si esa joven, que solo vino a hacer su trabajo, o tú, un hombre de treinta y cinco años que le ha cogido manía a una niña hippie. Yo no te crié para que tuvieses prejuicios sobre las personas.

—Lo sé —asintió, algo avergonzado—. Pero, cuando se trata de Andy, quiero lo mejor. Y no estoy seguro de que ella lo sea.

Su madre se marchó media hora después.

Cuando se quedaron a solas, Ben acostó a su hijo, lo arropó y le dio un beso de buenas noches.

Sentado en el sofá del salón, repasaba unas facturas que le habían quedado pendientes a la hora de regresar a casa del trabajo.

Al terminar, le echó un vistazo a la cartilla del banco. Aunque se empeñase hasta los ojos, no podría permitirse pagar a un enfermero por su cuenta. La única opción posible era la de solicitar uno en el hospital, pero allí se negaban por lo ocurrido con Denise.

Cerró los ojos con fuerza. Su vida se desmoronaba y él solo podía mirar sin hacer nada al respecto.

Al volver a abrirlos, sintió que todo temblaba a su alrededor. Estaba desorientado y no podía pensar con claridad. ¿Un temblor?

De inmediato, se escuchó a su hijo gritar. Era un grito de miedo, desgarrado. Lo llamaba sin parar.

Ben echó a correr hacia su habitación y al llegar, vio por el pasillo la niebla.

Al entrar en el cuarto del niño, lo encontró tapado hasta los ojos, temblando, y a su lado ella.

El corazón de Ben se paró al verla. El mismo vestido azul, el mismo cabello rojo, los mismos ojos penetrantes y su misma cara de porcelana.

—No —susurró suplicante—. ¡Tú eras un sueño!

Edrielle sonrió y negó con la cabeza. Dio un par de pasos en su dirección y colocó los brazos en jarras.

—Pensaba que la otra noche te había quedado claro que era real, Benjamin Smith. Pero, si quieres, puedo volver a abofetearte para que estés del todo seguro —rio.

—Papá —lloró su hijo—. ¿Quién es esta mujer?

Ben negó con la cabeza. ¿Qué locura era aquella que hasta su hijo la veía? Eso era imposible. Los delirios no eran algo colectivo. Así que, solo podía significar que todo era real.

Ben fue junto al niño, lo abrazó y lo besó en la frente.

—No tengas miedo, campeón. No voy a dejar que te pase nada.

Edrielle sonrió de nuevo al verlos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Vaya, así que no sabes quién soy.

—No, señora —contestó Andy.

—Pues, eso solo puede significar que tu padre cuenta los cuentos muy mal —rio ella.

Andy alzó las cejas al escuchar aquello y se destapó un poco.

—¿Cuentos? —Una pequeña sonrisa apareció en sus labios—. ¡Eres la reina Edrielle! ¡Yo te llamé!

—Lo sé, Andrew, por eso estoy aquí.

Andy saltó de la cama y se acercó a ella, antes de que su padre pudiese

agarrarlo.

—¡No, Andy, ven aquí!

—No pasa nada, papá, ¡es Edrielle!

Ella miró a Ben con las cejas enarcadas, a modo de burla y acarició la cabeza del niño.

—¡No lo toques! —le advirtió Ben, poniéndose en guardia.

—Pero, papá. ¡Es lo que quería! ¡Ahora puede contarnos la verdadera historia de Diarmuid!

Edrielle asintió, consiguiendo que el niño aplaudiese por la ilusión.

—Te la contaré, Andrew, pero todo a su debido tiempo. Primero debes venir conmigo.

—¿Contigo? ¿Adónde? —Andy frunció las cejas y regresó junto a su padre, sin movimientos bruscos.

Ben abrazó a su hijo con fuerza, protegiéndolo de aquella criatura.

—Me llamaste. Y cuando un niño hace eso, su vida pasa a mi disposición. Tu destino es estar junto a mí —le informó.

—Pero, ¿y mi padre?

—Él no entraba dentro el trato.

Andy miró a Ben, asustado, y negó con la cabeza.

—No quiero ir con ella, papá.

—No vas a ir —le aseguró—. ¡No voy a permitir que nos separe!

Edrielle sonrió y dio un paso en su dirección.

—No prometas cosas que no vas a poder cumplir, Benjamin Smith. Tu hijo ahora es mi responsabilidad.

—¡No lo es! —gritó Ben—. ¡Vete de aquí, bruja maldita! ¡No voy a dejar que nadie nos separe! Me dan igual las leyendas, me dan igual los cuentos... Lo único que hace que mi vida tenga sentido es Andy, ¡y no te lo vas a llevar!

Ella rio, cerró los ojos unos segundos y cuando los abrió en ellos había llamas. Andy se escondió en el pecho de su padre, mientras Ben tragaba saliva con dificultad.

—No vuelvas a llamarme bruja, Benjamin Smith —le advirtió con seriedad—. Porque si lo haces, verás con tus propios ojos la clase de bruja que puedo llegar a ser.

—No te vas a llevar a mi hijo —susurró este, con un nudo enorme en la garganta.

—Yo no me lo voy a llevar —apuntó—. Cuando llegue el momento, será Andrew el que vendrá a mí, sin quejas, sin miedo, sin lloros...

—¡Eso no va a ocurrir nunca! —gritó Ben.

Edrielle asintió, convencida.

—De momento, no pasará. —Dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta de la habitación. Antes de llegar volvió la cabeza para mirarlos—. Todavía tengo que regresar cuatro noches más.

Y tras esas últimas palabras, su figura desapareció.

Pasaron la noche abrazados. Ninguno de los dos quiso dormir solo.

Andy estuvo casi una hora llorando, muerto de miedo, y su padre permaneció en vela, vigilando.

Ben maldecía una y otra vez el momento en el que se le ocurrió contarle aquel estúpido cuento. ¡Era su culpa! O, al menos, eso sentía.

Pero su determinación era fuerte y no pensaba dejar que nadie los separase. ¡Antes tendrían que matarlo!

Cayó rendido al alba y apenas durmió un par de horas cuando su despertador sonó.

Se levantó, sin dejar de darle vueltas al asunto y le preparó el desayuno a su hijo.

Andy apareció en la cocina poco después, con la cara contraída por el miedo. Ben lo abrazó y se sentó a su lado.

—Ya sabes que papá no va a dejar que te lleve a ningún lugar.

El niño asintió.

—No quiero que vuelva. No quiero verla otra vez —le pidió.

Ben besó su cabecita y le revolvió el cabello.

—Piensa una cosa, campeón. Edrielle dijo que ibas a ser tú el que te irías con ella por tu voluntad. Dijo que ella no pensaba obligarte.

—¡Yo nunca me voy a ir con ella! —gritó Andy.

—¿Ves? Pues, entonces, quédate tranquilo. No podrá separarnos.

—Vale —asintió, pero sin estar del todo convencido.

Ben tomó un sorbo de café, lo necesitaba.

—Andy. —El niño levantó la cabecita para mirarlo—. Solo te voy a pedir una cosa.

—¿Cuál?

—No hables de esto con nadie.

—¿Ni con la abuela?

—No.

Andy entrecerró los ojos.

—¿Por qué, papá?

—Mira, creo que somos los primeros, en mucho tiempo, que vemos a Edrielle. La gente nos tomaría por locos. Y no queremos eso.

Esa no era la principal preocupación de Ben. La gente podía opinar lo que les pareciese, pero si los médicos de Andy se enteraban... quizás lo trataran como a un perturbado. Le harían más pruebas, exámenes médicos, y no quería que el niño pasase por todo aquello, pues con todas las pruebas del corazón tenía suficiente.

Estuvieron desayunando en silencio. Cada uno concentrado en sus respectivos platos, hasta que el niño rompió el silencio.

—Papá, ¿por qué ya no viene Denise?

Ben tragó con dificultad y miró a su hijo.

—Estoy buscando a alguien mejor para ti.

—¡Pero a mí me gustaba ella! Era muy buena y jugaba mucho conmigo, incluso más que la abuela.

—Hay veces que con eso no basta, campeón.

Andy miró hacia su plato, con tristeza.

—Pensaba que había hecho una amiga. Como estoy malito, los niños del colegio no juegan conmigo, dicen que soy un estorbo. —Fijó los ojos en los de su padre—. Ella me trataba como si yo fuese normal.

Ben aguantó las ganas de llorar. Abrazó a su hijo y le besó la cabeza.

—Tú eres normal, Andy. No dejes que nadie te convenza de lo contrario.

El niño asintió y bebió de su vaso.

—Ella era buena conmigo.



## CAPÍTULO 7

Denise terminó su turno en el hospital a las once de la mañana. Había estado de guardia casi toda la noche y se encontraba muy cansada. Tenía ganas de llegar a casa y dormir todo lo que Kim, y su manía por la limpieza, la dejase.

A diferencia de la mayoría de sus compañeros, no le gustaba el trabajo dentro del hospital. Lo encontraba monótono y asfixiante. Ella no estaba hecha para estar encerrada durante tantas horas.

En un principio, cuando llegó a trabajar después de terminar la carrera, se agobió. Se levantaba por las mañanas sin ganas de ir al trabajo, incluso llegó a pensar que se había equivocado al estudiar enfermería, porque no conseguía llenarla. Pensó en dejar el hospital y ponerse a trabajar en cualquier otra cosa, pero, cuando le comentaron la posibilidad de ofrecer cuidados paliativos fuera del recinto, la cosa cambió. Le gustó el trato más cercano con los enfermos, que, al estar fuera del hospital, su nerviosismo disminuía y hacía más fácil el trabajo.

Le gustaba tratar con la gente, conversar con ella, que le contasen sus miedos y preocupaciones. A veces, cuando veía que la enfermedad estaba demasiado avanzada y los ánimos de su paciente decaían, podía contar con la ayuda de psicólogos.

Quizás, a la mayoría de enfermeros no le gustase ese trabajo, pues tenía que reconocer que era duro cuando alguno de sus pacientes moría. Denise se encariñaba con mucha rapidez de las personas a las que cuidaba, y eso le había dado más de un disgusto. Pero, a pesar de todo, le parecía gratificante y enriquecedor. La gente que se encontraba más próxima a la muerte, era la más sabia. Veían el mundo con otros ojos, tomaban cada instante como si fuese el último y disfrutaban de cada pequeña cosa.

Terminó de cambiarse de ropa y cogió su bolso.

Al salir se despidió de sus compañeros hasta el día siguiente, pero, por dentro, rezó para que la volvieresen a llamar para acudir a cuidar a algún enfermo a su casa.

Sacó las llaves del coche y caminó por el aparcamiento. Cuando estaba a menos de tres metros de él, sintió que alguien se posicionaba a su lado. Al girar la vista, descubrió a Ben.

Abrió los ojos por el asombro, apretó los labios y continuó caminando como si nada.

—Espera, Denise —dijo él, intentando seguir su ritmo—. He venido para disculparme.

—Guárdate tus disculpas —respondió sin querer saber nada de él.

Metió las llaves en la cerradura de su vehículo y lo abrió.

—Me comporté muy mal contigo, lo sé.

Ella lo encaró, con mucha seriedad y puso los brazos en jarras.

—No, no te comportaste muy mal. ¡Fuiste un cabrón! —lo insultó—. Desde el primer momento en que llegué no dejaste de atacarme, me llamaste cría, te burlaste de mi forma de vestir y, como si todo eso fuese poco, dudaste de mi capacidad para cuidar a tu hijo.

—He venido a pedirte que vuelvas.

Denise se quedó en silencio, mirándolo como si estuviese loco de remate. Pero, ¿qué se había pensado ese tío?

—Pues, puedes esperar sentado a que pise tu casa otra vez.

—¡Lo siento! —exclamó Ben, poniendo los ojos en blanco.

—¡Que me da igual que lo sientas! —apuntó ella—. Mira, no sé de qué vas, pero lo que tengo muy claro es que no quiero trabajar en la casa de un hombre como tú. Para ti, yo soy alguien inferior. No te gusta nada de mí y no lo ocultaste ni el primer día. Parece ser que por no llevar traje, por no estar peinada a la moda y por ser más joven que tú, soy peor.

—¡Yo no he dicho eso en ningún momento! —se defendió, algo cansado de aquella escena. Ben odiaba hacer aquello. No estaba allí por voluntad propia. Si por él hubiese sido, no habría vuelto a ver a aquella chiquilla. Pero a Andy le gustaba, a su madre también le gustaba y, por si fuera poco, en el hospital no querían adjudicarle otro enfermero. Estaba prácticamente atado de manos y no se podía permitir el lujo de pagar a uno él solo. Tenía que convencerla como fuese—. Mira, Andy quiere que vuelvas. No deja de preguntar por ti.

Denise sonrió un poco al recordar al niño.

—No sabes la suerte que tienes de tener un hijo como él —expuso—. No te lo mereces.

—Por favor, si no vuelves por mí, al menos hazlo por él —le rogó—. Te considera una amiga.

Ella se quedó en silencio unos segundos, valorando sus palabras. No estaba convencida, para nada. Ese tío la había hecho pasar unos días horribles. Había

estado varias noches sin dormir, tomando valeriana. ¿Valía la pena regresar?

—Mira, no sé si lo que estoy haciendo es un error garrafal —admitió—, pero voy a volver.

Ben sonrió, aliviado.

—Gracias.

—Pero, ¡que te quede claro que lo hago por Andy! Y no voy a admitir ni una mala mirada. Si quieres que vuelva, se acabó el cuestionar mi trabajo. Yo sé lo que hago, y lo que no sé lo estudio y lo hablo con los doctores del hospital. No necesito tener a nadie opinando sobre cómo tengo que hacer mi trabajo.

—Yo solo me preocupo por la seguridad de mi hijo.

—Y me parece estupendo, algo normal como padre —asintió—. Pero, en temas médicos, soy yo la que manda. Si no estás dispuesto a dejarme al mando, no hay más que hablar.

Ben apretó los dientes. Le iba a costar muchísimo hacer eso. No confiaba en ella. Tendría que hacer un esfuerzo sobrehumano para morderse la lengua. Pero, ¿qué opción tenía?

—Está bien. Acepto tus condiciones.

Denise sonrió, satisfecha. Asintió con la cabeza y lo miró a los ojos.

—Empezaré mañana por la mañana si no me ponen problemas. Tengo que avisar en el hospital y que me den el visto bueno.

Ben gimió cuando el orgasmo lo recorrió.

A apoyó la frente sobre la de Emma y la besó en los labios con ardor.

Se encontraban en el despacho de ella, pues habían quedado allí para almorzar, y nada más verse, se habían arrojado uno en brazos del otro.

Tenía que admitir que le gustaba aquella aventura. Emma era una mujer muy sensual, picante y directa, que no dudaba en seguir sus instintos en cada momento.

Se levantaron del suelo y se recolocaron la ropa. Al acabar, se sentaron en el escritorio de Emma y se miraron sonrientes.

—¿Te apetece que vayamos a comer al restaurante? —sugirió ella.

—No puedo, he quedado con O'Brian para hablar sobre unos presupuestos —respondió Ben rechazando su propuesta.

En el rostro de Emma se pudo apreciar la desilusión.

—Otra vez será.

—Sí, quizás cuando se normalice el asunto con Andy.

—¿Cómo está el crío? —se interesó ella.

—Débil. Estamos esperando como locos un corazón compatible.

—Y todavía nada, ¿verdad?

Ben negó.

—Nada. Los doctores dicen que no perdamos la esperanza, pero yo a veces ya no sé qué pensar.

Emma se llevó una mano a la frente y la frotó.

—Pero ahora el niño está más controlado, ¿no? Según me dijiste, tienes una enfermera en casa.

—Pff... no sé lo que es peor —se quejó—, si fiarme de esa niña o dejar a mi hijo solo.

Emma rio.

—No seas exagerado, Ben. Es una profesional, sabe lo que hace, para eso ha estudiado. En el hospital no van a arriesgarse. Tienes que tener un poco más de confianza en ella.

Ben asintió a regañadientes. Todo el mundo le decía lo mismo, pero él no podía relajarse.

—Espero que tengas razón. Lo más importante de mi vida está en manos de esa chica.

## CAPÍTULO 8

Cuando Ben llegó a casa, encontró a su hijo y a Denise sentados en el sofá del salón. Ella, nada más verlo llegar, recogió sus cosas y se fue, después de despedirse de Andy y de informarle de que el día se había desarrollado sin ningún incidente. No le apetecía permanecer en presencia de Ben más tiempo de lo necesario. A pesar de sus disculpas, Denise no se sentía a gusto.

Al quedarse a solas, Ben interrogó al niño.

—Campeón, ¿qué habéis hecho hoy?

—Denise me ha llevado al parque después de salir del colegio.

Él se quedó pensativo.

—¿Has corrido?

—No, papá.

—¿Te has caído o tropezado? —Levantó sus mangas para comprobar que no llevase ninguna herida.

—No, solo he jugado un poco con la tierra.

—¿Te ha dado tus medicamentos?

Andy resopló ante tanta pregunta y frunció los labios.

—Papá, eres muy pesado.

Ben rio al ver la cara de su hijo.

Tenía que reconocer que, quizás, se estaba pasando un poco con ese tema. Quizás, Denise no era tan mala enfermera como había imaginado en un principio. Pero no podía bajar la guardia.

—Está bien, lo siento. —Revolvió el cabello del niño. Se miró el reloj de muñeca y suspiró—. Es hora de dormir.

—¿Ya? —En los ojos del niño se percibía un atisbo de miedo.

—Mañana hay que madrugar.

Andy se abrazó a la pierna de su padre y escondió su cara en ella.

—¿Vas a dormir conmigo?

—Sí.

Desde la noche en la que Andy vio a Edrielle, no había podido dormir solo.

El miedo era demasiado fuerte y solo conciliaba el sueño teniendo a su padre al lado. Por su parte, Ben intentaba calmarlo, le aseguraba que no le iba a ocurrir nada, que Edrielle no podría separarlos. Pero, esa seguridad no era tal. Él pasaba casi la mitad de la noche rezando, a pesar de no ser una persona muy creyente. Le pedía a Dios para que los protegiese de aquella bruja, rogaba para que todo hubiese sido un sueño. Llevaban casi dos semanas sin tener noticias de la mujer, y Ben sentía que sus nervios se normalizaban.

Quizás Dios lo había escuchado. Quizás Edrielle se había dado cuenta de que su hijo jamás querría irse con ella...

Caminaron hasta la habitación de Ben. Era mucho más cómodo dormir en la suya, pues la de Andy era demasiado pequeña para los dos, y el niño se movía muchísimo en sueños.

Al abrir la puerta, padre e hijo se encontraron con la niebla.

—¡No, no, tú otra vez no!

Andy gritó y se abrazó a su padre.

—¡Dile que se vaya, papá! ¡Dile a esa mujer que se vaya!

La silueta de Edrielle se vislumbró por completo cuando la niebla se disipó. Se encontraba sentada en la cama, observándolos con tranquilidad. Les sonrió, sin que la sonrisa llegase a sus ojos y se incorporó del lecho. A paso lento, comenzó a caminar en su dirección.

—Hace, exactamente, ocho días y siete noches que no vengo a visitaros.

—No hace falta que lo hagas más —contestó Ben, retador.

—Claro que hace falta. De hecho, todavía tengo que regresar más noches.

Él apretó los labios y dio un paso en su dirección, cansado de aquella bruja.

—¿Por qué no nos dejas en paz? ¡No vas a conseguir nada!

—¿Eso es un reto? —preguntó Edrielle alzando una ceja.

—¡No, es una advertencia!

La risa de la mujer resonó por toda la habitación.

—¿Tú me estas advirtiéndome a mí, Benjamin Smith?

—Señora. —La vocecita de Andy los hizo olvidar aquella disputa. Se concentraron en el niño, que los observaba lloroso—. Yo quiero a mi papá, y no me voy a ir nunca.

El rostro de Edrielle cambió, se suavizó al contemplar al niño.

Se llevó una mano a la mejilla, la golpeó con suavidad mientras pensaba, y tras hacerlo sus ojos regresaron a Andy.

—Creo que ha llegado la hora de que os enseñe algo. Venid.

Tendió los brazos, para que Ben y Andy se agarrasen de sus manos, pero ellos no lo hicieron. En su lugar, se quedaron mirándola como si estuviese loca.

Edrielle frunció el ceño y alzó el mentón, con orgullo.

—No soy una persona paciente. Cuando pido algo, me gusta que se me obedezca.

—Puedes esperar sentada si crees que vamos a ir contigo.

—No vais a salir de esta habitación —informó ella—. Es vuestra alma a la que me llevo.

Ben la miró con desconfianza.

—Estás loca.

—Benjamin Smith, tenéis dos opciones —comenzó a decir mientras que sus ojos se oscurecían por el enfado—, o venís conmigo u os hago compañía el resto de la noche.

—¡No lo dirás en serio!

Edrielle volvió a reír.

—¿Quieres que te lo demuestre? Aunque no creo que te gustase tenerme otras ocho horas en tu casa.

Ben se pasó una mano por la nuca, agobiado.

—¡No confío en ti! —gritó y apretó a Andy contra su cuerpo—. Amenazas con llevarte a mi hijo, apareces y desapareces a tu antojo como un fantasma...

—¡No soy un fantasma! —gritó ella, logrando que las luces de la habitación de Andy parpadearan.

—¿Y qué eres?

—La víctima de una maldición.

—¡Eso ya lo sé!

—Y, ¿entonces para qué preguntas? —sonrió.

Ben negó con la cabeza.

—Me da igual lo que digas, no vamos a darte la mano, no vamos a movernos de aquí.

Edrielle resopló, mostrando por primera vez la exasperación en su hermosa cara.

—Prometo traeros sanos y salvos.

—No.

—Será por un rato nada más.

—¡He dicho que no!

Ella se quedó en silencio unos segundos. Los miró a los dos, que continuaban abrazados, y asintió con la cabeza.

—He intentado hacerlo por las buenas, Benjamin Smith. Os lo he pedido varias veces, cosa que jamás hago. Os he prometido traeros de vuelta, y yo cumplo mis promesas. Pero os habéis negado.

Edrielle dio unos pasos por la habitación, pasó una mano por una de las estanterías donde Andy tenía libros de aventuras. Los tocó, sacó uno y lo ojeó, bajo la

atenta mirada del padre y el hijo. Varios minutos después, sus ojos volvieron a ellos. Sonrió.

—No me gusta hacer estas cosas, pero creo que con vosotros es necesario —dijo ella.

—¿Qué cosas? —la interrogó Ben.

—No necesito que me deis la mano para nada. Puedo transportaros sin rozaros ni un pelo.

—¡No, no lo hagas!

Edrielle cerró los ojos y se concentró.

—Al principio, puede que os sintáis desorientados, pero es normal.

—¡No, Edrielle, por favor!

Pero no pudo decir nada más, pues a su alrededor se volvió todo negro.

Denise salió de la ducha y se colocó el pijama. Caminó hacia la cocina, donde se encontraba Kim preparando la cena. La ayudó a colocar los cubiertos en la mesa y comieron juntas. Al terminar, se dirigieron al salón.

Al acomodarse, sonrió. Le encantaba ese ratito del día. El estar en casa, en zapatillas, despeinada y tirada en el sofá viendo series en la televisión.

Tenía que reconocer que no era una persona muy marchosa, ni de esas que se apuntaban a todas las fiestas o reuniones con los amigos. De hecho, no se encontraba a gusto en los pubs. Se sentía fuera de lugar. Quizás por eso, su vida social se reducía al trato con los pacientes en el hospital, a las conversaciones con Kim y a los saludos con las dependientas de los comercios, a las que veía cada dos semanas.

Llevaba casi cinco años sin pareja, y había decidido pasar del amor, no lo necesitaba, pues el último chico con el que estuvo la engañó con otra.

El trato con el sexo opuesto era cordial, pero sin pasar de ahí. No le gustaba tener que dar explicaciones a nadie, ni sufrir por amor. Eso se lo dejaba a Kim, que era una experta en encontrar el hombre equivocado y pasarse las siguientes tres semanas, tras la ruptura, compadeciéndose de sí misma y comiendo toneladas de helado de chocolate y menta.

Sin embargo, si tenía que ser sincera del todo, debía de admitir que ningún hombre se había interesado por ella. Y no es que fuese fea o desagradable, pero su forma de vestir, tan diferente al resto, su forma de actuar con ellos y su pasotismo, los espantaba como a moscas.



Aparte de eso, tenía una vida relativamente tranquila, sin demasiados altibajos. Y lo agradecía. No le gustaban los cambios, ni la improvisación. Se ponía muy nerviosa cuando algo no salía según lo previsto.

—¿Qué te apetece ver esta noche? —le preguntó Kim, que llevaba el mando de la tele.

Denise la miró soñolienta, y se encogió de hombros.

—Pon lo que quieras, de todas formas, no creo que aguante mucho tiempo viendo la tele. Estoy molida.

—¿El niño te da mucho trabajo?

—No demasiado. —Sonrió al pensar en Andy—. Es muy dulce y divertido.

—Y, ¿entonces?

—Su padre —resopló.

—¿Qué le pasa? ¿Te sigue tratando igual?

—No, la verdad es que ahora se muerde la lengua bastante —reconoció—. Pero, es verlo aparecer en la casa y me pongo en tensión. No aguanto a ese tío.

Kim se acomodó la manta y miró a su compañera de piso con el ceño fruncido.

—Si no te gusta, ¿por qué aceptaste volver?

—Por el niño. Me da lástima. Él no se merece nada malo.

—Pero su padre...

—Su padre... —repitió con un bufido—. Es el hombre más insoportable del mundo. Se las da de sabelotodo, de hombre elegante. Piensa que, por llevar un traje y corbata, la gente tiene que besar el suelo por donde pisa.

—Yo, en tu lugar, no hubiese vuelto.

Denise suspiró de nuevo.

—Mi orgullo también me lo dice pero...

El sonido del teléfono les hizo girar la cabeza.

Kim se levantó y fue hacia el aparato, que no dejaba de sonar. Contestó enseguida, asintió un par de veces y miró a su amiga, con cara de preocupación.

—Es para ti. Es por tu madre.

Denise saltó del sofá y corrió hacia ella. Cogió el auricular de un tirón, con el corazón en un puño y habló a través de él.

—¿Ocurre algo?

—Hola, Denise, soy Erika. Siento llamar a estas horas, pero insistía mucho en hablar contigo.

—No te preocupes —se apresuró en restarle importancia—. ¿Está bien? ¿Ha pasado algo?

—No, no, tranquila. Tu madre está a mi lado, pero ya sabes cómo se pone cuando se le mete algo en la cabeza.

—Sí, lo sé —asintió con seriedad—. ¿Ha vuelto a poner algún problema para tomarse la medicación?

—No, lleva tres días calmada —la informó—. Aunque esta noche insistía demasiado en querer hablarte, y como nos dijiste que podíamos llamarte sin problemas...

—Por supuesto. Pásamela.

Se escuchó el sonido del teléfono al cambiar de manos. De inmediato, una respiración agitada se escuchó a través de la línea.

—¿Mamá?

—Hola, pajarita —la saludó con amor.

—¿Cómo estás?

—Bien —contestó su madre—. Pero, hace un rato que las he vuelto a escuchar.

—¿A las voces?

—¡Sí! Eran tres, Denise, tres mujeres. Insistían para que bailase con ellas. Pero no lo hice porque iba descalza y las enfermeras siempre que dicen que si lo hago puedo resfriarme.

—Claro, mamá. Debes obedecer siempre a las enfermeras, y a Erika.

—Preguntaron por ti.

—¿Las mujeres que escuchaste?

—Sí, quieren que vengas a vernos. Ellas quieren que bailes con nosotras. Le he dicho a Erika que no pensaba dormir hasta que te lo dijera. Ellas no paran de hablar, y no me van a dejar descansar hasta que me prometas que vendrás a verme.

—No te preocupes, mamá, mañana sin falta estoy allí.

—¡Bien, pajarita! —rio su madre—. Ellas se van a poner muy contentas.

—Seguro que sí —asintió Denise, con tristeza—. Ahora, ¿por qué no les dices que voy a ir y te acuestas a dormir?

—Eso voy a hacer —respondió su madre con alegría—. Llevo dos días casi sin descansar. Tocan la guitarra y cantan en mi habitación.

Un nudo se formó en la garganta de Denise.

—Ya verás como esta noche duermes bien.

—Eso espero.

—Buenas noches, mamá.

—Hasta mañana, pajarita. Te estaremos esperando. Te quiero. —Y tras decir aquello, le mandó un beso.

—Yo también te quiero, mamá.

Al colgar, Denise miró a Kim con la cara desencajada.

Su compañera de piso fue a su lado y la abrazó, para intentar consolarla.

—¿Está bien?

Denise negó con la cabeza.

—Cada vez está peor. Creo que, si sigue así, van a tener que cambiarle la medicación otra vez.

—¿Todavía sigue con lo de las mujeres esas que le hablan?

—Ahora le han pedido que vaya a verla para bailar. —Una lágrima escapó de los ojos de Denise.

Kim la abrazó con mucha fuerza y la besó en la mejilla.

—No te pongas triste. Ya sabes que la esquizofrenia es así.

—Lo sé, pero duele de todas formas —se lamentó—. Echo de menos a mi madre, la mujer fuerte que me crió.

—Te entiendo.

—Y odio haberla tenido que meter en un centro. ¡No se merece estar allí, sola! Soy su hija, debería cuidarla.

—Ella está bien, Denise. Es lo mejor que has podido hacer. Tú no puedes ocuparte de tu madre las veinticuatro horas del día. Y si la dejas sola, cuando te vayas a trabajar, puede lastimarse.

Ella asintió con la cabeza y se limpió las lágrimas de las mejillas. Miró a Kim con fijeza y se volvió a abrazar a ella.

—Sé que es lo mejor, pero... me parte el corazón.

## CAPÍTULO 9

Al parpadear varias veces, una débil luz se abrió paso frente a Ben. Sintió los brazos de su hijo, agarrado a su pierna, y lo apretó contra su cuerpo.

Su respiración era acelerada. Tenía que reconocer que sentía miedo.

Poco a poco, la luz volvió a bañar la estancia.

Pero, ya no se encontraban en la habitación de Andy. Ante ellos había un jardín. Y no uno cualquiera, era el jardín más bonito que hubiesen visto en su vida.

Estaban rodeados por miles de plantas, todas en flor, y árboles gigantescos. Ben intentó reconocer alguna de las plantas, pero no pudo. Jamás había visto vegetación como aquella. Era llamativa y exótica.

Pero aquel lugar también tenía su lado misterioso. La niebla, que siempre acompañaba a Edrielle, se extendía a ras de suelo, y si fijabas tu vista en el horizonte no eras capaz de distinguir nada, solo niebla. Además, aquello estaba desierto. No había rastro alguno de vida, aparte de la vegetación.

Ben bajó la vista y observó a Andy, que miraba a su alrededor sin poder creérselo.

—¿Estás bien? —le preguntó apretando un poco su brazo.

—¿Dónde estamos, papá? —dijo sin poder cerrar la boca por el asombro y el miedo.

A su lado, Edrielle comenzó a caminar. Allí se la veía mucho más hermosa. Era como si desprendiese luz. Su pelo brillaba como el fuego y enmarcaba su cara de piel nívea resaltando el contraste.

—Estamos en el bosque de Amanyastia —dijo ella, con orgullo—. Aquí viven las dríadas y otras criaturas.

Ben miró de nuevo a su alrededor, sin poder creer lo que veían sus ojos. Desde que era niño escuchaba historias sobre Amanyastia. Era un lugar mágico, muy nombrado en los cuentos célticos.

—Papá, ¿qué son las dríadas? —preguntó Andy.

—Son las hadas de los bosques —respondió Edrielle, adelantándose a Ben. Andy la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Puedo ver una?

Edrielle rio ante la pregunta del niño y negó con la cabeza.

—Solo podrás verlas si ellas quieren que lo hagas. Son seres solitarios, que viven en los árboles y nunca suelen separarse mucho de ellos, pues su vida gira en torno al árbol en el que habitan.

El niño alzó la cabeza y miró hacia las ramas de los árboles, intentando descubrir a alguna. Al no lograrlo, su mirada regresó a Edrielle.

—¿Qué otras criaturas hay aquí?

—En los lagos viven los afang, son una mezcla entre dragones y serpientes.

—Nunca había oído hablar sobre ellos —reconoció el niño.

—Yo creo que sí —lo contradijo Edrielle—. ¿Has escuchado la historia sobre el monstruo del lago Ness? —Andy y Ben asintieron—. Pues es un afang que consiguió quedarse en la tierra, cuando sus actuales habitantes expulsaron a las criaturas que habitan en este bosque.

—¿Todos lo que viven aquí antes lo hacían en la tierra? —la interrogó Andy, alucinado.

—Vivían y viven.

—¿Cómo es posible? —continuó Ben—. Nadie ha visto a ninguno.

Edrielle asintió, dándole la razón.

—En esta era no. Desde que los echaron, las criaturas que quedan, viven escondidas de las personas.

Ben miró de nuevo a su alrededor y tragó saliva. Aquel lugar era intimidante. Había algo en él que no lo dejaba serenarse.

—¿Tú vives aquí? —le preguntó a Edrielle.

—No —respondió ella—. Ya os he dicho que aquí solo viven criaturas. Hadas, merrows, leprechauns...

Andy observó a Edrielle, que acariciaba la corteza de un árbol, como si este pudiese sentir la caricia.

—¿Qué son los merrows y los leprechauns?

—Merrow es el nombre que reciben aquí lo que vosotros conocéis como sirenas. Viven en los lagos y son criaturas pacíficas, pero a las que no hay que molestar —les advirtió—. Y los leprechauns son duendes viejos y bondadosos. Pero jamás te fíes de uno de ellos, pues se divierten haciendo travesuras.

—¿Aquí no hay elfos? —continuó Andy, con mucha curiosidad.

—Los hay, pero no en el bosque. Viven en Alfheim, un poblado al otro lado de Amanyastia —Acarició la mejilla del niño—. Algún día te llevaré para que los conozcas.

Ben se sentía más nervioso a cada momento. No le gustaba ese lugar y tampoco le gustaba que su hijo se interesase tanto en él. Lo cogió de la mano y lo acercó a su cuerpo. De forma involuntaria, y por octava vez consecutiva, miró a su alrededor. En aquel bosque no había nada. No había insectos, pequeños roedores... No se escuchaba el mínimo sonido, algo muy extraño para estar en medio de la naturaleza. Era un silencio absoluto, y no le gustaba.

—¿Por qué no hay sonido alguno? ¿Por qué no vemos a ningún animal?

—Saben que estáis aquí —dijo ella, susurrando—. Os huelen, os ven desde los árboles. No os conocen, tienen miedo.

—Llévanos de vuelta, Edrielle —le exigió Ben—. Ya hemos visto lo que querías, ahora devuélvenos a casa.

Ella se quedó mirándolo a los ojos, con seriedad. Su mirada pasó al niño, que agarraba la mano de su padre con fuerza.

—¿Tú también quieres marcharte, Andrew?

—Sí.

—¿Te ha gustado el bosque?

—Me hubiese gustado ver a un hada —reconoció.

Edrielle sonrió, complacida.

—La próxima vez probaremos suerte.

—No va a haber próxima vez —replicó Ben—. Ya nos has traído, así que puedes dejarnos en paz.

Los ojos de Edrielle se clavaron en los suyos. Sentía el peso de su mirada, una mirada fría, vacía...

—Eso no es decisión tuya. Tengo que cumplir con el trato.

Denise llegó a primera hora a la residencia donde vivía su madre.

Nada más cruzar el umbral de la puerta, percibió el suave perfume a canela que caracterizaba aquel lugar. El recibidor era muy amplio, con techos altos y acristalados. La estancia estaba pintada de color blanco, lo que hacía que sintiese tranquilidad.

Se acercó a la recepción, donde se encontraba una joven sonriente. Dio su nombre y la dejó pasar hasta la habitación de su madre.

Al llegar, la encontró vacía. Según le había informado la chica de recepción, su madre estaba hablando con uno de los psiquiatras del centro. Un proceso

rutinario del que no debía de preocuparse.

Se sentó sobre la cama y espero allí a que acabase.

Veinte minutos más tarde, la puerta se abrió. Por ella entraron Erika, la enfermera que la llamó la pasada noche, y su madre, que al verla se arrojó a sus brazos.

—Nicole, no apriete tanto a su hija o la va a desarmar —rio Erika.

—¡Pajarita, has venido!

—Claro que sí, mamá. Siempre cumplo lo que te prometo. —La besó en la mejilla.

—Os dejo a solas —comentó la enfermera—. Si necesitáis algo, estoy al final del pasillo.

Cuando la puerta se cerró, Denise volvió a sonreírle a su madre. La cogió de la mano y la condujo a la cama, donde tomaron asiento. Observó la vestimenta de su madre y sonrió. Llevaba unos pantalones acampanados, llenos de margaritas blancas, una blusa blanca, muy ancha y con cuello de barca y una cinta sobre la frente que se enlazaba con su pelo largo. Una ropa muy similar a la de Denise.

—¿Cómo estás?

—Bien —contestó la mujer acariciando la mejilla de su hija—. Ayer pude dormir de un tirón. No me molestaron demasiado con sus canciones.

Denise se mordió el labio inferior y asintió.

—¿Volviste a escucharlas?

—Siempre están conmigo —asintió—, incluso cuando hablo con los doctores. —Frunció el ceño y cruzó los brazos sobre el pecho—. Ellos dicen que no las ven, que son fruto de mi cabeza, y que me tengo que tomar las pastillas para controlar... no sé qué.

—Tienes que hacerles caso a lo que te digan.

Su madre se levantó de la cama y negó con la cabeza.

—¡No quiero hacer lo que dicen, Denise! Ellos me miran como si estuviese loca. —Rio tras pensar unos segundos—. Y son ellos los locos. ¿Has visto cómo visten? ¿Dónde se piensan que estamos?

—No lo sé, mamá —dijo siguiéndole la corriente.

—¡Por Dios! ¡Estamos en mil novecientos sesenta y cuatro! La ropa que llevan es horrible. —Cogió a su hija de la mano, la levantó de la cama y le dio una vuelta sobre sí misma—. Míranos, Denise, nosotras sí que estamos guapas. ¡Somos dos hippies a la moda!

—Claro, mamá —le sonrió con cariño—. Pero, ¿te acuerdas de mi fecha de nacimiento? Yo nací en mil novecientos noventa y uno, no en los sesenta. ¡Tú eras una niña en esa época!

La mujer se quedó pensativa unos segundos, confusa por las palabras de su

hija. La miró con fijeza y, finalmente, sonrió.

—No seas tonta, pajarita. Soy tu madre y sé de sobra cuándo naciste. — Soltó una carcajada y negó con la cabeza—. Mil novecientos noventa y uno... tienes cada cosa...

Denise sonrió, pero sin que la sonrisa llegase a sus ojos. Cada vez que ocurría algo así, se ponía triste. No debía de hacerlo, pues eran casi cinco años los que su madre llevaba enferma, pero verla de esa forma... le partía el corazón.

Cuando enfermó, no quería que nadie se le acercase. Su madre decía que toda esa gente era muy rara, que no vestían como debían, que estaban mal de la cabeza. Ni la propia Denise podía aproximarse demasiado. En los ojos de su madre se podía ver la desconfianza.

Cuando comprendió lo que ocurría, abrió el armario de su progenitora y se colocó un vestido hippie de mangas acampanadas, que guardaba de cuando su abuela era joven. Así consiguió que su madre volviese a confiar en ella. Con el tiempo, su armario se fue llenando de esa clase de ropa, pues su madre vivía todavía en casa y no quería que su hija tuviese nada que no fuese de los sesenta.

Denise se acostumbró a vestir así, y cuando tuvo que ingresar a su madre en el centro, le dio pena vaciar su armario. Aquello era un recuerdo, era lo único que le quedaba de ella en casa. Además, con el dinero que costaba mantener la habitación en aquella residencia, no podía hacer milagros. Le quedaba dinero para pagar facturas y para comer. La ropa pasó a segundo plano.



## CAPÍTULO 10

Ben llegó a casa después de un día entero en la oficina. Se encontraba cansado y lo único que le apetecía era pasar un rato con su hijo y acostarse a dormir.

Sin embargo, por otro lado, temía ese momento. Llevaban casi cuatro días sin saber nada de Edrielle, pero volvería, no tenía ninguna duda sobre ello. Ya no sabía lo que hacer para que aquella bruja se marchase.

Esa misma mañana, había ido a visitar al pastor de su iglesia, para pedirle consejo, pues estaba desesperado. Pero lejos de calmarlo, el pastor lo tomó por loco y lo echó de la iglesia. Había pensado en hablar con alguna médium sobre el tema, pero... ¿lo creería? ¿Podría hacer algo contra Edrielle? Estaba casi seguro de que no.

Caminó por su casa hasta la habitación de Andy, pues se escuchaba ruido proveniente de allí. Cuando entró, descubrió a su hijo tirado en el suelo, junto a Denise, jugando con unos coches teledirigidos.

Tanto Andy, como Denise, reían. Se notaba que lo pasaban bien.

Ben se fijó un poco en la joven. Ese día vestía un peto vaquero enorme, unas sandalias de cuero marrón y una camiseta de mangas acampanadas. Todo eso sumado a su pelo verde... ¡Menudo cuadro!

Carraspeó para llamar su atención y, al verlo, Denise se tensó. De un salto se incorporó y lo saludó con la cabeza.

—Buenas noches, señor Smith.

—Hola, Denise —dijo sin prestarle demasiada atención. Su mirada se centró en su hijo, que le sonreía desde el suelo—. Hola, campeón, ¿qué tal el día?

—¡Muy bien, papá! Hoy en el colegio hemos hecho un teatro de marionetas.

—Genial, me alegro de que te lo hayas pasado bien. —Sonrió. Se aflojó la corbata y miró de nuevo a la chica—. ¿Ha comido bien?

—Sí, toda la comida. Solo se ha dejado dos cucharadas de sopa.

Ben asintió y volvió sus ojos hasta su hijo, que se encontraba junto a la ventana, mirando por ella, echando el aliento al cristal y dibujando sobre él.

—Andy, no manches el cristal. —El niño resopló y volvió a jugar con sus coches. Ben negó con la cabeza y miró a Denise—. ¿Se ha tomado la medicación?

—Toda.

—¿Seguro?

Ella contuvo un bufido. No entendía por qué tenía que aguantar aquella desconfianza por parte de Ben. ¡Era una profesional!

—Señor Smith, sé cómo hacer mi trabajo —respondió con cortesía pero de forma recta.

—¿Sí? ¿Y por qué no me has llamado hoy a la hora del almuerzo para informarme del estado de mi hijo?

—No me pareció que hiciese falta, Andy estaba perfectamente.

Ben cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con fijeza.

—¡Pero yo te dije que lo hicieras! ¡Me da igual lo que a ti te parezca que es lo correcto, niña!

—¡No me llame niña! —le advirtió con enfado, alzando un dedo.

—¡Cuando actúes con formalidad y responsabilidad, te trataré como a un adulto!

—¡Yo soy responsable! ¡No tienes de qué quejarte!

—¿Ah, no? —rio con sorna.

En ese momento, escucharon un ruido sordo en la habitación. Al mirar hacia donde se encontraba el niño, lo descubrieron en el suelo, desvanecido.

—¡Andy! —gritó Ben.

—¡Dios mío! —exclamó Denise corriendo hacia el niño junto a su padre.

Se arrodillaron a su lado y Ben lo intentó despertar dándole suaves golpecitos en la mejilla.

Denise lo empujó, apartándolo de él.

—¡Llame a una ambulancia! ¡Tengo que reanimarlo!

Ben sentía que sus piernas no respondían. El miedo de ver a su niño inconsciente lo bloqueaba.

Sin poder hacer nada, vio como Denise masajeaba su pecho y bombeaba con las dos manos sobre él. Repetía la acción una y otra vez, insuflando aire en su boca.

—¡Llama a una ambulancia, Ben! ¡No te quedes ahí parado! —le gritó ella, tuteándolo por primera vez, sin dejar de reanimar a Andy.

Él asintió y, con las lágrimas corriendo por las mejillas, hizo lo que le pedía.

No supo cómo logró acertar con los números, ni cómo fue capaz de recordar su dirección, pero la ambulancia estaba de camino.

Dejando el teléfono mal colgado, corrió hasta la habitación de Andy. Rogaba al cielo que aquello fuese una pesadilla. Le pedía a Dios por su hijo. ¡Ya se había

llevado a su mujer, al niño también no!

Al entrar en el cuarto, vio a Andy con los ojos abiertos. Denise lo tenía un poco incorporado y le decía palabras tranquilizadoras.

Al verlo consciente, Ben cayó al suelo de rodillas y rompió a llorar.

La ambulancia trasladó a Andy al hospital.

Nada más llegar, los doctores se lo llevaron para reconocerlo y hacerle las pruebas pertinentes.

Ben esperó sentado en una silla de plástico en la sala de espera, mientras Denise hablaba con un compañero de cardiología para averiguar algo sobre Andy.

Cuando acabó, se despidió y regresó junto a Ben.

Se sentó a su lado y lo miró. El padre de Andy tenía el rostro cansado. Su mirada estaba fija en un punto de la sala y las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas.

Denise, comprendiendo su dolor, colocó una mano en su hombro y lo apretó, dándole consuelo.

—Mi compañero dice que Andy está consciente desde que llegamos.

Ben asintió, sin decir ni una palabra y bajó la mirada hacia el suelo. Ella suspiró y se quedó callada unos minutos. Entendía el mal rato que debía de estar pasando. Ese niño era su vida.

—En un par de días podréis regresar a casa.

—Y, ¿para qué quiero regresar a casa si mi hijo no está bien? —respondió con sequedad.

—Hay que tener esperanza, Ben.

Él giró la cabeza al escuchar aquello y la fulminó con la mirada.

—¿Esperanza? —gritó—. ¡Yo ya no tengo nada de eso! ¡Me he recorrido todas las clínicas privadas de Irlanda para buscar una solución, le he pedido a Dios por mi hijo, he intentado de todo! Y lo único que recibimos Andy y yo a cambio, son más golpes! —Resopló y se llevó una mano a la mejilla—. Así que haz el favor de no hablarme de esperanza, porque no tienes ni idea del infierno que estamos pasando.

Denise se quedó blanca por aquella contestación. Ella solo quería consolarlo. Con un nudo en la garganta, se levantó de su asiento.

—Mejor de voy. Espero que tu hijo se ponga bien.

Ben, al verla marcharse se levantó a su vez y la cogió por el brazo.

—¡No! ¡No, Denise, por favor no te vayas! —Ella lo miró con asombro, pero sin decir ni una palabra—. Lo siento, no sé por qué te hablo de esa manera, soy un tonto! Te lo ruego, quédate. No quiero estar solo.

Denise se volvió a sentar en la silla, a su lado, con una sensación extraña en el cuerpo.

Continuaron otro rato en silencio, hasta que Ben comenzó a hablar.

—Tengo que disculparme contigo. —Ella lo miró, todavía más asombrada—. Eres una buena enfermera. Si no hubieses estado en casa cuando a Andy le dio el ataque, yo... no sé lo que hubiese hecho.

—Estoy cansada de esto, Ben. No tengo por qué aguantarlo.

—Lo sé —asintió—. Quiero pedirte perdón por todo. Te he tratado fatal desde el primer día. Me has demostrado que sabes lo que haces y que el único crío e inmaduro de los dos, soy yo.

—Está bien, en cierto modo puedo entender tu forma de actuar. Es mucha presión la que tienes que soportar —lo tranquilizó.

Ben la miró a los ojos y le sonrió.

—¿Te parece bien que empecemos desde el principio? ¿Qué olvidemos todas estas peleas?

Denise abrió la boca, asombrada. Eso era lo último que se hubiese esperado del padre de Andy. Sin pensarlo demasiado, asintió.

Él se giró completamente hacia Denise hasta quedar frente a frente.

—Hola, me llamo Ben —dijo a modo de presentación, tendiéndole la mano para estrechársela.

Ella sonrió.

—Yo soy Denise y voy a cuidar de tu hijo.

Ben sonrió aliviado de que Denise se lo estuviese tomando de esa forma.

—Hola, Denise. —La miró—. Me gusta tu pelo verde.

La joven soltó una carcajada al escuchar sus palabras.

—Pues me alegro de que te guste.

—¿Puedo darle un abrazo a la mujer que le ha salvado la vida a Andy?

—Por supuesto —asintió mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa.

Ben se acercó a ella y la rodeó con sus brazos acercándola a su cuerpo. La apretó contra sí y sintió los brazos de ella en su espalda.

Denise se sentía rara. Era una situación, como mínimo, extraña. Nunca se hubiese imaginado que Ben se disculparía de aquella manera. Y, la verdad, le había gustado. Se notaba que sus disculpas habían sido de corazón.

Pero, aun así, no podía dejar de sentir algo extraño. Tener a Ben tan cerca de su cuerpo, mientras que su perfume penetraba en sus fosas nasales, notar la dureza de su espalda y la fuerza de sus brazos sobre su cintura... la estaba descolocando.

—Gracias por todo, Denise —le susurró al oído.

Al sentir su aliento, su piel se erizó y una extraña electricidad recorrió su estómago.

¿Qué le estaba pasando?

Jamás se hubiera esperado aquello. Ben era un hombre guapo, lo reconocía, pero no era su tipo. A ella le gustaban los tíos bohemios, más de su estilo. Al menos le habían gustado siempre.

Entonces, ¿por qué notaba aquella debilidad en las piernas? ¿Por qué su estómago temblaba sin parar? Y, lo peor de todo, ¿por qué se sentía tan bien en sus brazos?

Sin poder contenerse, Denise lo empujó un poco para separarse. Estaba muy nerviosa y no quería que él lo notase. Tragó saliva con dificultad y se colocó bien sobre su asiento.

Giró un poco la cabeza para mirarlo, aunque sin saber lo que decir. Pero antes de que ninguno de los dos pudiese hablar, el médico que había reconocido a Andy apareció en la sala de espera.

—¿Señor Smith?

—Sí, soy yo —dijo Ben saltando de su asiento.

Denise se levantó a su vez, interesada por el estado del niño. Cruzó los brazos sobre el pecho y fijó su mirada en el doctor.

—Andy está estable, hicieron un buen trabajo con la reanimación y la rapidez con que llamaron a la ambulancia. —Los dos asintieron, sin decir palabra—. Pero, aparte de eso, no traigo muy buenas noticias.

Ben sintió que algo se desmoronaba en su interior al escuchar las palabras del médico.

—¿Qué ocurre?

—El corazón de su hijo está muy débil. Con cada nuevo ataque su salud empeora, y hasta que no consigamos un donante compatible, esto va a ir a peor. —El doctor miró su libreta durante unos segundos, para después volver a fijarse en Ben—. Nuestra recomendación, desde el hospital, es que su hijo permanezca en estado de reposo permanente. Nada de correr, nada de alterarse...

—Es un niño —comentó Ben, con la voz rota. Sintió la mano de Denise apretando su brazo, dándole fuerzas—. ¿Cómo voy a decirle a mi hijo que va a tener que estar postrado a una cama?

—Es por su bien, señor Smith.

—¿Y el colegio? ¿Y sus amigos?

—Van a tener que hacerlo todo desde casa.

—Eso no es vida, doctor.

—Esto es lo único que podemos hacer por Andy hasta que tenga su corazón

nuevo. Será duro, señor Smith, pero, por desgracia, no hay otra opción.

## CAPÍTULO 11

Denise llegó a casa pasadas las dos de la madrugada. Estaba agotada pero tranquila, pues le habían asegurado que Andy se encontraba estable y bien.

Sentía muchísimo que la vida del niño fuese a cambiar de forma tan drástica. Iba a ser muy duro para él no poder moverse todo lo que le apeteciese. Su corazón estaba dando avisos de que no estaba nada bien, y cuanto menos tuviese que esforzarse, mejor.

Cerró la puerta de la vivienda y caminó por el pasillo en silencio, para no despertar a Kim, que debía de estar durmiendo ya desde hacía varias horas.

Pero, al llegar al salón, vio la luz de la lamparilla, que había en la mesa auxiliar, encendida. Su amiga se encontraba acostada en el sofá, tapada con una manta que había traído de su habitación. Al notar su presencia, abrió los ojos y le sonrió.

—Te he estado esperando. —Se incorporó y le hizo una señal a Denise para que se sentase a su lado.

—No hacía falta, ya te avisé de que no me esperases levantada.

—Me dejaste preocupada con lo que le ha pasado al niño —reconoció Kim—. ¿Cómo está?

—Estable, pero débil. Ojalá que encuentre pronto a un donante, es un niño genial y no se merece todo esto —comentó con tristeza.

—Y su padre, ¿cómo lo lleva?

—Pff... Imagínate. Está destrozado, Kim. Sabe que su hijo se está muriendo y no puede hacer nada para salvarlo. Eso es horrible.

—Pues sí. Siento lástima por él, aunque sea un capullo y no te trate bien.

Denise sonrió ante las palabras de su amiga y negó con la cabeza.

—Esta noche me ha pedido perdón por todo. —Miró hacia la pared y recordó todo lo sucedido—. Me ha agradecido el haber reanimado a Andy.

—Es lo mínimo que debía hacer.

—Parecía sincero, en su cara se veía el arrepentimiento. Incluso me pidió un abrazo.

—Claro, necesitaría algo de apoyo y calor humano. Tuvo que ser una pesadilla para él.

Denise recordó el momento del abrazo y volvió a notar aquella cosa extraña en el estómago. Fijó sus ojos en su amiga y se mordió el labio.

—El caso es... que cuando me abrazó yo... —Negó con la cabeza, intentado poner orden a sus ideas. Finalmente resopló—. No, nada, déjalo. Estoy cansada, seguramente será por eso.

Kim frunció el ceño.

—No entiendo a qué te refieres.

—Da igual —rio—. Me voy a la cama, mañana quiero ir temprano al hospital para ver a Andy.

Se levantaron las dos del sofá y caminaron por el pasillo hasta sendas habitaciones.

Andy salió del hospital tres días después. Su padre estuvo a su lado en todo momento, pues pidió varios días libres en el trabajo.

Al llegar a casa, y a regañadientes, Ben tuvo que volver a la oficina, pero como estaba Denise con él, se quedaba relativamente tranquilo.

La chica le había demostrado que sabía manejarse en situaciones complicadas. A pesar de su juventud, sabía lo que hacía.

Al regresar esa tarde del trabajo, encontró a su madre con ellos. Estaban los tres en la habitación de Andy. Pero su hijo parecía enfadado.

—Es por tu bien, no te pongas así —le decía Denise, mientras le acariciaba la mejilla.

Ben, desde la puerta, observaba la escena.

—¡No es justo! —se quejó el niño—. ¡Todos mis amigos pueden ir!

—Podrás ir a la próxima, cariño —contestó su abuela—. ¡Cuando te pongas bien, seré yo la que te lleve a todas!

El niño frunció el ceño y una lágrima resbaló por su mejilla.

—Pero yo quiero ir.

Denise lo abrazó y lo besó en la frente.

—No llores. Estoy segura de que pronto podrás.

Ben enarcó las cejas ante las lágrimas de su hijo y entró en la habitación, sobresaltando a Denise y a su madre, que no se habían percatado de su presencia.

—¿Qué ocurre?

—Que hay una excursión en el colegio y no puede ir —dijo su madre.

Ben miró a su hijo y le revolvió el cabello.

—¿Cómo te has enterado de lo de la excursión?

—Ha venido James esta tarde, para jugar un rato —respondió Andy—. ¡Va toda la clase, papá!

Ben giró la vista hacia Denise, que miraba al niño con tristeza. Su cabello verde, suelto y medio despeinado, le tapaba parte de la cara. Sintió unas extrañas ganas de apartárselo para verla mejor.

Al darse cuenta de lo que estaba pensando, volvió a mirar a su hijo.

—Podemos decirle a James que haga muchas fotos para que puedas verlas.

—¡No, no quiero fotos! ¡Yo quiero ir! ¿Por qué todos pueden y yo no? ¿Por qué estoy enfermo, papá? —preguntó llorando—. ¡No quiero estar en la cama todo el día! Quiero salir a la calle y jugar con mis amigos.

Ben sintió una presión enorme en la garganta. Si continuaba escuchando a su hijo llorar, él también lo haría.

Denise, al verlo al borde del llanto, lo cogió de la mano y lo levantó de la cama para sacarlo de la habitación. Lo único que no necesitaban en ese momento era que Andy viese a su padre roto.

—Ahora venimos —anunció ella con fingida alegría—. Andy, quédate con la abuela.

Cerró la puerta tras ellos y llevó a Ben a la cocina.

Allí, fuera de las miradas de Andy y de su madre, rompió a llorar. Denise lo abrazó con fuerza, dándole ánimos.

—Tienes que ser fuerte, Ben.



Él se abrazó a la chica y apoyó su frente en el hombro de ella. Necesitaba aquel abrazo.

—Lo sé. Pero no sabes lo duro que es ver a un hijo pasar por esto —se lamentó.

—Me lo imagino.

Denise acarició la cabeza de Ben, dándole ánimos.

Se quedaron en silencio varios minutos, abrazados.

Ben se comenzó a serenar. Aquella jovencita lo calmaba con un simple abrazo. Tenía que reconocer que las dos veces que lo había abrazado, se había sentido bien.

Denise era más bajita que él, pero abrazaba con fuerza, dando a entender que ella estaba allí para lo que necesitase.

Sin poder contenerse, la besó en la frente, algo que la descolocó.

—Gracias por sacarme de la habitación de mi hijo. No podía aguantar más la tristeza.

—Se notaba. Parecía que te faltaba el aire.

Ben sonrió con angustia y apoyó la frente en la de Denise con los ojos cerrados. Aquella cercanía turbó a la chica.

—¿Por qué eres tan buena conmigo después de cómo te he tratado?

—En el fondo sé que no eres una mala persona, Ben. Quieres a tu hijo con locura y harías cualquier cosa por él. —Tragó saliva e intentó que no le temblase la voz al tener su cara tan cerca—. Andy es un niño increíble, le he cogido mucho cariño el poco tiempo que llevo con él, y voy a hacer lo imposible para que se encuentre bien y no tenga que soportar más carga de la que tiene encima.

—Gracias —dijo Ben mirándola a los ojos con intensidad.

Denise tragó saliva con dificultad al notar cómo la miraba. No estaba acostumbrada a que la mirasen de esa manera, y menos un hombre. Además, no sabía qué cojones le pasaba con Ben últimamente. Cada vez que lo veía aparecer, su corazón se aceleraba un poco.

Más nerviosa de lo que quería admitir, deshizo el abrazo y puso distancia entre ellos.

—Me voy a casa. Se está haciendo tarde.

Ben asintió con rapidez.

—Sí, ve. Te estoy entreteniendo con mis tonterías sentimentales —rio con tristeza.

—No. No son tonterías, y si me necesitas en cualquier momento, llámame. —Se metió la mano al bolsillo del pantalón vaquero y sacó un papel—. Este es mi número.

Cuando se quedaron a solas, Ben le llevó la cena a Andy. Se la comió en silencio, sin mirar a su padre ni una vez.

Al verlo así, Ben volvió a notar el nudo en la garganta. Ya no sabía qué decirle a su hijo para que sonriese. Llevaba casi cuatro días sin apenas levantarse y su ánimo estaba por los suelos. Era horrible ver a un niño tan pequeño con esa pena.

Andy pinchó un par de veces la comida del plato, jugueteando con ella, pero sin llevarse nada a la boca.

—Hey, campeón, tienes que comer.

—No tengo hambre.

—Si no comes no te vas a poner fuerte.

—Me da igual. —Dejó el tenedor caer en el plato provocando un fuerte sonido.

—Andy...

Pero no pudo acabar la frase. El temblor que sintió lo paralizó. Miró a su alrededor y comenzó a ver la niebla. Cerró los ojos con fuerza y maldijo en silencio.

—Esto es ya lo que nos faltaba —resopló con rabia.

Edrielle apareció de entre la niebla y le sonrió sin mucho entusiasmo.

—Vaya, ¿es que no te alegras de verme, Benjamin Smith?

—Si te dijese que sí te mentiría.

—Estoy siete días sin verte. Yo sí que te echaba de menos —comentó con sorna.

Ben la vio reírse y pasear por la habitación de Andy.

—¿Qué quieres ahora, Edrielle? ¿No te das cuenta de que este no es buen momento para importunar? Mi hijo no se encuentra bien.

Ella lo miró con fijeza a los ojos y asintió.

—Precisamente, este es el mejor momento. —Se acercó a Andy, que la miraba con seriedad, y se apoyó en la cabecera de la cama—. He sabido que tu salud he empeorado, Andrew.

El niño se encogió de hombros.

—¿Me puedes curar?

—No —dijo ella con rapidez—. Yo no tengo ese don. Pero te puedo ayudar

de otra forma.

—No quiero irme contigo —repitió el niño.

Ella asintió, sin darle la menor importancia a su negativa.

—Me parece bien que te quieras quedar. Todavía no es el momento.

Ben frunció el ceño y cogió a su hijo de la mano. Cada vez que Edrielle estaba allí se sentía amenazado.

—No entiendo qué pretendes. Ya te ha dicho que no se va a ir —gritó Ben, cansado—. ¡Vete de una vez y no vuelvas! ¡Déjanos vivir en paz!

La mujer se llevó una mano a la barbilla y se los quedó mirando, pensativa. Al final negó con la cabeza mientras chasqueaba la lengua.

—Muy mal, Benjamin Smith. Yo he venido a ayudar y tú me echas.

—¿En qué nos vas a ayudar? Cada vez que apareces es para amenazarme con llevarte a Andy.

—Hoy solo quería que se despejase un poco, nada más.

—Teniéndote a ti enfrente, es imposible relajarse —la atacó.

—Lo que tú sientas cuando estoy a tu lado, me trae sin cuidado —contestó con chulería—. Solo estoy aquí por Andrew, y puedo hacer que se olvide de todo durante unas horas.

Ben resopló y negó con la cabeza.

—Eso me gustaría verlo —susurró con desprecio.

Edrielle sonrió con suficiencia y asintió.

—Lo verás.

Cerró los ojos y se concentró unos segundos. Ben, al percatarse de lo quería hacer aquella mujer, intentó detenerla.

—¡No, Edrielle, otra vez no!

Pero fue demasiado tarde, pues la habitación se volvió oscura como la noche y sus ojos dejaron de ver.

Tal y como sucedió la vez pasada, la luz regresó paulatinamente.

Al observar a su alrededor, descubrieron el bosque de Amanyastia. Se quedaron mirando a su alrededor. Aquella explosión de colores siempre los asombraba. Era tal la belleza del lugar que apenas hablaron durante los siguientes minutos. Esa mezcla de vegetación salvaje, densa y oscura, en la que los rayos del sol eran capaces de traspasar a duras penas, y claros llenos de hierba en los que

no había ni una pizca de oscuridad. Pero lo que más impresionaba era la niebla. Daba igual hacia dónde mirase, pues el suelo se encontraba cubierto de ella.

Además del silencio. Ese silencio sepulcral que inspiraba temor.

Ben no llegaba a acostumbrarse nunca a él. Era extraño.

—Seguidme —les ordenó Edrielle.

Sin mirarlos, comenzó a caminar entre la vegetación. Su caminar era ágil y rápido, tanto que a Ben le costaba seguirle el ritmo.

Escuchó la respiración de su hijo, fuerte. Se notaba que le costaba trabajo seguirlos. Frenó en seco y miró a Andy con preocupación.

—No vamos a dar ni un paso más —la avisó, consiguiendo que ella frenase y lo mirase con los ojos entornados.

—¿Y eso por qué?

—¡Andy está enfermo del corazón! Los doctores le han prohibido realizar esfuerzos. Tiene que guardar reposo.

Edrielle colocó los brazos en jarras y alzó la cabeza, con orgullo.

—Parece que se te ha olvidado dónde estás, Benjamin Smith. En Amanyastia no hay enfermedades. Aquí, Andrew está perfectamente. Puede caminar, saltar, correr y hacer lo que le dé la gana.

El niño la miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio?

—Sí. Aquí no hay peligro. Adelante.

—Pero... —dijo Ben, sin querer creérselo.

—No. No hay peros. —Edrielle se dio la vuelta y comenzó a caminar de nuevo—. Si os quedáis atrás podéis perderos.

Padre e hijo caminaron tras ella, pero sin estar convencidos del todo. Ben cogió a Andy en brazos, y siguió a Edrielle sin dejar que el niño caminase.

—¿Adónde nos llevas?

—A ver al bugul noz.

—¿Quién es ese? —preguntó Ben, con desconfianza.

—La criatura más sabia de Amayantia. Su nombre significa “pastor de noche”. Es un tipo de hada, el último de su especie.

—¿Y para qué tenemos que ir a verlo?

—Tu hijo debe tener su aceptación para poder vivir aquí.

Ben apretó los dientes al escucharla.

—¡Andy no va a vivir aquí! ¡Jamás!

—Eso lo decidirá él —respondió Edrielle, con tranquilidad.

—Él no quiere, ya te lo ha dicho varias veces.

—Por ahora.

—¡Llévanos de vuelta a casa! —le exigió, frenando en seco.

—Todavía no. El bugul noz nos espera.

Ben se quedó quieto en aquel lugar. No pensaba dar un paso más detrás de Edrielle, y menos todavía sabiendo que una criatura con nombre raro quería ver a Andy.

Observó cómo la mujer se alejaba sin mirar atrás, y su determinación continuó firme, hasta que escuchó el sonido del viento. Era un silbido fuerte y con él se percibía el sonido de las hojas de los árboles. Pero, al mirar a su alrededor, descubrió que todo estaba en calma. No se movía la mínima planta. Aun así, seguían escuchando el viento rugir.

Andy se abrazó a él, asustado por aquello, y Ben no tuvo más remedio que correr hasta que alcanzó a Edrielle.

—¿Qué está pasando?

Ella se dio la vuelta y lo miró como si no comprendiese.

—¿A qué te refieres?

—El viento. Está soplando con fuerza, pero no se mueve ni una hoja.

—Eso no es el viento —dijo Edrielle, sonriente—. Es una dríada cantando.

—¿Un hada del bosque? —preguntó Andy, asombrado.

—Exacto.

—¿Puedo verla?

—Solo si ella quiere que la veas.

El niño empujó a su padre para que lo dejase en el suelo. Este lo hizo a regañadientes.

Andy miró a su alrededor, intentando descubrir de dónde provenía aquel canto tan extraño.

—Andrew —lo llamó Edrielle, sonriente—. Fíjate en aquel árbol.

Él miró hacia donde le señalaba. Al hacerlo vio una luz verde sobre una de las ramas. Sin esperar a su padre, el niño corrió hacia ella.

Ben siguió a su hijo, asustado por lo que aquella criatura pudiese hacerle.

—No te acerques más, Andy —le advirtió.

Pero no le hizo caso. Dejó de andar a escasos cincuenta centímetros y la observó desde la cercanía.

Edrielle y Ben se colocaron a su lado y contemplaron a su vez al hada, que cantaba para ellos mientras los observaba con sus ojos violeta.

Era muy pequeña. Ben calculó que no mediría más de unos treinta centímetros de alto. Poseía una gran belleza. Tenía unas facciones finas y una nariz respingona, además de estar completamente desnuda.

—Fijaos en su cabello —comentó Edrielle para que prestasen atención.

—¿Qué le pasa? Yo lo veo negro —dijo Andy, frunciendo el ceño.

—Cambia según las estaciones. En unos meses se volverá rojizo.

—¿Puedo tocarla? —preguntó el niño.

—No creo que te deje. Las dríadas son hadas muy solitarias y es incluso extraño que nos esté permitiendo verla.

Andy dio otro paso hacia la criatura y estiró un brazo para alcanzarla.

—¡No, Andy, estate quieto! —le avisó Ben.

Pero él no hizo caso. Continuó acercando la mano para tocarla.

Al verlo tan cerca, la dríada dejó de cantar y se quedó quieta. Acercó su cara a la mano de Andy y la olfateó. Cuando terminó de hacerlo, batió sus alas y echó a volar.

—¡No te vayas! —gritó el niño—. No te quiero hacer daño.

Pero el hada ya no estaba. Había desaparecido entre la vegetación.

Edrielle continuó con su camino y los apremió para que siguiesen andando.

—Vamos, en poco tiempo la oscuridad se abrirá paso y el bosque se cubrirá de niebla. Tenemos que ir a ver al bugul noz.

Dejaron aquel bosque soleado y se adentraron entre la profundidad de los árboles, donde apenas se veía a más de dos metros de distancia, pues la oscuridad era casi absoluta. Ben sentía el bello de punta. No se escuchaba ni un ruido, solamente el crujir de las ramas cuando las pisaban y las respiraciones agitadas de él y del niño intentando seguirle el ritmo a Edrielle. No le gustaba aquello. Sabía que no estaban solos en aquel lugar. Miles de criaturas los observaban desde los árboles, y eso a Ben lo hacía estar en guardia continuamente.

Tras varios minutos caminando, llegaron a un claro en el que era imposible seguir andando, pues el camino se cortaba por una superficie rocosa cubierta por la vegetación.

Edrielle paró de andar, se giró y les sonrió.

—Hemos llegado.

—Aquí no hay nada —observó Andy, mirando hacia todos lados.

Ella asintió con la cabeza.

—Que tú no puedas verlo, no significa que no esté.

—¿Eso qué quiere decir? —la interrogó Ben, con el ceño fruncido.

—Espera y verás, Benjamin Smith, no seas impaciente.

Nada más decir aquello, la vegetación que cubría las rocas se comenzó a agitar. Ben agarró a su hijo de la mano, con fuerza, y fijó su mirada en aquello que se movía.

De entre la maleza, apareció un ser muy extraño. Era bajito, media alrededor de un metro veinte, con un cuerpo redondo y unas piernas finas y alargadas. Su cabeza era grande, casi del mismo tamaño que su cuerpo, con ojos enormes, saltones, nariz alargada y aguilena y antenas sobre la frente.

Los miró a todos con seriedad y fijó sus ojos en Andy.

El niño se escondió tras las piernas de su padre y cerró los ojos con fuerza.

—Papá, dile que no me mire así. Es muy feo.

—No te va a hacer nada —le repitió Edrielle—. No es un ser maligno. Es amable y gentil.

El niño se asomó un poco y miró de nuevo al bugul noz.

La criatura se acercó y lo observó de cerca, con ojos sabios. Alzó una de sus manos y la apoyó en la frente de Andy, que temblaba de miedo.

Segundos después, el hada dio media vuelta y se aproximó a Edrielle. De su boca, comenzaron a salir una serie de chasquidos, silbidos y muecas. Al acabar, ella asintió, como si hubiese entendido todo aquello, y el bugul noz regresó entre la maleza en las rocas, sin despedirse, tal y como había aparecido.

—¿Qué era eso que ha hecho con la boca? —preguntó Ben, extrañado.

—Me estaba hablando.

—¿Y qué idioma es ese?

—Feérico, el idioma de las hadas.

—¿Qué te ha dicho? —continuó él con su interrogatorio.

—Que Andrew tiene un alma limpia y es bienvenido.

## CAPÍTULO 12

Denise tocó la puerta de la habitación donde se alojaba su madre. Según las enfermeras que la habían atendido al llegar a recepción, había pasado una noche un tanto movidita, así que no sabía lo que iba a encontrarse cuando la viese.

Abrió la puerta y encontró a Erika acompañándola, como era costumbre.

Al verla, las dos mujeres sonrieron y su madre se arrojó a sus brazos.

—¡Pajarita, has vuelto!

—Hola, mamá. —La besó en la mejilla y le devolvió el abrazo—. ¿Cómo estás?

—Ahora que estás aquí, perfectamente.

Erika se disculpó con ellas y salió de la habitación para que tuviesen un poco de privacidad.

Cuando estuvieron a solas, su madre la volvió a besar en la mejilla y dio una vuelta sobre sí misma, contenta de tener a Denise allí.

Su hija se sentó sobre la cama y le sonrió.

—Me han dicho las enfermeras que esta noche casi no has dormido.

La mujer asintió y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—Esas mujeres no me dejan en paz. Cuando cierro los ojos empiezan a hablar y a cantar.

—¿No puedes hacer que se callen? —preguntó Denise, sintiendo lástima por su madre.

—Una vez les grité muy fuerte —comentó como si nada—. Pero a las enfermeras no les gustó. Quisieron dame una pastilla. Pero no me la tomé —rio—. La aguanté en la boca y la escupí en el lavabo cuando me dejaron a solas.

—Ellas lo hacen para que estés bien, mamá. Tienes que tomar lo que te den.

—¡Quieren drogarme!

—No, solo quieren...

—¡Oh, pajarita! —la interrumpió a mitad de la frase. Se puso de pie de un salto y cogió a Denise de las manos—. ¡Escucha!

—¿Qué pasa?

—¡Música! ¡Hay música! ¡Ellas están cantando para ti!

—Yo no oigo nada, mamá.

La mujer tiró de sus manos y la levantó de la cama.

—¡Vamos a bailar, pajarita!

Giró sin soltar sus manos. Denise negaba con la cabeza. No quería hacerlo. Para ella era muy triste que sucediese aquello.

—Para, mamá, en esta habitación no hay nadie, solo nosotras.

—¡Escucha bien! ¡Pronuncian tu nombre!

Su madre se soltó de sus manos y comenzó a bailar sola. Daba saltos, giraba



sobre sí misma y movía las manos con gracia.

Un nudo en la garganta se instaló en Denise. No quería verla así. Era su madre, le dolía ver que su cabeza ya no funcionaba, que estaba ida. ¿Dónde estaba la mujer que la crió? ¿Dónde estaba esa persona cuerda y serena a la que había querido más que a su vida?

Sin poder remediarlo, se sentó de nuevo en la cama y comenzó a llorar. Escondió la cara entre las manos y su cuerpo se estremeció por el llanto.

Su madre dejó de bailar y se quedó mirándola sin saber lo que hacer.

—No puedo más con esto. Necesito a mi madre —se lamentó—. Necesito a la mujer que eras antes.

Ella se sentó a su lado y le acarició el pelo mientras que con la otra mano le secaba las lágrimas. La rodeó con sus brazos y la abrazó con amor.

—Estoy aquí, Denise. No llores.

Levantó a cabeza, para mirar a su progenitora, y vio que su mirada era clara. No había ni rastro de la bruma que se instalaba en sus pupilas cuando la poseía la locura. Ocurría en pocas ocasiones, pero la cordura se abría paso en su mente y regresaba la mujer que siempre fue.

—Te quiero, mamá.

Ben pasó los siguientes días en un estado de absoluta tristeza.

No podía soportar ver a su hijo postrado en la cama. Andy apenas andaba, por prescripción médica, y sus ánimos eran pésimos. Casi no comía, no quería hablar, no permitía que ningún amiguito lo visitase...

Mientras que Ben trabajaba, Denise y su madre intentaban animarlo. No lo dejaban ni un segundo solo. Le ponían películas, lo llevaban hacia la ventana para que mirase por ella, lo paseaban por la calle en silla de ruedas para que tomase el aire...

Pero no había forma de que Andy sonriese.

El trabajo en la oficina de Ben se le antojaba eterno. No dejaba de mirar el reloj deseando que llegase la hora de volver a casa. En esos momentos, más que nunca, quería estar junto a su hijo.

Llevaba casi una semana completa telefoneando al hospital. Pedía, por favor, que encontrasen un corazón para el niño, incluso llegó a amenazar a los doctores. Pero el donante compatible de Andy no aparecía.

Esa misma mañana, Emma tocó la puerta de su despacho a la hora del almuerzo. Ben la hizo pasar y sonrió sin ganas.

—Hola, guapo, vengo a darte mimos. —Le guiñó el ojo y se sentó sobre la mesa, a su lado.

Él la miró de arriba abajo, contemplando lo hermosa que estaba con su traje de americana y falda lápiz. Emma era una mujer preciosa. Pocas podían comparársele, pero Ben no estaba de humor para caricias con nadie. La enfermedad de Andy no salía de su cabeza y lo atormentaba.

—Creo que es mejor que te vayas, Emma.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Hoy no es un buen día.

Ella se llevó una mano a la barbilla y lo miró con interés.

—Llevas toda la semana dándome largas.

—Mi hijo ha empeorado y no tengo ánimo.

—¿No encontráis donante? —preguntó ella.

Ben negó con la cabeza, triste.

—De momento no.

Emma se levantó de la mesa y apoyó la mano en su hombro.

—Lo siento mucho. —Lo besó en la mejilla—. Espero que Andy se mejore.

Ben le sonrió con amabilidad.

—Gracias.

Emma comenzó a caminar hacia la puerta, agarró el pomo, pero antes de abrirla se giró de nuevo hacia él.

—Oye, Ben, ¿te importa si busco a alguien para... divertirme? —Le guiñó un ojo—. Como tú no estás con ánimos...

El rio ante su pregunta y asintió.

—Adelante. De todas formas, lo nuestro no iba a ningún sitio. No me gusta mezclar el trabajo con mi vida privada.

Denise y la madre de Ben se miraron con seriedad cuando él llegó a casa. Ni si quiera las saludó al entrar. Se dirigió hacia la habitación de Andy, le dio un beso en la mejilla y se sentó en el sofá del salón, con la mirada fija hacia la pared de enfrente.

Negaron con la cabeza, preocupadas. No reconocían a Ben.

Siempre fue una persona poco habladora, pero esto no era nada normal.

—Tengo que hablar con él —comentó la anciana, con el ceño fruncido por la preocupación—. La enfermedad de Andy lo va a matar.

Denise asintió y se fijó en Ben.

Se notaba que había perdido peso, todavía más. Su delgadez se estaba convirtiendo en extrema. Había visto fotos de él, acompañado por Andy y su difunta mujer, en las que su musculatura era notable. Además, siempre lo había considerado un hombre atractivo, pero esa escualidez lo afeaba.

Miró a su madre, con interés, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué le va a decir? —preguntó Denise, interesada.

—No lo sé —admitió—. Pero no voy a permitir que mi hijo se consuma ante mis ojos.

La mujer se acercó a Ben y se sentó a su lado. Apoyó una mano sobre su muslo, para llamar su atención y, cuando la tuvo, le sonrió con cariño.

—Ben, hijo. No puedes seguir así.

—¿Seguir cómo? —preguntó él entornando los ojos.

—De esta forma. ¡Mírate! Ya no pareces tú. Tienes que cuidarte un poco, aunque solo sea por Andy.

—Mira, mamá, no estoy de humor para esto.

Ella se irguió, orgullosa.

—Me preocupo por ti, al igual que lo hago por mi nieto.

Ben resopló y se llevó una mano a la cara. La frotó con aburrimiento y suspiró.

—Y, según tú, ¿qué se supone que debo de hacer?

—Despejarte un poco, salir por ahí...

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Una persona no puede llevar el ritmo que llevas tú durante mucho tiempo —le regañó—. Tienes que desconectar un poco de los problemas.

—No puedo hacer eso.

—¡Sí que puedes!

—¿Y qué hago con Andy mientras yo “desconecto”? —preguntó con sorna.

—Yo me hago cargo de él. Una noche no hace daño a nadie.

Ben resopló, cansado.

—Perfecto, mamá. Entonces, tú sugieres que te deje a mi hijo y yo me vaya a “no sé dónde” con “no sé quién” para pasármelo bien.

—Puedes salir a cenar a algún sitio.

—Claro, me voy yo y mi amigo imaginario —resopló.

—Tienes muchos amigos.

—No me apetece.

—Puedes irte con Denise.

Al escuchar a la mujer, Denise levantó la cabeza de golpe, al mismo tiempo que Ben.

—¿Qué? —exclamaron los dos al mismo tiempo.

—¡No me digáis que no sería una idea espléndida!

Denise negó con la cabeza y agitó los brazos sin parar.

—Señora, no sé si...

—No me creo que hayas sugerido eso, mamá —rio Ben—. Menuda estupidez.

La mujer asintió, convencida y no les hizo ni caso a ninguno.

—¡Sería una idea fantástica!

—Ella no saldría nunca conmigo —comentó Ben señalando a la joven.

—Espera, espera... —Denise estaba alucinando. Lo miró con los ojos muy abiertos—. ¿Tú saldrías conmigo?

—No lo sé. Eres la enfermera de mi hijo.

—¡Me consideras una cría!

—Ya me disculpé por eso.

La abuela de Andy aplaudió, contenta.

—¿Veis? Todo arreglado, mañana por la noche tenéis una cita.

—Un momento —la interrumpió Denise, con la cabeza hecha un lío—. Yo no he aceptado ir todavía.

—Irás —aseguró la mujer—. Mi hijo es un caballero cuando le pide una cita a una mujer. No te vas a arrepentir, hazme caso.

—¡Pero su hijo no me ha pedido nada!

—¿No? —questionó la anciana, con una sonrisa.

Denise miró a Ben fijamente, con las cejas enarcadas.

—¿Me lo has pedido?

—¡No! Creo... —Se quedó pensativo. Cuando reaccionó, fijó la vista en su madre y apretó la mandíbula—. Mamá, ya está bien. Denise jamás saldría conmigo. ¡Es una locura!

—Sí que lo haría —comentó Denise.

Los ojos de él se abrieron por el asombro.

—¿Cómo?

—Sí que saldría contigo. Me pareces una buena persona.

—¿En serio? —Ben no pudo contener el asombro. Sonrió—. Pero si soy muy viejo para ti.

Su madre resopló ante aquello y negó con la cabeza.

—¡Tonterías! Nueve años tampoco es tanto. Mi prima Ivanna se lleva con su marido casi quince y ellos tan felices.

—Pero... —dijeron los dos a la vez.

—No seáis malos y dadme ese gusto —les pidió con lástima—. Haced caso a esta vieja por una vez.

Ben y Denise se miraron sin saber qué contestar. Él negó con la cabeza y se mesó el cabello.

—¿Tú qué dices, Denise?

—No sé —admitió, confusa.

—¿Cenarías conmigo mañana? —preguntó con algo de timidez.

Ella bajó la vista al suelo y se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

En el rostro de la anciana, se formó una enorme sonrisa.

—Yo reservaré el restaurante. —Y tras decir eso salió del salón y se dirigió al cuarto de Andy.

Kim observaba a Denise arreglarse para su cita. No podía remediar sonreír al verla. Se notaba que estaba muy nerviosa, pues hacía bastante tiempo que no quedaba con ningún hombre. Iba de un lado a otro, se probaba una y otra vez la ropa sin decidirse, la veía resoplar y maldecir en silencio, se quejaba de su pelo...

La verdad era que le gustaba ver a Denise en ese estado. Sabía la opinión que tenía su amiga frente a las relaciones con el sexo opuesto, y que reaccionase de esa manera por una simple cita, le recordaba que, después de todo, era humana. Nadie era dueño de sus emociones, aunque se empeñase en asegurar lo contrario.

Cuando se cansó de verla maldecir, la cogió de la mano y la sentó en la cama.

—Tranquilízate.

—No estoy nerviosa.

—Seguro que no —rio Kim—, pero si continuas andando en círculos, vas a hacer un socavón en el suelo.

Denise puso los ojos en blanco y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Muy graciosa.

Su amiga se sentó a su lado y la abrazó.

—No te pongas así.

—¡Es que yo no valgo para esto!

—¿Para las citas? —preguntó Kim.

—Exacto. No sé cómo acepté. —Se llevó las manos a la cara y la frotó, desesperada.

—Pues aceptaste porque eres joven, porque tienes que salir, y porque una simple cita no te va a matar.

Denise se volvió a levantar de la cama y dio varios pasos hacia un lado, para luego regresar sobre sus pisadas.

—¡Es que esta no es una simple cita, Kim! ¡Voy a salir con el padre del niño al que cuido! —exclamó, sintiendo que le faltaba el aire—. El mismo hombre al que no aguantaba hace apenas una semana, el que se burló de mi forma de vestir y de mi cabello. ¡Voy a estar toda la noche preocupada por no parecer una niña ante él!

—No tienes que preocuparte por eso —la tranquilizó—. No conozco a una mujer más madura, y con la cabeza mejor amueblada, que tú.

—No sé. Creo que es mejor que no vaya. No voy a disfrutar nada.

—Entonces, si tan claro lo tienes y si no te gusta ese tío, ¿por qué aceptaste ir?

Denise la miró, sin saber qué decir.

—Creo que acepté para intentar animarlo. Está muy mal por el tema del niño.

—¡Pues ya está! Sal esta noche, haz que se ría, ríete tú también, id a bailar un rato.

—No sé si voy a ser capaz de reírme hoy —admitió—. Es verlo y... tensarme.

—No entiendo por qué. Si realmente no te gusta... —Denise bajó la vista hacia el suelo cuando escuchó aquello—. Porque no te gusta, ¿verdad? —insistió su amiga. Pero Denise continuó sin contestar. Solo podía morderse el labio y retorcerse las manos. Kim abrió la boca por el asombro y se llevó las manos a la cabeza. — ¡Denise Murphy, dime que no te gusta ese hombre!

—¡No lo sé! —explotó ella. Se sentó en la cama y escondió la cara entre las manos—. No sé lo que siento cuando veo a Ben. Y la verdad es que debería odiarlo por todo lo que me ha dicho, pero no puedo. Hay algo en él que me llama.

—Joder —dijo su amiga, sin poder llegar a creérselo.

—Sí, joder.

—Va a ser una noche interesante —rio Kim.

—¡No te burles! No lo voy a pasar bien.

—Mira, tú ve a la cena y haz lo que tienes que hacer: intentar animarlo. Pásalo bien, sé tú misma...

—No voy a poder, no cuando me mira con esos ojos que parecen traspasarme.

—Inténtalo al menos —la animó—. Si no lo intentas no lo sabrás nunca. Y si ves que, aunque pongas de tu parte, la cosa no funciona, te vuelves a casa.

## CAPÍTULO 13

Ben aparcó frente al restaurante en el que había quedado para cenar. Cerró el coche y caminó hasta la puerta sin tener claro qué estaba haciendo. Tenía una cita con Denise.

Rio al recordarlo.

Aquello era de lo más surrealista, aunque tenía que reconocer que había estado todo el día sin poder dejar de pensar en el tema.

Él y Denise cenando juntos.

Volvió a reír.

Admitía que de tanto pensar en ello, la pena y la desesperación en el trabajo fue menor. Y es que cada vez que recordaba que iba a salir con una jovencita de veintiséis años, con el pelo verde y vestida a la moda de los sesenta... no podía reprimir una sonrisa.

Se apoyó en una pared del restaurante, mientras esperaba a que ella llegase y pensó en Andy. Incluso su hijo aprobaba aquella cita. Esa tarde había reído cuando le dijo adónde iba y con quién. Solamente por la risa de Andy, aquello merecía la pena.

El sonido de unos tacones, lo hizo girar la cabeza.

Al hacerlo la descubrió.

Llevaba un vestido blanco, corto y con volantes en el bajo, entallado a su cuerpo, con las mangas acampanadas y escote en uve. Le recordaba a los típicos vestidos de la isla pitiusa de Ibiza. El cabello semi recogido, dejando un par de mechac acariciándole el rostro, y en la cara nada de maquillaje, aparte de un poco de labial rosa.

Cuando llegó a su lado, le sonrió con algo de nerviosismo.

—Estás muy guapa, Denise.

—Gracias —dijo ella, sin apenas mirarlo a la cara.

—¿Entramos?

Denise asintió con la cabeza y lo siguió hacia el interior del restaurante. Al caminar detrás de Ben, pudo apreciar su cuerpo sin que él se diese cuenta.



Llevaba unos pantalones vaqueros, que se ajustaban a sus piernas, camisa color burdeos y, sobre ella, una americana negra.

Al levantar la vista, se fijó en el lugar.

Era grande, aunque la iluminación lo convertía en un sitio bastante íntimo, cosa que incomodaba todavía más a Denise. Con decoración elegante y una enorme lámpara de araña en el techo. Se escuchaba música. Era una balada preciosa de Elton John, que siempre le había encantado.

Tomaron asiento al lado de una ventana y el camarero no tardó en tomarles nota.

Cuando se quedaron a solas, Denise dio un trago a su copa y miró a su alrededor. No había mucha gente, y la que había se encontraba a varias mesas de distancia.

Ben aprovechó que Denise estaba distraída y se fijó un poco en ella. Tenía que reconocer que esa noche estaba muy atractiva. El cabello recogido facilitaba que se pudiesen apreciar sus rasgos a la perfección. Nunca se había parado a mirarla con detenimiento, pero era muy bonita. Su rostro era de forma oval, con unas cejas finas y bien dibujadas, ojos castaños y grandes, bastante expresivos, nariz fina, algo respingona, y unos labios bonitos y apetecibles.

Ben se sorprendió mirándola embobado y se recompuso de inmediato.

Denise giró la cabeza y lo observó unos segundos. Se removió en su asiento, y dio otro trago a su copa.

—Esto es un poco incómodo, ¿no? —comentó ella.

—Un poco —asintió—. Cuando vea a mi madre voy a tener que hablar muy seriamente con ella. Tú tendrás cosas mejores que hacer que estar aquí.

Ella se encogió de hombros.

—Mejores no sé, pero menos turbadoras seguro.

Ben se llevó una mano al mentón, pensativo.

—¿Tan mal te sientes conmigo?

—No es que me sienta mal, es... no sé, quizás sea por todo lo que ha ocurrido entre nosotros desde que nos conocimos.

—No empezamos con buen pie, ¿verdad? —sonrió—. Fui un tonto. Te agradezco la paciencia que tuviste conmigo.

Ella negó con la cabeza, restándole importancia.

—Al principio pensé que eras el mayor estúpido del mundo —se sinceró—. No podía creer todo lo que salía de tu boca.

—Lo siento —se disculpó—. Sé que sonará extraño, pero pensaba que de esa forma protegía a Andy. Te veía tan...

—¿Niña? —preguntó Denise, terminando la frase por él.

—Joven —puntualizó—. Pensaba que no tendrías suficiente formación, o

que descuidarías a mi hijo. Tu aspecto me generaba desconfianza. No sé, de todos modos, me equivoqué contigo.

—Puedo entender esa preocupación, Ben. Ya te dije que estaba olvidado.

Él sonrió al escucharla. Alzó su copa a modo de brindis y la chocó con la de ella.

—Me alegra que seas tú la que cuide a mi hijo.

—¿En serio? ¿Aunque fume porros, queme sujetadores y no me depile las piernas?

—¿Qué? —exclamó atragantándose con el contenido de la copa.

Denise comenzó a reír al ver su reacción. Lo miró ladeando la cabeza y apoyó la barbilla en las manos.

—Respira —indicó sin dejar de sonreír—. Yo también sé bromear.

Ben contuvo el aliento al verla reír, cuando lo hacía su cara se iluminaba y sus ojos brillaban. Era preciosa. ¡Dios! ¿Cómo había estado tan ciego de no haberse dado cuenta antes?

Aunque no le extrañaba. Aparte de sus prejuicios hacia ella, Denise era de la clase de persona que no paraba quieta ni un momento. De hecho, casi nunca le había aguantado la mirada el tiempo suficiente como para fijarse en todo aquello.

Apartó los ojos de su rostro cuando se percató de que ella lo miraba extrañada. Carraspeó un poco, para asegurarse de que la voz no le fallaba y le sonrió.

—Bueno, pues ya que estamos aquí, ¿por qué no aprovechamos y nos conocemos un poco más?

Ella frunció un poco el ceño, sorprendida por sus palabras. ¿Quería conocerla mejor? ¿Por qué?

—Y, ¿qué quieres saber?

—Cuéntame un poco de ti.

Denise tragó saliva y asintió, notando que las manos comenzaban a sudarle.

—Bueno, la verdad es que mi vida tiene poco de interesante. Nací aquí, en Dublín, soy hija única, mis padres se separaron cuando yo era una niña, tengo la carrera de enfermería y estoy estudiando cardiología. —Se quedó pensando qué más contarle. Aunque tampoco quería ahondar demasiado en su vida. Apenas conocía a Ben y no se sentía cómoda para hablarle de su madre, o de su familia.

—¿Tienes novio? —soltó él de repente, sorprendiéndose a sí mismo por aquella pregunta. Agitó una mano, contrariado—. No me contestes. Eso es algo que a mí no me interesa.

Ella se encogió de hombros y agitó la cabeza.

—No tengo pareja. De hecho, llevo muchos años sin conocer a nadie interesante, y tampoco lo busco, si te soy sincera.

—¿Por qué? Quiero decir... ¿Es porque te han hecho mucho daño en el pasado?

—No, no es por eso —contestó—. Jamás he tenido una relación tan seria, ni duradera, como para que me hayan roto el corazón —rio y dio otro trago a su copa—. Simplemente mis prioridades son otras.

—¿Cuáles son?

—Mi carrera, por supuesto.

—¿Y con una pareja no podrías seguir estudiando?

Denise asintió.

—Podría, claro que sí.

Ben la estudió con atención, intentando comprenderla.

—Nunca había conocido a nadie como tú.

—¿A qué te refieres? ¿Lo dices por mi forma de vestir?

—En parte. No te voy a negar que la primera vez que te vi me pareciste un bicho raro.

Ella miró hacia otro lado sin comprender por qué le molestaba que Ben hubiese dicho aquello.

—Vaya, gracias.

—No pretendía ofenderte —se disculpó.

—No te preocupes, Ben. No tienes la culpa de pensar de esa forma. No eres el único. No sabes la de veces que me han negado un trabajo por mi aspecto. —Lo miró a los ojos—. Pero, esos comentarios, en vez de chafarme, me hacen más fuerte. Me hacen intentar ser la mejor en mi trabajo para demostrar que se equivocan.

Ben la observó con admiración.

Esa chica tenía una personalidad increíble. Era capaz de luchar ella sola contra el mundo para demostrar lo que valía. Y tenía razón. Las personas tenían la mala costumbre de juzgar solo por las apariencias. Él el que más, lo reconocía. Y lo que no sabían, era que por hacer eso, se perdían a personas maravillosas escondidas entre la multitud. Personas que habían decidido no continuar con las normas establecidas, que seguían sus instintos y que no actuaban como ovejas, al igual que el resto.

—No entiendo cómo no tienes a un ejército de hombres a tus pies —susurró sin dejar de mirarla fijamente, sin darse cuenta de que lo estaba diciendo en voz alta.

Al escucharlo, Denise se removió en su asiento, nerviosa. Ben la miraba con intensidad y conseguía que su corazón se alterase sin razón alguna.

Él notó la incomodidad de Denise y cerró los ojos con fuerza al percatarse.

—Lo siento —se volvió a disculpar—. No me hagas caso. Creo que llevo

demasiado tiempo sin tener una cita y estoy desentrenado —rio.

—¿Te importa si dejamos de hablar de mí?

—Sí, claro, disculpa.

Ella sonrió y le restó importancia.

—Deja de disculparte, Ben. Llevas toda la noche haciéndolo.

—No sé lo que me pasa, pero me da la sensación de que contigo solo sé equivocarme—sonrió a su vez.

—Sí, en eso te doy la razón —comentó divertida.

El camarero trajo la cena y comieron en silencio durante un buen rato.

Ninguno de los dos rompió su mutismo, pues no sabían qué decir. Aunque se veían a diario, no tenían confianza suficiente como para que su conversación fuese fluida. Los dos tenían ganas de saber del otro, pero callaban por miedo a meter la pata y acabar discutiendo como de costumbre.

Se miraban de reojo, incapaces de apartar la vista del otro mucho tiempo. Era algo extraño, pues ninguno de los dos entendía el por qué, pero sus ojos se buscaban.

Denise odiaba estar en silencio. Ella era de naturaleza habladora y aquello le parecía antinatural. Aunque con Ben, la naturaleza le jugaba malas pasadas. Ese hombre tenía algo que la conseguía descolocar por completo, algo raro para ella, que pensaba que conocía al sexo opuesto a la perfección. Era bastante atractivo, aun estando tan delgado. Estaba segura de que en el pasado tuvo que ser un hombre de los que quitaban el aliento.

Sentía lástima por él y por Andy. Aquella situación era muy dura y se notaba la tristeza en ambos.

Volvió a observar a Ben de reojo y lo descubrió mirándola. Levantó la vista y fijó los ojos en su plato.

—¿Qué es? —preguntó Denise, rompiendo el silencio.

—Rosbif de ternera —contestó de inmediato. Señaló la carne y la miró—.

¿Quieres probar?

Ella negó con la cabeza e hizo una mueca de desagrado.

—Qué aburrido.

—¿Cómo? —dijo Ben, divertido—. No sabía que la comida también fuese aburrida.

—¿No habías probado nunca el rosbif?

—Claro que sí, lo como a menudo —declaró él.

Denise suspiró y apoyó la barbilla sobre las manos.

—Pues lo que yo digo, ¡aburrido!

—No entiendo por qué.

—Muy sencillo. A mí me encanta probar cosas nuevas. De hecho, cada vez

que voy a un restaurante no pido jamás lo mismo.

—Entonces, seguro que más de una vez te habrás llevado una decepción si la comida no te gusta.

—Pero eso es lo divertido, el arriesgarse, descubrir nuevos sabores.

Ben se quedó mirando el plato de ella, intentando adivinar qué era aquello. Pero, al cabo de varios segundos, se rindió.

—Y tú, ¿qué estás comiendo?

—Frijoles con chile. —Sonrió señalando su plato—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias, no me gustan.

—¿Los has probado?

—No.

—¿Cómo sabes entonces que no te gustan? —lo interrogó, con una sonrisilla en los labios.

Ben rio y negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Adelante, prueba —lo animó, divertida—. Pero, lleva cuidado porque...

—Ben metió la cuchara al plato, la llenó y se la llevó a la boca sin escuchar a Denise. Masticó los frijoles, saboreando lo sabrosos que eran, hasta que algo comenzó a quemarle la garganta. Miró a Denise con los ojos muy abiertos y se llevó la copa a la boca, intentado refrescarse, pues le ardía. Ella rio, sin poder contenerse y se llevó una mano a los labios, para contener las carcajadas—. Son muy picantes. Te he intentado avisar.

Las mejillas de Ben se tiñeron de un color carmesí. Se notaba que lo estaba pasando mal. Denise rellenó su copa para que siguiese bebiendo.

—¿Estás bien?

Ben asintió a malas penas, desesperado porque el picante desapareciese.

Un minuto después, y con la boca ardiendo, se sintió con fuerzas para hablar.

—Joder, ¿qué mierda es esa? —Bebió otro trago de vino—. ¿Cómo puedes comerte eso?

—No puedo. La verdad es que no sabía que picaban tanto —admitió ella con una sonrisilla traviesa.

—¿No te escuecen los labios? Yo tengo la sensación de que me los he abrasado. Si lo hubiese sabido no hubiera probado tanto —dijo Ben con desagrado.

Denise sonrió y se encogió de hombros.

—Ahí está lo divertido —añadió—, el sorprenderte por algo que no esperabas.

Ben la miró con fijeza, sin poder cerrar la boca por el asombro. Casi sin poder contenerse, sus hombros se comenzaron a estremecer y de su boca salió una

carcajada. Observó a la chica, con una enorme sonrisa en el rostro y negó con la cabeza.

—Denise, estás loca.

Salieron del restaurante una hora y media más tarde. Después de todo, había sido una velada bastante entretenida, aunque algo extraña. Denise admitía que se lo había pasado bien. Ben no era ese ogro que imaginó al principio, de hecho, era una persona bastante cercana y amable.

—¿Has venido andando? —le preguntó Ben con una sonrisa tímida—. Si quieres te llevo a casa en coche.

—No, no te molestes —dijo ella negando con la cabeza—. Vivo a un par de manzanas de aquí, voy andando.

Él asintió y se metió las manos a los bolsillos.

—¿Puedo acompañarte hasta la puerta?

—Pues... —Denise lo miró con fijeza. ¿Ben quería acompañarla?—. Vale.

Comenzaron a caminar, uno junto al otro, hacia el domicilio que Denise compartía con Kim. Durante el trayecto, los dos permanecieron en silencio, pero aun así, eran muy conscientes de la presencia del otro.

Sentía la respiración de Ben muy cerca de ella, y eso la agitaba. En el silencio de la ciudad, a esas horas de la noche, aquel paseo le parecía algo bastante íntimo. Caminaban muy juntos, tanto que, de vez en cuando, sus brazos se rozaban. Cuando eso ocurría, Denise apretaba los labios.

A lo lejos, vislumbró su edificio, y suspiró agradecida por haber llegado. La presencia de Ben, junto al aroma de su perfume, la tensaban.

—Ya hemos llegado —anunció, rompiendo aquel silencio. Señaló el edificio en el que vivía—. Es aquel.

Ben alzó la cabeza y observó el bloque donde vivía ella.

—Es un buen edificio, y un buen sitio.

—Pareces asombrado —rio—. ¿Pensabas que vivía en una cueva o algo así?

—¿Qué? ¡No! Yo no he dicho eso en ningún momento —se defendió Ben.

Ella rio, divertida por la reacción del hombre.

—Está bien. Respira, hombre. —Apoyó una mano en su hombro y sonrió.

Al sentir su mano, los ojos de Ben se posaron en los suyos. Poco a poco, la sonrisa se fue esfumando de sus labios. La mirada se tornó intensa y Denise tuvo que humedecerse los labios. Su corazón latía a mil por hora.

Más alterada de lo normal, rompió el contacto visual. Rio un poco, nerviosa, y lo miró de forma escueta.

—Bueno, yo... voy a subir.

—Vale —asintió Ben, sin poder dejar de mirarla.

—Gracias por la cena. La verdad es que me lo he pasado bien —admitió.

—Y yo. —Él sonrió y se mesó el cabello—. Eres una compañía genial.

—Y tú también, Ben —indicó, algo más tímida de lo normal.

Se observaron en silencio durante unos segundos más, notando la electricidad que corría entre ellos. Denise suspiró sin poder evitarlo. ¡No lo entendía! ¿Qué le ocurría esa noche? Ella jamás había sentido eso en ninguna otra cita. De hecho, no quería sentirlo, y menos todavía con el padre de Andy.

Decidida a romper aquel extraño embrujo, sacó las llaves del bolso y las introdujo en la cerradura. La abrió dio un paso hacia el interior del edificio y se giró de nuevo hacia él.

—Hasta mañana, Ben —se despidió—. Nos vemos en tu casa a la misma hora de siempre.

Al cerrar, Ben se quedó mirando a la puerta por donde había desaparecido. Frunció el ceño y se apoyó en la pared. Resopló al percatarse del revoltijo que tenía en el estómago, y no por culpa del picante de los frijoles.

No entendía por qué, pero esa chiquilla despertaba en él algo que no llegaba a entender. ¿Qué le pasaba con Denise? ¡Pero si horas atrás le parecía, incluso, de locos cenar con ella!

No podía dejar de recordar su boca cada vez que reía. O sus ojos, cuando lo miraba sin avergonzarse.

Era una mujer rara, extravagante, ilógica, excéntrica, sorprendente y especial.

Muy especial.

La noche siguiente, Edrielle regresó a la habitación de Andy y se los llevó de vuelta a Amanyastia.

Al aparecer en el bosque, Ben agarró la mano de su hijo con fuerza. No podía remediar desconfiar de todo lo que veían sus ojos. Después de todo, esa mujer quería llevarse a Andy para siempre.

—¡Vamos! —les apremió para que la siguiesen entre la maleza.

Su cabello rojo revoloteaba con el viento y su vestido ondeaba a su vez, dándole un aspecto etéreo. No miró ni una vez hacia atrás, para asegurarse de que la seguían. Pero estaba segura de ello, pues sabía que Ben no quería quedarse a solas con el niño en aquel bosque.

—¿Adónde nos llevas esta vez? —preguntó él, mientras tomaba a su hijo en brazos para que no caminase.

—Vais a conocer a mi pueblo.

—¿Tu pueblo? —repitió Ben sin comprender.

Edrielle se dio la vuelta y encaró a Ben.

—Sí, a los shide. —Miró a Andy, que estaba en brazos de su padre y chasqueó la lengua, disgustada—. Déjalo en el suelo, Benjamin Smith, tu hijo puede caminar perfectamente. Ya te dije que aquí su enfermedad no existe.

—Pero, yo no...

—Papi, quiero andar. Me encuentro bien —comentó Andy, con ojos suplicantes.

Ben lo dejó en el suelo, a regañadientes, pero sin soltar su mano.

Edrielle los miró, complacida, y les sonrió.

—Perfecto.

—¡Por muy perfecto que lo veas, mi hijo nunca va a vivir aquí! Así que mejor que te vayas haciendo a la idea. Estás perdiendo el tiempo, y haciendo que nosotros los perdamos también. Andy jamás va a querer quedarse en Amanystia.

Edrielle lo miró algo molesta y se dio la vuelta, sin decir ni una palabra. Continuó caminando hacia el poblado de los shide, cruzando el bosque, que a ratos era despejado y soleado, y otros oscuro y tenebroso.

Ben tenía que agarrar con fuerza la mano de su hijo, pues el niño se entretenía con cada cosa que veía. Desde las hojas con formas insólitas, hasta el sonido del canto de las dríadas. No dejaba de mirar hacia todos lados para intentar ver a otra hada.

Después de caminar durante una media hora, un enorme montículo arenoso apareció ante ellos.

Edrielle frenó y los miró a los ojos.

—Hemos llegado.

—¿Los shide viven ahí arriba? —preguntó Ben, señalando hacia lo más alto del montículo.

La mujer rio y negó con la cabeza, por la falta de información de Ben.

—Mi pueblo vive bajo tierra.

—¿En serio? —preguntó Andy, con la boca abierta por el asombro—. ¡Igual que las tortugas ninja!



—¿Quién? —lo interrogó Edrielle, confusa—. ¿Qué poblado es ese?

Ben y Andy rieron por la pregunta de la mujer, algo que la molestó.

—Las tortugas ninja son dibujos animados para niños. Es ficción.

Edrielle los miró como si no entendiese lo que le decían. Sin darle más importancia, dio media vuelta y se fijó en el montículo. Colocó su mano sobre una superficie rocosa a su derecha y un agujero en el suelo apareció de la nada.

Ella los miró con una sonrisa extraña en el rostro, se introdujo en el agujero y les hizo una señal para que la siguiesen.

Pero Ben no se movió del sitio.

—De eso nada. Ni yo, ni mi hijo, vamos a entrar.

—¿Por qué? —preguntó Andy, con voz suplicante—. Yo quiero ver qué hay.

Ben se arrodilló y acercó la cara a la del niño.

—Puede ser peligroso.

—Papá, por favor —gimoteó.

—Ya te he dicho, en varias ocasiones, que aquí no hay peligro para Andrew —puntualizó Edrielle, cansada de las reticencias de Ben—. Mi pueblo nos espera.

Empujado por su hijo, avanzó hacia aquel agujero. Se introdujeron en él y, al hacerlo, descubrieron una escalera que descendía hasta las entrañas de la tierra. La luz, poco a poco, se fue convirtiendo en penumbra y, cuando pensaban que no podrían dar un paso más, por la oscuridad, unas antorchas se encendieron desde las paredes.

Cuando la escalera acabó, aparecieron en otro enorme jardín. Ben abrió la boca, asombrado. Parecía de lo más surrealista que las plantas y los árboles viviesen sin la luz del sol. Pero lo hacían. Y las diferentes especies desprendían un aroma embriagador que invitaba a pasear por él.

—¿Cómo es posible? —preguntó Ben, alucinado.

—En Amanyastia todo es posible, Benjamin Smith —dijo Edrielle, orgullosa.

Cuando sus ojos se acostumbraron por completo a la semi penumbra, Ben y Andy divisaron pequeñas chozas junto a los árboles.

De ellas salieron personas.

Eran iguales a ellos. En apariencia no había nada que los diferenciase, salvo su belleza. Tenían rostros armoniosos, los más bellos que hubiesen visto en su vida, al igual que el de Edrielle.

Ella saludó a su gente con la cabeza y miró a Ben, que no dejaba de observar, embobado.

—Los shide, somos descendientes de los dioses celtas. Somos un pueblo amable y sabio —le informó, pues sabía que en la mente del hombre había

millones de preguntas.

—Pero, pensaba que tú eras humana. Al menos en la leyenda siempre se ha contado así.

—Soy medio humana, Benjamin Smith. Mi madre lo era.

Ben se quedó mirándola durante unos segundos, pues había demasiadas cosas que no comprendía. Pero, de inmediato, su mirada volvió a los shide.

Andy se escondió detrás de sus piernas y apenas alzaba la vista para mirarlos. En sus ojos había algo extraño. No sabía lo que era, pero, al igual que pasaba con los de Edrielle, eran desconcertantes. Tenían algo que lo hacía desconfiar.

—Bienvenida, Edrielle, hija de Shull —dijo uno de ellos, adelantándose y tomando la iniciativa—. Nos alegra volver a verte.

—Lo agradezco, Heimdall, hijo de Lunthan.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó el shide, haciendo una señal con la mano para que caminasen junto a él—. ¿Y quiénes son tus acompañantes?

—El niño es Andrew. Lo he traído de la tierra para cumplir con el pacto. —Miró a Andy y le sonrió—. Y el otro humano es Benjamin Smith, su padre. Quiero que conozcan el poblado.

El shide se fijó en Ben y frunció el ceño.

—¿Por qué viene él también? Solo el niño se va a quedar en Amanyastia.

—Andrew todavía no está preparado para quedarse, y necesito que se sienta a gusto en nuestro mundo. Para eso, lo acompaña la persona con la que más seguro se encuentra. De esa forma, el trauma por todos los acontecimientos nuevos, es menor.

—Comprendo —asintió—. Es muy sabio por tu parte actuar de ese modo.

Ben escuchaba la conversación y apretaba los puños. ¡No dejaban de hablar de Andy! ¡Estaban convencidos de que, al final, el niño se quedaría con ellos! Y eso hacía que su sangre ardiese. ¡Su niño no iba a ir a ningún lado!

Pero, en vez de interrumpirlos para aclarar ese punto, calló. No sabía si aquel shide era igual de pacífico que Edrielle. Si los retaba con sus palabras, se exponía a que les hicieran daño. Así que, continuó caminando a su lado, con su hijo agarrado de la mano.

El shide dejó de caminar cuando llegaron a una de las cabañas. Los hizo pasar al interior y se sentaron en el suelo, sobre unos cojines.

Ben miró a su alrededor, fijándose en la decoración de aquel lugar. Pero apenas había nada. Era una cabaña hecha de barro, sin muebles. Lo único que había era los cojines en los que estaban.

Andy giró la cabeza y miró a Edrielle, que hablaba en voz baja con el shide. Intentó comprender lo que decían, pero lo único que lograba captar eran

chasquidos, al igual que cuando fueron a ver al bugul noz.

Se agarró con más fuerza a la mano de su padre, que contemplaba la cabaña. Acercó su carita al oído de Ben, para decirle que tenía miedo, pero antes de conseguirlo el shide se puso de pie y se marchó hacia otra estancia de la cabaña.

Edrielle, al quedarse a solas con ellos, les sonrió.

—¿Qué te parece mi poblado, Andrew?

El niño se encogió de hombros y no contestó. El que lo hizo fue Ben.

—¿No vives aquí, con tu gente?

—No. ¿Cómo lo has sabido? —preguntó Edrielle, alzando una ceja.

—Porque te ha dado la bienvenida cuando hemos llegado. Si vivieses aquí, estarían acostumbrados a tu presencia.

—Eres observador, Benjamin Smith.

Ben se llevó una mano al mentón y la miró con atención.

—¿Y dónde vives? No lo haces en el bosque, tampoco junto al bugul noz y ahora descubrimos que ni siquiera vives con tu gente.

Edrielle se levantó del cojín en el que estaba y dio unos pasos por la estancia, en silencio.

—Estoy maldita, Benjamin Smith. Tengo niños a mi cargo, y no quiero romper la paz de los shide.

—¿Dónde vives, Edrielle? —la interrogó, recorriéndola con la mirada.

—En un claro en el bosque. Un lugar tranquilo, grande, junto a un lago. La próxima vez que regreséis a Amanyastia, os llevaré —aseguró.

Ben abrió la boca para preguntar algo más, pues la curiosidad por saber sobre ella era enorme, pero calló al ver regresar al shide.

La criatura fijó sus ojos en Andy, que se encogió al sentir que era el centro de atención, y dio un paso hacia él.

—Andrew —lo llamó—. Edrielle me ha dicho que, en la tierra, tu enfermedad te impide levantarte del lecho. —El niño asintió y prestó mucha atención a sus palabras—. Ninguna criatura del mundo debería sufrir. Y yo quiero hacer algo por ti.

Ben entornó los ojos al escuchar aquello. ¿Quería ayudar a Andy? ¿De qué manera? Apretó con más fuerza la mano de su hijo, desconfiando del shide.

Él alzó la mano y le mostró una especie de colgante hecho con madera.

—En nombre mío, y de mi pueblo, te entregó este collar de protección. —Se lo colocó en el cuello—. Es un amuleto dotado de un poco de nuestros poderes. Con él, podrás volver a tener tu vida.

Ben abrió los ojos, asombrado. Negó con la cabeza, sin poder creer aquello que decía el shide.

—¿Lo dice en serio?

—No es costumbre de nuestro pueblo mentir —asintió. Tocó de nuevo el colgante con su mano y prosiguió—. Pero, toda magia tiene un fin, y la del collar no durará para siempre. La magia, en la tierra, va perdiendo intensidad hasta que se esfuma. —Miró a Andy a los ojos y le sonrió de forma escueta—. Sé cuidadoso con él y aprovecha esta oportunidad que se te brinda.

## CAPÍTULO 14

El fin de semana pasó con rapidez. Demasiada, quizás.

Denise deseó que se alargase, ¡que se alargasen mucho esos dos días de descanso! Estaba muerta de miedo de volver a ver a Ben. No sabía de qué manera actuar la próxima vez que se encontrasen. Supuestamente, entre ellos no había motivos por los cuales el trato tuviese que ser diferente, porque, aparte de mantener una conversación, no ocurrió nada. Aunque tenía que reconocer que había sentido cosas... extrañas hacia él, y no quería volver a tener que enfrentarse a ello.

Por otro lado, la curiosidad podía con ella. ¿De qué forma la trataría? En la cita fue muy amable, tierno incluso. Pero, ¿y si cuando regresase a su casa volvía el antiguo Ben? El taciturno, el impertinente...

Sea como fuese, no le quedaba más opción que averiguarlo.

Se miró al espejo antes de salir de su casa y se puso un poco de labial. Al percatarse de lo que estaba haciendo, se rio de sí misma. ¿Desde cuándo se maquillaba ella para ir a trabajar?

Se limpió los labios y salió de su edificio.

Llegó a la casa de Ben y resopló antes de llamar a la puerta.

—¡Cálmate, Denise, joder! —se dijo por lo bajo—. Es el padre de Andy, nada más.

Tocó al timbre y esperó a que alguien le abriese.

Cuando lo hicieron, se encontró con la madre de Ben. La mujer le sonrió y la hizo pasar.

—Buenos días, Denise —la saludó.

—Hola, Teresa.

Denise miró hacia todos lados, buscándolo, pero no había rastro de Ben por la casa.

—No está —la informó su madre, con una sonrisilla en los labios—. Ha tenido que ir antes al trabajo.

—¡No, no! Estaba buscando a Andy —mintió. Pero tenía que reconocer que se había sentido desilusionada por no haberlo podido ver, aunque fuesen unos segundos.

Enfadada consigo misma, apretó los labios. ¡Ya estaba bien, era el padre de Andy! ¡Ella estaba cuidando al niño, nada más!

—¿Cómo vas a estar buscando a mi nieto si sabes que está guardando reposo en la cama? —la interrogó, sabiendo que la chica no le era sincera. Volvió a reír y negó con la cabeza—. ¿Qué tal la cita con mi hijo?

El corazón de Denise se aceleró al escuchar a la madre de Ben hablando sobre el tema.

—Ah, pues fue bien —comentó como si nada. Cruzó los brazos sobre el pecho y le sonrió con rapidez—. El restaurante era muy bonito.

La anciana chasqueó la lengua, algo desilusionada de que ninguno de los dos le hubiese contado nada sobre su cita. Se acercó al sofá y cogió su chaqueta.

—Bueno, pues ya que estás aquí, yo me voy. Tengo que ir a hacer algo de ejercicio para la espalda.

Al quedarse a solas, Denise expulsó el aire que había estado conteniendo en los pulmones. Se dirigió hacia la habitación de Andy, para ver cómo estaba.

Mientras caminaba por el pasillo, el silencio era absoluto. No sabía si todavía dormía. Abrió la puerta y lo encontró en la cama, mirando hacia la pared.

Cuando Andy descubrió a Denise, le sonrió.

—Buenos días, guapo, ¿cómo estás?

—Bien —dijo de forma escueta. Estiró el cuello hacia el pasillo y volvió a mirarla—. ¿Se ha ido ya mi abuela?

—Sí, acaba de marcharse.

—¡Guay! —Nada más decir aquello, saltó de la cama y se dirigió hacia su baúl de juguetes. Cogió un avión y corrió por la habitación, jugando con él.

Denise abrió los ojos como platos y negó con la cabeza.

—Andy, ¿qué haces? ¡Vuelve a la cama! ¡Tienes que estar tranquilo!

—Me encuentro bien, Denise —rio el niño y continuó jugando—. Mi abuela no me deja hacer nada.

—¡Es que no debes hacer nada!

—¡Ahora sí! —Se acercó a su lado y se señaló el cuello—. ¡Con este colgante puedo hacer de todo!

Denise cogió aquel collar entre sus manos y lo examinó, buscando alguna clase de medicamento que estuviese conectado a Andy, y que le diese esa vitalidad. Pero no encontró nada, era un simple collar.

—¿Y qué tiene de especial?

—¡Es mágico! —gritó él, muy alegre. Dio un par de vueltas sobre sí mismo y la volvió a mirar—. ¡Me lo dio un shide!

—Con que un shide... —dijo Denise, riendo por la imaginación del niño.

—¡Sí! Un amigo de Edrielle, que vive en un poblado de Amanyastia.

—¿Edrielle? —preguntó Denise. Se quedó pensando unos segundos de dónde le sonaba ese nombre. Finalmente cayó en la cuenta. A ella le habían contado esa historia millones de veces, desde que era una niña—. ¿La reina Edrielle? ¿La mujer de Diarmuid?

—¡Sí, ella!

Denise rio y le revolvió el cabello.

—¡Corre a la cama, Diarmuid! Como tu padre te vea pegando saltos nos despelleja a los dos.

—¡Pero estoy bien! —insistió Andy, juntando las manos, como si fuese a orar—. Con el collar puedo hacer de todo.

—Andy, ya está bien —lo reprendió—. No quiero líos con tu padre. Los médicos dijeron que debes quedarte en la cama.

—¡Mi padre sabe que me levanto! Él me ha visto todo el fin de semana.

Denise suspiró y lo miró con la cabeza ladeada.

—Lo siento, Andy. Yo solo sigo órdenes.

Ben aparcó el coche frente a su casa. Después de pasar todo el día metido en la oficina, lo único que quería era llegar, darse una ducha y ver a Andy antes de acostarse. Ese día le había tocado madrugar más de la cuenta. Su jefe lo llamó por la noche para preguntarle si podía ayudarlo con unas facturas pendientes. Y claro, Ben no tuvo el valor de decirle que no. En la empresa, todo el mundo se había portado genial con él y con el tema de Andy, así que lo mínimo que podía hacer era ayudar todo lo que estuviese en su mano.

Dejó el maletín en el suelo y fue a la cocina a tomar un poco de agua. Cuando dejó el vaso en el fregadero, sintió una presencia a su espalda.

—Ben, ¿podemos hablar?

La voz de Denise lo hizo sonreír.

Dio la vuelta y la encontró apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Se fijó en ella. Ese día llevaba los pantalones de campana y una blusa blanca holgada. El cabello suelto, como era costumbre en ella, y las mechas verdes le acariciaban la cara.

A pesar de llevar la misma ropa de siempre, la veía bonita. No sabía por qué en el pasado nunca se había fijado en la fuerza de su mirada, en lo tersa que era su

piel, en lo carnosos de sus labios, o en lo delicado que era su cuello. ¿En qué había estado pensando todo ese tiempo para no ver la belleza de Denise?

Quizás, todas las responsabilidades que cargaban de sus hombros no se lo habían permitido.

Ben la miró a los ojos. Parecía algo incómoda. Nerviosa más bien. La conocía cada día un poquito más y sabía que, cuando cruzaba los brazos sobre el pecho significaba que algo la inquietaba. Era como un escudo de protección.

—Sí, claro, hablemos. —Le hizo una señal con la mano para que entrase en la cocina y tomase asiento a su lado.

Denise hizo lo que se le mandó y se acomodó junto a Ben. Resopló un poco e intentó serenarse. No entendía qué pasaba cuando lo tenía delante. Era verlo y ponerse nerviosa. Le había ocurrido desde el día en que lo conoció, pero después de la cita, todo se había multiplicado.

Ben le ofreció agua, pero ella lo rechazó con un ligero movimiento de cabeza.

—Bueno, ¿qué querías decirme? ¿Pasa algo?

—Pues la verdad es que sí.

—¿Le ocurre algo a Andy? —preguntó asustado, preparado para levantarse y echar a correr hacia su habitación.

—No, no, tranquilo, él está bien —dijo de inmediato—. Pero, es eso lo que me extraña.

—¿El qué?

—Que está muy bien, Ben. Esta mañana se ha puesto a saltar, a jugar... Era como si su corazón estuviese perfecto. —Se llevó una mano a la frente y la frotó—. No había visto algo así en todo el tiempo que llevo ejerciendo de enfermera.

Ben reprimió una sonrisa. Él también había notado ese cambio. De hecho, desde que regresaron de Amanystia, Andy había vuelto a ser el de siempre. Estaba feliz, activo... como cualquier niño de su edad.

Sabía a qué se debía ese cambio. El collar que le dio el shide era el responsable de la buena salud de su hijo. A pesar de ello, Ben estaba muy contento. No podía dejar de pensar en que aquellos seres podrían ayudarlos, podrían conseguir que su hijo permaneciese sano para siempre. Su pequeño volvería a tener una vida normal.

Miró a Denise, que esperaba su contestación. ¿Cómo le podía explicar lo sucedido? ¿Si incluso para él era algo inexplicable!

No quería contarle nada sobre Amanystia. Lo más seguro es lo tomase por un loco, porque, ¿quién en su sano juicio se creería que una reina de la antigüedad venía a visitarlos por las noches, y se los llevaba a un mundo paralelo dónde vivía rodeada de seres mitológicos?



Si lo pensaba con detenimiento, ni él terminaba de creérselo. Pero había pruebas tangibles de que todo aquello era cierto. Y su hijo tenía una colgada del cuello.

—Lleva todo el fin de semana así —contestó Ben, sin querer entrar mucho en el tema.

—Pero, es rarísimo —comentó Denise, sin poder llegar a comprenderlo—. ¡No ha parado en todo el día! Y cuando lo reprendía por no quedarse en la cama, esperaba a perderme de vista para volver a jugar y a correr.

Ben sonrió, muy feliz, pero intentando disimular un poco delante de ella.

—Quizás se esté curando.

—Ben, lo que tiene Andy no es un virus. No se cura de la noche a la mañana.

—Lo sé —asintió, dándole la razón—. Pero, a veces los milagros ocurren.

Denise frunció el ceño al escuchar aquello en boca de Ben. ¿Cómo era posible que un hombre que tenía a su hijo tan vigilado y tan controlado por profesionales, ahora se acogiese a milagros?

Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Deberías llevarlo a que lo examinasen. Solo por estar tranquilos.

Cuando Ben fue a contestar, escucharon una vocecita proveniente de la puerta de la cocina. Al girar la cabeza, descubrieron a Andy.

El niño sonrió a su padre y se arrojó a sus brazos.

—¡Hola, papá!

—¿Cómo estás, campeón?

—Muy bien. Hoy he jugado con el avión. —Miró a la chica con una sonrisa tímida—. Aunque Denise se enfada conmigo cada vez que me levanto de la cama.

—Ella se preocupa por ti —dijo Ben, sonriéndole a ella, y provocando que su estómago se encogiese.

—Lo sé, por eso me gusta. Es mi amiga.

Denise ladeó la cabeza y sonrió al escuchar a Andy decir aquello. Era un niño genial, y le había cogido mucho cariño.

—Tú también eres mi amigo. De los mejores que tengo.

Ben la miró, con intensidad, encantado de que su hijo y ella tuviesen esa complicidad. Se levantó de la silla y cogió a Andy en brazos. Denise lo imitó y se levantó.

—Vamos a la cama, campeón. Ya es tarde.

El niño se revolvió entre sus brazos, queriendo bajar al suelo. Su padre lo dejó sobre el piso y, acto seguido, comenzó a correr por el pasillo, jugando con un coche imaginario, hasta su habitación.

Denise y Ben lo siguieron. Al llegar a la estancia, encontraron a Andy jugando junto a la ventana. Como de costumbre, empañaba el cristal y dibujaba

sobre él. Su padre negó con la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho.  
—Andy, no manches el cristal y corre a la cama.

Cuando se quedaron a solas, Denise cogió su chaqueta y se despidió de Ben. Todavía tenía que estudiar cuando llegase a casa y se le iban a hacer las tantas.

—Mañana por la mañana vuelvo. Que descanses.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Oye, Denise —la llamó Ben. Cuando se giró, continuó—: ¿Quieres tomar un refresco antes de marcharte?

Ella abrió los ojos, asombrada por aquella invitación.

No debía quedarse, tenía miles de cosas que hacer en casa. Pero...

—Está bien. Me quedo un rato.

Ben sonrió y la invitó a sentarse de nuevo.

Se dirigió hacia la cocina y, antes de abrir el frigorífico, la miró.

—¿Prefieres algo fresco o te apetece un café?

—Si no es mucha molestia, un café sería genial.

Él asintió y llenó la cafetera.

Unos minutos después, y con los cafés en la mano, se dirigió hacia la mesa. Colocó uno frente a Denise y se sentó a su lado.

—No suelo tomar café de noche, luego no puedo dormir —comentó Ben, dándole el primer sorbo.

—Yo últimamente tomo más del que debería —suspiró ella.

—¿Y eso?

—Cuando llego a casa me toca estudiar, y, si no tomo algo que me active, no aguanto.

Ben asintió.

—Yo también recuerdo mi época en la universidad. Fue genial. Trabajé muy duro para sacar la carrera, pero también me divertí. —Observó el contenido de su taza y sonrió con nostalgia—. Fue allí donde conocí a la madre de Andy.

Denise notó que el semblante de Ben se entristecía.

—¿Hace mucho que murió tu mujer?

—Cuatro años. Cuando nuestro hijo tenía solo dos.

—¿Qué le pasó?

—Regresaba a casa del trabajo cuando un camión volcó y aplastó su coche. —Se notaba el dolor en su voz.

—Lo siento, Ben. Tuvo que ser horrible.

Él asintió y la miró a los ojos.

—Y todavía lo siento más por Andy. Va a tener que crecer sin su madre. —

Dio un trago a su café y se mesó el cabello—. Su abuela intenta representar ese papel, pero no es lo mismo.

Denise alargó la mano y cogió la de Ben, dándole fuerzas.

—¿Sabes una cosa? Yo creo que estáis haciendo un trabajo genial con el niño. Andy es un cielo. Cariñoso, bueno, gracioso...

Ben apretó su mano y le sonrió, consiguiendo que el corazón de Denise se acelerase. Retiró la mano con un poco de nerviosismo y se humedeció los labios, repentinamente secos.

Dio el último trago de su café y se levantó de la silla.

—Gracias por el café. Yo me voy a ir ya.

Ben se levantó a su vez y asintió con la cabeza, sin articular palabra.

La acompañó hasta la puerta y tragó saliva.

—No sé si esto será correcto, o si me estoy pasando de la raya al pedírtelo, pero me gustaría que volvieres a cenar conmigo.

La boca de ella se abrió por la incredulidad. Su estómago dio un gran vuelco y su corazón casi se le salió del pecho.

—¿En serio? —No podía creérselo. Era de lo más irreal que, el mismo hombre con el que semanas atrás no dejaba de discutir, le estuviese proponiendo aquello.

—Solo si tú quieres. —Le sonrió.

Denise agitó la cabeza, asintiendo sin parar y mirándolo con asombro. En el interior de su cuerpo notaba la sangre bullir. Sentía algo raro, no sabía lo que era, pero Ben lograba hacérselo sentir cada vez que le sonreía o decía algo agradable.

Ella lo miró a los ojos y rio. Sin pensar siquiera en lo que hacía, lo rodeó con los brazos y lo besó en los labios.

Fue un beso suave, muy inocente, y el cual duró unos segundos.

Cuando cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo, se separó de él con brusquedad y se llevó una mano a los labios, avergonzada.

—¡Dios mío, Ben! ¡Lo siento! —se disculpó de inmediato. Se tapó los ojos con las manos, muerta de vergüenza—. No sé por qué lo he hecho. Yo... te prometo que jamás se va a repetir.

Por su parte, Ben estaba alucinando. Tocó sus labios con una mano. Todavía notaba el calor de la boca de Denise sobre la suya. Había sido agradable, muy agradable. El beso fue suave, dulce... Había despertado en él algo que llevaba demasiado tiempo dormido.

La miró. Denise estaba sonrojada. Se fijó de nuevo en sus rasgos.

Era preciosa.

Sin decir ni una palabra, recorrió la distancia que los separaba, la agarró por la barbilla para que levantase la cabeza y lo mirase a los ojos.

—No lo sientas, Denise. Ha sido... —Negó con la cabeza, incapaz de expresar con palabras lo que había sentido con aquel tímido beso.

—Pero, eres el padre de Andy. No debo...

—Soy Ben —la corrigió—. Solo Ben.

Y tras decir aquello, volvió a juntar sus bocas.

Denise se agarró con fuerza a la camisa de él, pues sentía que la cocina daba vueltas alrededor de ellos.

Las manos de Ben apretaban su cintura, la abrazaban contra su cuerpo.

Aquel beso no fue igual que el primero. Fue ardiente, provocador y sensual. Sus lenguas danzaban juntas, acariciándose. El deseo crecía por momentos y ninguno era capaz de separar sus bocas.

Denise lo rodeó por el cuello y lo apretó todavía más. Se sentía muy excitada. Muchísimo.

Las manos de Ben fueron bajando desde su espalda hasta su trasero. Lo amasaron y lo apretaron contra su erección, consiguiendo que Denise gimiese al notar el miembro de Ben contra su estómago. Ella acarició su pecho y paseó las manos por su torso.

—Denise —susurró él—. Tenemos que parar. Si continuamos así, no voy a poder contenerme.

Ella asintió, resopló, presa del deseo, y se separó de su cuerpo.

—Joder —dijo por lo bajo. Miró a Ben, que se pasaba una mano por la frente para calmarse y cerró los ojos con fuerza—. Mejor me voy.

Él asintió, sin poder pronunciar ni una palabra. La acompañó a la puerta.

Denise lo miró a los ojos, unos segundos, antes de marcharse. Cuando lo hizo, Ben cerró con pestillo y se apoyó en la madera, todavía bajo los efectos del deseo.

Por más que hubiese imaginado, jamás habría pensado que un beso de Denise fuese a dejarlo en ese estado. Había sido una explosión, algo grandioso. Era dulce, tierna... pero muy apasionada. Le encantaba esa chica. No podía comprender cómo había estado tan ciego. Denise era preciosa, con un estilo muy marcado y una personalidad arrolladora.

Esa mujer era una caja de sorpresas.

Aquella noche, Andy soñó con Amanystia. Despertó a mitad de la noche con una sonrisa en los labios.

Le gustaba aquel lugar. Era muy bonito, sus criaturas eran amables, aunque algo extrañas a sus ojos. Le había encantado ver a la dríada cantando en el bosque. Le gustó ver al bugul noz. Al principio aquel hada le había provocado mucho miedo, por su fealdad, pero era un ser bueno.

Los shide, el pueblo de Edrielle, eran amables. Se había sentido querido desde que llegó junto a su padre. Con el colgante que le dieron, había notado un cambio brutal en su salud. Ya no se sentía fatigado si corría, podía permanecer de pie todo el tiempo que quisiese. Se sentía lleno de energía.

Todavía había cosas que le daban miedo. Era normal. Pese a ser un niño, sabía que aquellas criaturas tenían una naturaleza diferente a la suya. Había algo oscuro en ellas, aunque también sabía que oscuro no significaba que fuese malo. Simplemente, no era a lo que estaba acostumbrado, y eso le creaba desconfianza.

Recordaba la primera noche que vio a Edrielle. Se sintió aterrado. Agarró a su padre y no lo soltó, pues llegó a pensar que se trataba de una bruja.

Ella no era de su mundo. Y si, en un principio, se puso contento de que la reina de un cuento hubiese ido a visitarlos, al saber sus intenciones deseó que se fuese y no volviese jamás.

Pero, a pesar de todo, sabía que ella tampoco quería hacerle daño. Le había asegurado que viviría en Amanyastia cuando él se sintiese preparado.

Si lo pensaba con detenimiento, reconocía que le llamaba mucho la atención el lugar. Le gustaba poder correr entre su vegetación y saber que su enfermedad allí no existía. Allí no era Andy, el pobre enfermo. Era solo él, un niño normal.

Reconocía que era un buen lugar. Había algo que lo llamaba a regresar. Su vida allí sería muy divertida. Sobre todo al lado de Edrielle. La reina podría enseñarle tantas cosas nuevas...

Pero irse allí implicaba dejar a su padre.

Andy se levantó de la cama y caminó hasta la ventana. Le encantaba asomarse por allí. Echó aliento sobre el cristal y dibujó sobre él mientras pensaba en todo.

Jamás podría dejar a su padre. No verlo nunca más lo aterraba. No quería ni imaginar cómo sería vivir sin él. Su padre era su amigo, el mejor que tenía.

Se imaginó solo en Amanyastia y le dio miedo.

Cruzó su habitación, corriendo, y llegó a la de su Ben.

Al entrar, lo encontró durmiendo. Sin hacer ruido, Andy se subió a la cama y se acostó a su lado. Cuando estuvo bien tapado, lo abrazó con fuerza. Sentir el calor de Ben lo calmaba.

Ese era su hogar.

## CAPÍTULO 15

Denise abrió la puerta de la habitación donde dormía su madre. Paseó la mirada por el lugar y lo encontró vacío. Frunció el ceño al no verla, pues la enfermera que se encontraba en recepción le dijo que estaría allí.

Dio media vuelta, para volver a recepción, y se encontró a la joven, que la miraba con arrepentimiento.

—Lo siento, me he dado cuenta de que no había abierto el expediente de tu madre. Era el de otra paciente.

—Y, ¿dónde está?

—La han sacado al jardín. A algunos pacientes les gusta salir a tomar el aire o a pintar.

Denise asintió, se despidió de la chica y caminó hasta el patio trasero.

Cuando salió al exterior, sintió el suave olor de las fressias, plantadas por todo el jardín. Se colocó una mano a modo de visera y observó el lugar. Era un espacio cuadrado, bastante grande. Había mucha sombra, sobre todo si te posicionabas debajo de algún arce.

Su mirada fue hasta el grupo de personas que se encontraba al fondo.

Entre todos ellos reconoció a su madre. Se encontraba dibujando sobre un lienzo, concentrada.

Sonrió y se acercó a su lado.

Al verla, la mujer dejó lo que estaba haciendo y se arrojó a sus brazos.

—¡Pajarita!

—Hola, mamá, qué ganas tenía de verte —dijo Denise, mientras la besaba en la mejilla.

—¡Ven, ven! —Su madre la cogió de la mano y la arrastró hasta donde se encontraba su lienzo—. Mira lo que he dibujado.

Al posar su mirada en ella, Denise reconoció a tres mujeres en él. Las tres eran rubias, con el pelo y las cejas tan claros que parecían albinas. Apenas llevaban ropa, pues se cubrían con el cabello.

Denise sonrió al verlas. Era un dibujo muy bonito.

—Es precioso, mamá —la felicitó.

La mujer asintió, sabiendo que lo había hecho bien.

—A ellas también les gusta. Dicen que salen favorecidas.

—¿A ellas? ¿Estas son las mujeres que te hablan?

Al notar que su madre asentía, Denise se acercó más al cuadro. Quería fijarse mejor en ellas, después de todo, su madre las veía constantemente. Quizás, de esa forma, pudiese acercarse más a su progenitora y comprender su forma de actuar.

Las había dibujado con unos ojos enormes, de color rosa. Aparte de eso, el dibujo no tenía demasiados detalles. Eran tres mujeres, y punto. Pero, antes de apartarse, sus ojos captaron algo que antes no.

Las orejas de las mujeres eran puntiagudas. Archeó las cejas y miró a su madre.

—¿Por qué les has dibujado esas orejas?

—Porque son así.

—¿Como las de las hadas? —preguntó Denise, extrañada.

Su madre rio y asintió.

—Son hadas, pajarita. —Se acercó a su oído y le susurró—. Pero, no digas nada. Ellas no quieren que nadie lo sepa. Es nuestro secreto.

Denise escuchó el sonido de la puerta al cerrarse. Ben debía de haber vuelto a casa.

Algo en su estómago se alteró al pensar en ello.

Desde que se dieron el beso, la noche pasada, había estado bastante nerviosa. Ni siquiera en casa pudo concentrarse para estudiar. En su cabeza solo había espacio para él, para el beso que compartieron y para las miles de sensaciones que había despertado en su cuerpo.

Había pasado bastantes años sin pareja. De hecho, no le interesaba empezar una relación con nadie. Ella vivía más tranquila sola. Bueno, sola no, junto a Kim. Y, por el momento, esa era la única compañía que necesitaba. O, al menos, eso era



lo que pensaba hasta esa maldita noche.

Incluso Kim la encontró rara al llegar a casa. Cuando Denise le confesó lo que había ocurrido con Ben, su amiga se extrañó. De sobra sabía que aquellos dos siempre se habían llevado como el perro y el gato. Pero, no tardó mucho en comenzar a pegar saltitos y a abrazarla. Kim era una persona muy romántica, y de todo hacía una historia de amor.

Denise se apresuró a aclararle que entre ellos no había nada. Que había sido un simple beso, nada más.

Pero, ¿un simple beso podía provocar todo ese caos en su interior? ¿De verdad no había sido algo más?

Reconocía que sentía atracción hacia Ben. No entendía el por qué, pero la conexión estaba ahí. Denise no podía hacer otra cosa más que reírse de sí misma. No pegaban nada. Él era un hombre muy serio, recto, incluso aburrido. Ella era una persona caótica, bohemia en su forma de vestir y a la que no le agradaba demasiado la monotonía. ¿Qué clase de relación podría salir de ahí? Ella lo tenía claro: ¡Ninguna!

Pero, muy a su pesar... era verlo y su corazón se aceleraba.

—Buenas noches, Denise —la saludó Ben, caminando hacia la habitación de Andy, donde se encontraba.

—Hola —dijo en voz baja, pues se le acababa de secar la garganta. Estaba muy guapo con el traje que llevaba para la oficina. Se enfadó con ella misma. Aquello no podía seguir.

Ben le sonrió y le guiñó un ojo. Pasó por su lado y se dirigió hacia Andy, que se encontraba en el suelo, jugando con unas fichas. Besó a su hijo en la frente y lo abrazó.

—¿Cómo ha pasado el día? —le preguntó a ella.

—Bien —contestó, después de carraspear para aclararse la voz—. Hoy ha sido igual que ayer. No deja de correr hacia todos lados. Parece no cansarse, no fatigarse en absoluto.

—Pues eso es genial, ¿no? —rio Ben, cada vez más convencido de que el shide había curado a su hijo al darle el colgante. Desde que regresaron de Amanystia, y al ver a Andy tan recuperado, Ben estaba exultante. Se sentía feliz, pleno. Incluso tenía ganas de salir, de pasarlo bien. Pero no con cualquier mujer. Miró a Denise y sonrió para sí. Desde hacía unos días, sentía una atracción extraña por aquella chica. Ni siquiera Emma, con su madurez y su experiencia, había conseguido sacársela de la cabeza. La enfermera de su hijo desprendía una frescura y una energía que lo atraía muchísimo.

—Yo no estoy tan segura de que sea genial, Ben. ¿Has llamado al hospital para pedir cita para que lo examinen?

—No. Tiene revisión en dos semanas —comentó él tan tranquilo—. Mi hijo se encuentra bien. Si todo sigue igual, Andy visitará al médico cuando le toque.

Denise no le discutió aquello. No podía hacerlo porque no sabía el por qué el niño estaba tan recuperado. Jamás había visto algo parecido en todos sus años de universidad, ni trabajando en el hospital.

—Bueno, supongo que mientras esté bien...

Salió del cuarto, dejándolos a solas, y se puso el abrigo. A pesar de ser primavera, por las noches todavía refrescaba.

Ben, después de acostar y arropar al niño, la encontró colgándose el bolso del hombro.

—¿Adónde vas?

—A casa —dijo con obviedad—. Que paséis buena noche.

—Prometiste cenar conmigo. —Ben le sonrió.

Denise abrió la boca, sorprendida, y negó con la cabeza.

—Pero no dijimos el día en concreto.

—Pues hoy mismo.

—Es que... —No sabía lo que contestar para escabullirse. Sabía que si se quedaba con Ben, acabaría mirándolo como una boba, soltando cosas sin sentido o, todavía peor, podría abalanzarse sobre él, y besarlo, al igual que la pasada noche. ¡No, no, no! No podía arriesgarse—. Tengo que estudiar mucho. La semana que viene tengo los exámenes finales y...

—Denise —la cortó—. De todas formas, tienes que cenar.

—Bueno, ya... —asintió, quedándose sin ideas—. No quiero que tengas que ponerte a hacer cena a estas horas. Estarás cansado de trabajar.

—Estoy perfecto —le sonrió—. Vamos, dame la chaqueta.

Ella hizo lo que le pidió.

Lo acompañó a la cocina y lo observó moverse por ella, con soltura.

—¿Te gusta la pasta?

—Sí.

—Genial, porque es mi especialidad —presumió.

—¿Qué más sabes cocinar? —se interesó ella.

—Pues, aparte de pasta...

Al no recibir contestación, Denise soltó una carcajada.

—Pasta es la única comida que sabes hacer.

Se levantó de la silla y se acercó a su lado, mirando qué ingredientes echaba a la sartén. Ben se quedó observándola unos segundos, pensativo.

—No sé si te gustará o te parecerá aburrida, como mi rosbif del restaurante.

Denise se carcajeó al escuchar aquello. Negó con la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Soy una persona bastante exigente.

—Pues, entonces, estoy jodido.

—No te preocupes, Ben. Comeré —lo tranquilizó.

Al escuchar aquello, él sonrió y acercó su cabeza para besarla.

Fue un beso rápido, pero apasionado. A Denise le pilló totalmente por sorpresa y abrió los ojos por el asombro. Nada más sentir el roce de los labios de Ben, su estómago dio un vuelco. Se agarró a sus brazos, para no perder el equilibrio.

Cuando se separaron, Ben rio y se volvió a concentrar en la comida de la sartén. Ella se acarició los labios, confusa por todo aquello y negó con la cabeza.

—Creo que no deberíamos seguir con esto. Va a ser mejor para los dos, y para Andy.

—¿Qué tiene que ver mi hijo con que a mí me guste una mujer? —la interrogó con una media sonrisa.

Denise se quedó boquiabierta.

—¿Yo... te gusto?

—¿Todavía no te has dado cuenta?

—Es que... me parece de lo más surrealista.

—Cosas más raras se han visto, ¿no? —comentó él, con la sonrisa en los labios.

—Ya, sí, eso es verdad, pero...

—Y yo a ti también te gusto, lo sé.

—Eres un poco chulo —dijo riendo—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Ayer me besaste.

—¿Y qué? Yo beso a mucha gente —mintió para hacerse la interesante.

—Veo cómo me miras. —susurró. Comenzó a acortar distancia con lentitud, mirándola a los ojos—. Te siento temblar cuando te toco, te agarras a mi cuerpo para no perder el norte.

Denise se humedeció los labios. No podía dejar de observarlo, se estaba excitando con aquellas simples palabras.

—Yo... no quiero pareja —se excusó con torpeza.

—Tampoco la voy buscando, Denise —dijo a tres centímetros de su boca—. Lo único que tengo claro es que me gustas y que te deseo. Creo que eres la chica más bonita y sexy de Irlanda.

Su boca frenó cuando estuvo a punto de rozar sus labios. Aquello enardecía a Denise. No sabía cómo era capaz de seguir aguantando y no acabar juntando sus labios. Notaba la respiración de Ben sobre su boca. No la tocaba, de hecho, tenía las manos pegadas a la encimera de la cocina, pero no hacía falta ni un roce. Ben desprendía tal erotismo que estaba segura de que podría conseguir que tuviese un

orgasmo con tan solo un par de palabras más.

Con los ojos cerrados y la respiración alterada, Denise lo agarró por el cuello.

—Bésame, Ben.

No hizo falta nada más para que él obedeciese. Capturó su boca en un sensual beso, que los dejó a ambos muy excitados. Sus lenguas no podían parar de jugar con la del otro. Era como una especie de danza, en la que ninguno quería que la música acabase.

Las manos de Ben bajaron por la espalda de ella y acariciaron su trasero. Lo amasaron y apretaron contra su erección. Denise jadeó al sentirlo. Apretó lo todavía más fuerte contra sí y recorrió su cuello dejando un reguero de besos en él.

—Denise, me encantas —gimió al notar la boca de la chica bajar hasta su clavícula—. No te imaginas todo lo que me estás haciendo sentir.

Ella sonrió y desabrochó los primeros botones de su camisa. Ya no podía ni pensar. Lo único que tenía en mente era Ben. Necesitaba sentirlo contra su cuerpo, quería notar el calor de su piel.

Al ver que Denise le soltaba la camisa, Ben tragó saliva. Abrió los ojos y se la quedó mirando, extasiado.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Ella lo miró a los ojos, sonrió, lo besó con ardor y asintió.

—Es lo que quiero.

Escuchar sus palabras fue como una inyección de adrenalina. Sin poder aguantar, Ben soltó la coleta de Denise y dejó su pelo suelto. Así, el color verde era mucho más visible. Lo examinó con detenimiento y lo besó.

Se apoderó de su boca por segunda vez, dejando claro que no podía aguantar el deseo que sentía hacia ella. Le sacó la camisa por la cabeza y le bajó la falda. Su ropa corrió la misma suerte, pues Denise no se estuvo quieta.

Ben la cogió en peso y la apoyó contra la pared. Mientras la besaba, trazaba círculos con sus caderas, excitándola hasta lo imposible. Pero no la tuvo demasiado tiempo en brazos. Su delgadez no le permitía realizar demasiados esfuerzos. Tenía que volver a recuperar su antiguo peso, no se veía bien de ese modo. Pero con la enfermedad de Andy todo se le fue de las manos. A pesar de todo, sonrió. Su hijo se encontraba mejor y tenía a una mujer preciosa entre sus brazos, dispuesta a acostarse con él.

Cayeron al suelo abrazados, sin separar sus bocas.

Ben lamió sus senos, consiguiendo que ella gimiese por el placer. Le abrió las piernas y, con mucha delicadeza, la penetró. Cuando sus cuerpos estuvieron unidos íntimamente, se besaron con ardor.

Él empezó a mecerse contra ella. No era un ritmo constante. A veces lento, a veces más rápido. Denise no podía dejar de gemir. Nunca había sentido algo parecido con nadie. Con cada embestida, notaba como se elevaba. Era mágico.

—Denise —susurró contra su boca—, me vuelves loco. No voy a poder parar de hacer esto nunca.

Ben fue acelerando el ritmo. Notaba que estaba cerca de terminar y cada vez el placer era mayor. Agarrados de las manos y sin dejar de besarse, los sorprendió un grandioso orgasmo.

Se quedaron quietos durante unos segundos, agotados. Ben la besó de nuevo en los labios y le sonrió con ternura.

—Ha sido... —No pudo acabar la frase, puesto que le faltaba el aire.

—Sí, ha sido una pasada —dijo ella, terminando por Ben.

Se besaron con pasión y se abrazaron. Intentando recuperarse, se quedaron acostados en el suelo durante un rato. Él la miró a los ojos y pasó un brazo por debajo de su cuello.

—No sé en qué estaba pensando el día que te vi por primera vez—reconoció Ben.

—¿A qué te refieres?

—Tuve que estar tonto para no ver lo especial que eres.

Denise rio y lo besó en la mejilla.

—Tú a mí tampoco me diste muy buena impresión, ¿sabes?

—¿No? —Se le notaba contrariado.

—Si te soy sincera, no eres mi tipo —rio.

Ben se incorporó un poco y la miró desde arriba.

—¿Cuál es tu tipo de hombre?

—Pues... me gustan más como yo. De mi rollo.

—¿Con el pelo verde?

Ella soltó una carcajada por su pregunta.

—Bueno, eso también sería un plus —bromeó.

—Le diré a mi peluquero que voy a cambiar de estilo —comentó él como si nada, pero con la diversión dibujada en la cara.

—¿Qué dices, loco? —preguntó ella, muerta de risa—. A mí me gustas tal y como eres. Incluso cuando te pones gruñón.

—¿Ah, sí? —rio—. Te lo recordaré la próxima vez que me llames estúpido cuando me enfade.

Denise se carcajeó por sus palabras y lo besó. Al sentir la lengua de ella en su boca, Ben la abrazó con fuerza y la apretó contra su cuerpo.

Pero no duró mucho el beso. Denise se separó de él con los ojos entornados.

—¿Qué te pasa?

—¿A qué huele? —lo interrogó ella, mirando hacia los lados.

Al caer en la cuenta, Ben se levantó de un salto.

—¡La cena! ¡Joder!

—¿Se puede salvar algo?

Ben le enseñó la sartén.

—Calcinada.

—Vaya.

—Aunque, pensándolo bien, puede que sea de tu agrado —dijo con una sonrisilla traviesa al ver la extrañeza en el rostro de ella—. Este plato no tiene nada de aburrido, ni predecible. Justo como a ti te gusta.

Denise lo empujó, muerta de risa por su ocurrencia y comenzó a negar con la cabeza. Cuando dejó de reír y se calmó un poco, se abrazó a él.

—Ben. —Acercó la boca a su oído—. Eres genial.

## CAPÍTULO 16

El bosque de Amanyastia parecía cambiar cada vez que lo visitaban. Mientras seguían a Edrielle, Ben y Andy no podían dejar de mirar a su alrededor.

Esa noche, cuando apareció en la habitación de su hijo, no hubo reproches, ni malas miradas. Estaba tan agradecido por la mejoría de Andy, que la acompañaron sin oponer resistencia. Era lo mínimo que podían hacer para agradecerse.

Ella giró la cabeza, para asegurarse de que la seguían. Al ver que lo hacían, les sonrió y continuó su camino.

—¿Adónde nos llevas, Edrielle? —preguntó Andy, que saltaba entre la hierba y jugueteaba con las plantas que había a su paso—. ¿Vamos a ver a los shide?

—Esta noche no. Quiero mostraros el lugar en el que vivo.

Padre e hijo asintieron. La verdad es que tenían curiosidad por verlo. Cada lugar nuevo al que los llevaba, era más impresionante que el anterior.

Tras caminar varios minutos, se comenzaron a escuchar la risa de varios niños. Ben prestó atención y miró hacia los lados para intentar encontrarlos. Pero no fue hasta que llegaron a un enorme claro, que no los descubrió.

Eran cuatro. Tres niñas y un niño.

Por su apariencia, Ben supuso que no sobrepasarían los diez años.

—¡Mira, papá!

Al escuchar la voz de su hijo, Ben observó hacia donde señalaba. Sobre los niños había cuatro dríadas. Revoloteaban a su alrededor y jugaban con ellos, intentando que no las cogieran.

Andy los miró alucinado.

Los infantes corrían por todos lados, reían sin parar y rodeaban un hermoso lago de aguas cristalinas. Era una estampa preciosa. Ben reconocía que aquel lugar de Amanyastia era el más hermoso de todos. Había flores por doquier, enormes árboles que daban sombra y, al fondo, una casita de madera.

Edrielle continuó caminando hacia ellos. Cuando los niños la vieron llegar, echaron a correr en su dirección. Se lanzaron a sus brazos y la besaron con cariño. Ben observó que en los ojos de la mujer había amor. Cuando los niños se apartaron de ella, miraron a los recién llegados, con curiosidad.

—Él es Andrew —dijo Edrielle señalando al niño.

Ben frunció el ceño al comprobar que no lo presentaba también a él. Solo a su hijo.

Los niños observaron a Andy con una sonrisa.

El único varón, se acercó a su hijo y lo miró de arriba abajo. Cuando acabó, la sonrisa regresó a su bonito rostro.

—Hola, Andrew, ¿quieres jugar con nosotros?

—¿Yo? —preguntó, sin llegar a creérselo.

—Sí. Nos gusta jugar a cazar dríadas.

Andy giró la cabeza y miró a Ben, pidiéndole permiso. Su padre asintió y el niño se alejó junto a los otros, corriendo.

Al quedarse a solas, Ben miró a Edrielle, que los observaba con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Esos son los niños a los que cuidas?

—Sí. Ellos me llamaron, al igual que tu hijo. —Se colocó junto a Ben y le sonrió—. Viven felices aquí, en el bosque. En Amanyastia no tienen que preocuparse porque los abandonen, por pasar hambre o por padecer enfermedades. Aquí no hay peligros. Pueden ser niños y comportarse como tal.

—¿Es allí donde vives? —preguntó señalando la casita de madera.

—Ese es nuestro hogar.

Ben volvió a mirar a los niños, que perseguían a las hadas, sin dejar de gritar y reír, y frunció el ceño.

—¿Cómo puede ser que, después de tantos años, solo tengas a tu cargo a cuatro niños?

Ella lo miró con fijeza, con sus penetrantes ojos, y ladeó la cabeza.

—A pesar de que mi historia es muy conocida desde siempre, muy pocos se han atrevido a llamarme. Y los que lo han hecho, no cumplían los requisitos, al igual que pasó contigo, Benjamin Smith.

—Pero, hay cosas que no llego a comprender —comentó él, frunciendo el ceño—. Si eres hija de un descendiente de los dioses, ¿por qué tu padre no te protegió de Diarmuid? ¿Por qué tú no te defendiste? Tienes magia, al igual que él.

—La magia es más complicada de lo que piensas. Hay muchas cosas de ella que desconoces, y que no sabrás jamás.

—Pero, podrías haberte defendido de tu marido. Yo te he visto utilizar tus poderes.

Edrielle se quedó callada unos segundos, mirando hacia la nada. Cuando reaccionó, suspiró y volvió a concentrarse en Ben.

—Creo que ha llegado el momento de que conozcas mi verdadera historia, Benjamin Smith. —Dio unos cuantos pasos a su alrededor y lo miró a los ojos—. Como habrás escuchado por los cuentos populares de tu mundo, en la antigüedad, en la tierra convivían las personas con toda clase de criaturas. Desde seres de luz, como las hadas, los elfos y los shide, hasta las criaturas más despiadadas que pudieses imaginarte, como las korrigans. A pesar de ello, había un equilibrio entre los dos mundos. La tierra era un lugar en el que todos se encontraban a gusto.

Los shide, vivían entre los humanos, pero escondiendo su verdadera identidad por miedo al rechazo y a posibles enfrentamientos. Ya debes saber que la raza humana es hostil, nada dada a convivir en paz entre ellos. Así que



imagínate qué hubiese pasado si llegan a enterarse de la presencia de otras criaturas a su alrededor. Actuando como humanos, su estancia en tu mundo era posible. Y de esa forma, mi padre conoció a mi madre.

—¿Tu madre llegó a enterarse de la verdadera naturaleza de tu padre?

—No. Mi madre murió al dar a luz. Me crió mi padre, junto a su pueblo. Por ellos, aprendí a vivir en sintonía con la naturaleza, a valerme de ella para hacer pócimas y ungüentos. Ayudaba a toda la gente que lo necesitaba. Pero, no poseía magia propia. Los genes de mi madre no me lo permitían. A pesar de ello, y con la ayuda de un libro milenario que me fue regalado por mi padre, aprendí a realizar encantamientos sencillos. Nada comparables con los poderes de mi pueblo, pero que a mí me parecían fantásticos.

A los quince años conocí a un joven. Era apuesto, con una buena posición social y que estaba interesado en mí. Nos enamoramos. Tenía la intención de pedirle la mano a mi padre y desposarme. Yo estaba feliz. Estaba segura de que era el amor de mi vida, de que quería pasar el resto de mis días a su lado. Pero, el destino me tenía preparado el mayor martirio que puede ocurrirle a una persona.

El rey Diarmuid, buscaba esposa, y todas las mujeres en edad casadera tuvimos que acudir a palacio. Yo tenía la esperanza de que ese día regresaría a casa y continuaría con la preparación de mi boda. Pero, la sangre de shide logró que el rey se fijase en mi belleza.

Pasé de preparar la boda de mis sueños, a llorar por no querer celebrar las nupcias con el monarca más despiadado que había nacido en Irlanda, del que se rumoreaba que utilizaba la magia negra para conseguir sus fines. Pedí ayuda a mi padre, le rogué que no dejase que mi vida fuese aquella. Pero, me explicó que nada podía hacer. Las personas y las criaturas debían afrontar su destino, que la magia no debía interponerse.

El día que me despose con el rey, fue el más triste de mi vida. Apenas tenía dieciséis años y sentía que mi vida había acabado. Nada volví a saber de mi amado.

A pesar de todo, decidí que la pena no dirigiese mi existencia. Si algo había aprendido de las enseñanzas de mi padre, era que todo en la vida tenía un motivo.

Intenté ser una buena reina, ser igualitaria con mis súbditos, ayudarlos todo lo que estuviese en mi mano. Aunque, esa bondad no se la brindé a mi marido. En lo más profundo del bosque, dentro de una cueva, tenía guardado mi libro, el que me regaló mi padre. Cada vez que Diarmuid intentaba dejarme encinta, acudía a él, preparaba una pócima y recitaba unas palabras para impedir que ningún niño cobrase vida en mi vientre. Jamás hubiese sido feliz dándole hijos al hombre que conseguía sus objetivos con malas artes.

Pero, como sabrás por los cuentos populares, el rey me descubrió. Me maldijo y me encerró en aquella cueva hasta el final de mis días en la tierra. Diarmuid pidió la nulidad eclesiástica, alegando que la reina practicaba la magia negra. Incluso llevó mi libro como prueba de ello. Me acusaron de brujería y expulsaron a mi familia de Irlanda.

Mi vida en la tierra acabó unos años después, tras la muerte del rey, que era la persona que me alimentaba a diario.

—Fue entonces cuando tu alma regresó a Amanyastia, para cumplir con la maldición que te echó Diarmuid, ¿verdad? —preguntó Ben, muy interesado en su historia.

—Así es.

—¿Y cómo es posible que ahora sí poseas magia?

—En Amanyastia, la magia fluye por todos lados. Aquí, mi sangre shide es más fuerte y no fue difícil conseguir dominarla.

Ben se quedó en silencio, pensativo. Miró a Edrielle, que observaba a los niños jugar, con el semblante sereno.

—Edrielle, ¿eres feliz?

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—En un principio, pensé que jamás lo sería. Pero el tener a esos niños a mi cargo, el saber que están seguros a mi lado, el encontrarme cerca de mi pueblo... —Sonrió con plenitud—. Sí, Benjamín Smith, soy feliz.

Pasaron un par de semanas y, a pesar de ello, Denise y Ben no podían quitarse las manos de encima. Cada noche, cuando él regresaba a casa, hacían el amor y permanecían acostados en la cama, sin dejar de abrazarse, durante casi una hora.

Se encontraban bien el uno junto al otro. Los nervios del principio dejaron paso a una cómoda intimidad.

Denise reconocía que nunca hubiese esperado sentir eso con Ben. Le estaba demostrando que era un hombre muy cariñoso, nada recto, ni estúpido, como pensó al principio. Y tener sexo con él era una experiencia increíble. Las sensaciones que notaba cada vez que la tocaba eran fantásticas. Ben era un buen amante. Tierno, educado, pero muy fogoso. No dudaba en arrinconarla en cualquier lugar de la casa, aunque no fuese el mejor sitio para dar rienda suelta a sus pasiones.

Se sentía guapa y deseada. Incluso dejó de pensar que aquello estaba mal. Cada día que pasaba a su lado, se convencía más de que estaba siendo la experiencia más excitante de su vida, y no quería que acabase.

Sintió las manos de Ben recorrerle la espalda, mientras que su boca le daba suaves besos por la clavícula. Denise sonrió y cerró los ojos al sentir placer. Él levantó la cabeza y la besó en los labios. La ternura de ese beso la emocionó.

—Me encantaría que hiciésemos algo juntos —sugirió él, con una media sonrisa en el rostro.

—¿Te parece poco lo que hacemos todos los días? —rio.

Ben le dio un pequeño bocado en el cuello y, cuando Denise rio, la miró a los ojos.

—Me refiero a dar una vuelta por el parque, cenar fuera de casa, ir al cine... No sé, cosas de esas.

—¿Eso que hacen las parejas? —preguntó ella con las cejas enarcadas.

—Por ejemplo.

—No sé, no me va todo ese rollo.

—¿No te va?

—No. Ya te dije que no estaba buscando una relación —aclaró Denise.

—Tampoco te estoy pidiendo eso. Solo me apetece salir contigo por ahí.

Ella se quedó pensando unos segundos. No le hacía demasiada gracia la idea. Salir con Ben era genial, pero estaba segura de que cuando lo hiciesen la gente comenzaría a preguntar y a hablar más de lo que debía. No le apetecía tener que estar dando explicaciones, ni ser el chisme del que todo el mundo hablaba. Las personas no eran buenas, y seguro que se extrañarían al ver a Denise, con su estilo tan propio, junto a Ben, tan guapo y elegante. No hacían buena pareja.

Había visto fotografías de su difunta mujer, y no tenía nada que ver con ella.

La madre de Andy era preciosa, rubia, con una cara fina, de facciones muy bellas y su vestimenta siempre era la adecuada.

No tenía nada que hacer en comparación, y tampoco le apetecía ser la diana para que todo el mundo la criticase.

—Creo que, de momento, me apetece seguir como hasta ahora —dijo Denise, mirándolo a los ojos.

Ben se encogió de hombros y apoyó la cabeza en la almohada. No le dijo nada más a ella, pero en el fondo le molestaba su negativa. Era una locura por su parte, pero estaba empezando a sentir algo fuerte por Denise. Esa chica, con su lengua viperina, su vestimenta imposible y su pelo verde, lo estaban enganando de una manera que jamás pensó que ocurriría. Era una mujer increíble. Desprendía pasión por todo lo que hacía, era una buena compañera de mesa, con la que podía hablar de todo, y una amante fogosa con la que disfrutaba más de lo

que nunca pensó.

No le gustaba la idea de que Denise no lo viese de la misma forma que lo hacía él. Ben, aunque sabía que no era el mejor momento para empezar una relación, no podía luchar contra lo que le pedía el cuerpo. Cada vez, las ganas de estar con ella eran más fuertes y odiaba cuando la veía marcharse de casa por las noches.

Giró la cabeza y la miró con detenimiento. ¡Qué ciego había estado para no ver lo bonita que era! Estaba decidido a conseguir que esa chica lo quisiese y aceptase ser su pareja. Pero, le había quedado claro que ella no se lo iba a poner fácil. Si quería una relación con Denise, debía ir poco a poco. Y eso haría.

La abrazó con mucha fuerza, logrando que ella riese.

—Me vas a romper en pedacitos.

Ben le besó el lóbulo de la oreja y lo mordió. Atrapó sus labios en un beso sensual, que la dejó jadeante y con ganas de más. Pero, en vez de seguir, se quedó observándola con intensidad.

—Cuéntame algo sobre ti.

—¿Sobre mí? —repitió Denise, asombrada—. Mi vida no tiene nada de interesante.

—Tú sabes casi todo de la mía, creo que me lo debes.

Ella rio.

—Y, ¿qué quieres saber?

—Cuéntame sobre tu infancia, sobre tus padres...

—No hay mucho que contar. Mi padre se largó cuando yo era una niña, y me crié con mi madre —dijo ella, sin ahondar en la historia.

Ben la miró con el ceño fruncido.

—¿Y ya está?

—Ya te he dicho que mi vida no es interesante. No me gusta hablar sobre mí.

—Bueno, pero yo sí que quiero saber. —Se incorporó un poco, apoyándose sobre su brazo y la miró con fijeza—. ¿Sigues viviendo con tu madre?

—No, vivo con una amiga desde que tengo veintidós años.

—¿Y tu madre no se opuso a que te marchases de casa tan joven?

Denise negó con la cabeza y fijó sus ojos en un punto sobre la pared.

—Mi madre apenas sabe que existo. Creo que recuerda que tiene una hija solo cuando voy a verla.

—¿Cómo? ¿Qué clase de madre hace eso? ¿Y por qué no se va a acordar de ti? Ni que vivieses a cuarenta mil kilómetros y solo pudieses verla una vez cada cinco años.

—Mi madre está en Mount Carmel.

—¿La residencia donde viven los locos? Eso solo está a quince minutos en

coche. Podrías veros cuando terminéis de trabajar.

Denise lo miró a los ojos, pues todavía no había comprendido nada.

—Ben, mi madre no trabaja allí. Está interna.

La boca de él se abrió por el asombro. Esa era la última cosa que hubiese esperado sobre la vida de Denise. Se pasó una mano por el cabello, mesándose, y resopló.

—Lo siento. No tenía ni idea —se disculpó—. No debería de haber metido mis narices donde no me importa.

—No te preocupes. Es algo con lo que tengo que aprender a vivir.

—¿Está muy mal? —se interesó.

—Bastante. Se pasa casi todo el día ida. Al principio los episodios solo eran puntuales, pero su cabeza ha ido a peor. Toma medicación todos los días para la agresividad, pero no hay nada que me devuelva a mi madre.

—Pero, a ti te sigue reconociendo, ¿verdad?

—Sí, nunca ha dejado de hacerlo. Por esa parte, estoy feliz. —Denise se retorció las manos y se mordió el labio inferior—. Pero verla hablando con tres mujeres imaginarias... puede conmigo.

—¿Hace eso? —Ben alzó las cejas.

—Sí. Está convencida de que vivimos en los sesenta. Comencé a vestir así por ella. Si no lo hacía, no dejaba que me acercase.

—¡Joder! —exclamó, culpable por haberse metido tanto con ella por su forma de vestir—. Soy gilipollas.

Ella negó con la cabeza y continuó.

—Aparte de eso, está convencida de que con ella viven tres mujeres. Le hablan, le cantan... —Suspiró—. El otro día las dibujó. Eran hadas. Pero me dijo que no dijese nada porque ellas no querían que lo hiciese.

—¿Hadas? —Ben frunció el ceño. Quizás su madre no estaba tan mal como aparentaba. Él también había visto y no estaba loco.

Denise rio, pero fue una risa triste.

—¿Te importa si dejamos este tema para otra ocasión? No me encuentro bien.

—Lo siento. Es por mi culpa. —La abrazó con fuerza y la besó en la sien, arrepentido por haber insistido en ello—. Tengo la sensación de que, desde que te conocí, solo he sabido equivocarme contigo.

## CAPÍTULO 17

Andy jugaba en su habitación mientras su padre terminaba de darse una ducha.

Era sábado, y habían aprovechado el día para salir a pasear por el puente Ha'penny, el cual bordeaba la orilla del río Liffey.

Desde siempre les había gustado ir. Andy disfrutaba mirando hacia el agua e intentando encontrar los tesoros que, según una vieja leyenda, escondieron unos duendes debajo.

Comieron cerca del parque St Stephen's Green, situado justo en pleno centro de Dublín, y se sentaron en la hierba, mientras Andy le daba de comer a los patos que nadaban en el lago. Llegaron a casa casi al anochecer. Ben duchó al niño y, al acabar, él hizo lo mismo.

Andy se levantó del suelo de su habitación, con su avión favorito en la mano y corrió por toda la estancia sin parar de jugar. Se tiró de un salto sobre su cama, dio un par de vueltas, cual croqueta, y se levantó de nuevo con otro saltó.

Al poner los pies en el suelo, la habitación comenzó a darle vueltas. Tuvo que agarrarse al cabezal de la cama para conservar el equilibrio. La respiración se le aceleró y se sintió algo fatigado. Tragó saliva, asustado, y dirigió la vista hacia la puerta.

—Papá —dijo, pero sin gritar, pues la voz apenas le salía—. Papá.

Al comprender que Ben todavía seguía con en la ducha, y al tener la puerta cerrada, era imposible que lo escucharse.

Andy dio un paso hacia la puerta, necesitaba avisar a su padre de lo que le estaba ocurriendo. Al soltarse de la cama, sus piernas no pudieron aguantar su peso y cayó al suelo. Se dio tal golpe en la boca, que empezó a sangrar.

—Papá —susurró, con las lágrimas recorriendo sus mejillas—. Ayuda.

Justo en ese momento, la puerta del cuarto de baño se abrió y por ella apareció Ben, con el pijama puesto y sonriente.

—Andy, ¿qué te apetece de cen...? —Pero las palabras murieron en su boca cuando vio a su hijo tirado en el suelo, con la cara llena de sangre y sin dejar de

llorar—. ¡Andy!

Corrió a su lado, lo incorporó y lo acostó en la cama. Su corazón no podía latir más rápido. El ver a su hijo de esa forma, le daban ganas de echarse a llorar él mismo.

—¿Qué te ha pasado, campeón? —preguntó mientras le limpiaba la sangre con una toallita húmeda.

—No lo sé —dijo con muy poca voz—. Me he caído, papá. No me encuentro bien.

Ben lo miró, preocupado. ¿Qué había pasado para que se obrase ese cambio en su hijo? Media hora atrás estaba perfectamente.

De manera inmediata, su mano fue hasta el colgante que llevaba Andy, el mismo que le entregó el shide. Lo tocó, lo agitó, lo golpeó...

Negó con la cabeza al recordar las palabras de aquella criatura. La magia del collar era limitada. Al llegar a la tierra se iba perdiendo, hasta que se esfumaba.

Se culpó por haber creído que aquello duraría para siempre. Ver a su hijo tan bien, tan recuperado, le había dado falsas esperanzas. Pero, el corazón de Andy volvía a estar débil.

—Campeón, te prometo que esto no va a durar mucho. Voy a conseguir que estés bien de nuevo.

El niño asintió, sin fuerzas para hablar, y vio como su padre se levantaba de la cama.

—¡Edrielle! —la llamó, gritando—. ¡Edrielle, te necesitamos! ¡Edrielle!

Esperó unos segundos. ¡Tenía que aparecer! Precisaban de que los ayudase.

Jamás se imaginó pidiéndole ayuda a aquella mujer, pero la vida de su hijo estaba en juego. Por Andy habría intentado cualquier cosa.

Al ver que no aparecía, se llevó las manos a la cabeza y contuvo las ganas de llorar.

—¡Edrielle! —la volvió a llamar, con un nudo enorme en la garganta.

Diez minutos después, y viendo que no aparecía. Un sollozo escapó de sus labios. Se tapó la boca con las manos, para que su hijo no lo escuchase llorar, y tras limpiarse las lágrimas, se acostó junto a Andy.

—Campeón, no voy a permitir que nada malo te suceda.

Abrazó a su hijo, y se quedó dormido en su cama.

Denise y la madre de Ben observaban a Andy sentadas en sendas sillas, junto a su cama.

Desde que llegó por la mañana, el niño apenas se había movido de su sitio. Había permanecido en la misma postura gran parte del día, y solo había abierto los ojos para comer.

Cuando le hablaban, de su boca solo salían susurros, como si no tuviese fuerzas para hacer nada más.

Denise no había podido aguantar el llanto en más de una ocasión. Consolaba a la madre de Ben y se preguntaba, una y otra vez, qué había pasado para que se obrase tal cambio en él. No entendía qué pasaba en el cuerpo del niño para que tuviese esos cambios tan bruscos. Pasó de estar débil a ser un niño como los otros, y poco después volvía a estar como al principio. Bueno, como al principio, no. En ese momento, estaba incluso peor.

La puerta de la vivienda se abrió y, segundos después, apareció Ben por la habitación. Ni siquiera las saludó, sino que fue directamente a la cama de su hijo.

Le acarició la mejilla y le besó en la frente.

—Hola, campeón, ya estoy en casa.

En la cara de Andy, a pesar de tener los ojos cerrados, se dibujó una sonrisa.

—Hola, papi —susurró.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy muy cansado.

—Pues descansa —lo animó, sintiendo que empezaba a llorar otra vez—.

Mañana vamos a ir a ver al doctor. Él te va a poner mejor.

El niño asintió con la cabeza, pero sin mediar palabra.

Ben se giró hacia ellas y suspiró.

Su madre se levantó y lo abrazó.

—Me tengo que ir a casa. Mañana esperadme temprano, os acompaño al hospital.

—Gracias, mamá. —La besó en la mejilla y la acompañó a la puerta. Cuando a mujer se fue, Ben regresó junto a Denise y su hijo. Se dejó caer en la silla que había dejado libre su madre y observó a Andy en silencio.

Denise giró la cabeza al verlo llorar. Tenía la cara escondida entre las manos y su cuerpo se convulsionaba por el llanto. Ella, sin poder evitar que las lágrimas corriesen por sus mejillas, se levantó y colocándose a su lado, lo abrazó.

—No llores, Ben. Tu hijo te está escuchando —le susurró al oído.

—No puedo evitarlo —le lamentó.

Ella lo cogió de las manos y lo hizo salir de la habitación. Se lo llevó a la



cocina y allí lo abrazó con fuerza. Lo besó en los labios, intentando darle calor y apoyo.

—¿Has comido algo?

—No, hoy tengo el estómago cerrado.

—Voy a hacerte algo de cenar.

—No te molestes. No tengo hambre.

Ella lo miró, con seriedad, y negó con la cabeza.

—Ben, tienes que comer o vas a enfermar tú también. Andy necesita que su padre esté fuerte y sano.

Denise también tenía ojeras por la preocupación. Aquella mujer se estaba implicando mucho con la enfermedad de su hijo. Los sentimientos de Ben hacia ella eran más fuertes cada día, y no le gustaba verla sufrir por ellos. Ella no tenía que complicarse la vida de esa forma. Pensar aquello lo hizo sentirse culpable. Quería proteger a Denise de ese dolor, no merecía pasar por eso. Decidido, comenzó a mirarla con seriedad. Por ella, haría que se alejase.

—¿Y tú qué sabes lo que necesita mi familia? —la atacó—. Para ti, todo es muy fácil, ¿verdad? Llegas aquí, haces tu trabajo y te vas a tu casa con un polvo de regalo.

—No entiendo por qué dices eso. Yo también quiero a Andy —se defendió.

—¿Tú? ¿Querer? —rio con desprecio—. Lo dudo, Denise. He estado casi dos semanas intentando que aceptases cenar conmigo en algún lugar que no fuese mi casa, pero solo me das excusas. Para ti no hay nada más que el sexo. No dejas que nadie entre dentro de ese bunker que has construido alrededor de tu corazón.

—No me siento cómoda, Ben. Es solo eso —se explicó.

—Ah, vale. No te sientes cómoda —repitió su respuesta—. Y, ¿de qué no te sientes cómoda? ¿De que la gente te vea conmigo? ¿Es eso? ¿Te avergüenzas de que nos vean juntos?

La cara de Denise era un poema. Negó con la cabeza con mucha rapidez y frunció el ceño.

—¡No, Ben! No digas cosas que no son verdad. —Se llevó una mano a la frente y entrecerró los ojos, confuse—. ¿Qué te pasa? ¿A qué viene todo esto ahora? No lo entiendo, pensaba que estábamos bien.

—¿Soy demasiado viejo para ti? —escupió él con desprecio, continuando con su plan de alejarla.

—¡Ya basta! Siento muchas cosas por ti. Pero me da miedo equivocarme.

Él rio y cruzó los brazos sobre el pecho, aunque por dentro se sentía el ser más miserable del mundo.

—¿Miedo? No, niña, tú no sabes lo que es el miedo. ¡Miedo es no saber si mi hijo vivirá un día más! ¡Miedo es pensar que no voy a volver a verlo! ¡Eso es

el miedo! Lo tuyo son cosas de adolescentes.

—Bueno, ya está bien —dijo ella, cansada de que la atacase sin ningún motivo—. No voy a permitir que me trates de esta forma.

—Claro, desde luego que ya está bien —rio él, aunque tenía el corazón dolorido por todas las cosas que estaba diciendo.

—Creo que lo mejor será que me vaya.

—Eso, vete de aquí —comentó con sorna.

—Mañana nos vemos en el hospital para las pruebas del niño.

—No. Se acabó. No voy a necesitarte más.

Los ojos de Denise casi se le salieron de las órbitas.

—¿Cómo? ¿Cómo me pides esto ahora? Tu hijo me necesita más que nunca. —Se llevó una mano a la boca y negó, como si no entendiese nada—. Todo esto... No comprendo qué te pasa esta noche, Ben.

—Vete de mi casa, por favor —le pidió, con el rostro contraído por el dolor.

—Pero... tú y yo...

—Nosotros ya nada. Vete de mi casa, Denise.

—Ben...

—¡Que te vayas de mi puta casa! ¿Es que no entiendes lo que digo? —chilló fuera de sí, intentando asustarla.

Ella se quedó un momento en silencio, mirándolo a los ojos. De sus labios no salió ni una palabra. No lo entendía. Ben y ella habían estado genial hasta el pasado día. Incluso hicieron el amor. Porque aquello fue hacer el amor, y no sexo. A Denise le pareció precioso. Llegó a sentir tantas cosas...

Y, ahora, la estaba sacando de su vida como si fuese la basura. Sin demasiadas explicaciones, sin remordimientos y con malas maneras.

El nudo en la garganta que se le formó, la hizo enfadarse consigo misma por haberse ilusionado con él.

Sin mediar palabra, giró sobre sí y abandonó la vivienda dando un portazo.

Esa noche, Ben se acostó de nuevo en la cama de su hijo. No pensaba dejarlo a sol ni a sombra. Quería estar a su lado para cualquier cosa que necesitase.

Estaba nervioso. Sabía que al día siguiente tenían cita con el doctor que llevaba la enfermedad de Andy, y temía lo que las pruebas les revelasen.

Intentaba animarse, decirse que todo iba a salir bien, que encontrarían un corazón a tiempo y Andy volvería a vivir como un niño normal, pero, después, miraba a su hijo acostado en la cama, sin moverse apenas... y su mundo se desmoronaba.

Su vida era un caos. No había nada que estuviese bien, y lo que sí lo estaba él mismo se encargaba de destruirlo. Como había sucedido con Denise.

Ella era un soplo de aire fresco, era uno de sus mayores apoyos y la persona que lo hacía sonreír por cualquier tontería. Se sentía como un adolescente a su lado. Con ella, todo era fácil, divertido y excitante. Pero se había dado cuenta de que esa relación no podría funcionar por el momento.

Ya bastante mal lo estaba pasando él con el tema de Andy, como para meter también a Denise y hacerla sufrir viendo al niño. Desde que llegó a su casa, había tenido mucha complicidad con su hijo. Denise y Andy se llevaban de maravilla y eso le encantaba a Ben. Pero, esos últimos días, ella también estaba pasándolo mal. Y no quería que tuviese que vivir el mismo martirio que él. El trabajo de enfermera ya no era tal, pues ella trataba al niño con amor, como si fuese su propio hijo. Cuando Ben comprendió que Denise quería a Andy, la echó de su vida de la forma más ruin y vil que se le ocurrió. Pero, era él el que más lo sentía. Sabía que había perdido a la mujer más especial del mundo, y que, por la forma en la que la había tratado, no iba a volver jamás. Pero valía la pena si de ese modo la alejaba del dolor de ver a su hijo enfermo.

Ben cerró los ojos con fuerza. Necesitaba dormir un poco, pues si no lo hacía, al día siguiente solo conseguiría un buen dolor de cabeza. Se abrazó a su hijo y lo besó en la mejilla con amor.

Pero, antes de que consiguiese dormirse, el temblor lo sobresaltó. Al ver la niebla en el cuarto, una sonrisa apareció en sus labios. Saltó de la cama y esperó a que la mujer que los visitaba apareciese.

Lo hizo a través de un haz de luz. Lo saludó con un movimiento de cabeza y su atención se centró en Andy, que no se había movido aun habiendo notado el temblor.

—¡Edrielle, gracias a Dios! —exclamó Ben, juntando las manos como si fuese a orar.

—Hola, Benjamin Smith. Veo que te alegras de verme, pero no sé qué tendrá que ver Dios en todo esto —comentó con sorna.

Ben obvió sus palabras y se colocó frente a ella, con la mirada esperanzada.

—Tienes que ayudarnos. Mi hijo vuelve a estar mal.

—¿Y qué quieres que haga? Yo no tengo poder para curar a nadie.

—¡Pero mi hijo lo necesita! El colgante que le dio tu pueblo se ha quedado sin magia.

Ella asintió, conociendo ese detalle.

—Ya te avisamos de que aquí, en la tierra, la magia se va con rapidez.

—Tienes que llevarnos de vuelta al poblado de los shide —le pidió con ojos suplicantes—. Ellos podrán volver a llenar el colgante con su magia.

Edrielle lo miró a los ojos. Se notaba, en la cara de Ben, que había estado llorando. La mujer bajó la cabeza hacia el suelo y negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso, Benjamin —contestó. Por primera vez pronunció su nombre solo, sin el apellido.

—Pero, ¿por qué? —gritó Ben, desesperado. Se mesó el cabello y dio varias vueltas a la estancia.

—Lo que hicimos con tu hijo, no nos está permitido. Aun así, mi pueblo quiso darle un regalo a Andrew. La magia debe quedarse en Amanyastia, no debemos sacarla de allí, pues en el pasado se cometieron muchos crímenes por ella.

—Pero mi hijo no va a hacer daño a nadie. ¡Está muy enfermo, Edrielle! — Ben rompió a llorar y se arrodilló en el suelo—. Si tengo que suplicarte, lo haré. —La agarró por el vestido—. Por favor, ayuda a Andy.

La cara de la mujer se volvió triste. Se agachó junto a Ben y lo cogió de la mano, dándole fuerzas.

—Lo siento, de verdad, yo no puedo hacer nada más. —Abrazó a Ben y le susurró al oído—. Eres un buen padre, Benjamín Smith, y una buena persona. Tienes sabiduría y entereza. Llegado el momento, sabrás lo que hacer.

—¿Eso qué quiere decir? —dijo Ben, sin dejar de llorar.

—Pronto lo sabrás, y actuarás sabiamente, aunque tus sentimientos estén en contra.

## CAPÍTULO 18

Denise miraba la televisión con mala cara. A pesar de que habían pasado unas horas desde que Ben la echase de su casa, igual que si fuese un perro, todavía podía escuchar con total claridad sus palabras.

¿Qué se había pensado ese imbécil? ¿Que era un puñetero muñeco al que podía hablarle como le apeteciese? ¿Que podía ir jugando con las personas a su antojo y sacarlas de su vida, de un simple plumazo, cuando se aburriese de ellas?

Estaba dolida. Lo reconocía. Le había dolido todo lo que había salido de su boca. Ella pensaba que Ben estaba a gusto en su compañía. Hubiese jurado que así era. Pero no. Le había faltado tiempo para echarle cosas en cara que ni la propia Denise sabía que le molestaban.

Para colmo de males, todavía pensaba en él y sentía ese temblor en el estómago. A pesar de sus palabras, Ben continuaba clavado en su interior.

Nunca había sentido algo parecido por nadie. Jamás había notado esa sensación de vacío al pensar que ya no volvería a verlo.

Solo con Ben. ¡El jodido Ben!

Había sido muy tierno con ella. Era el amante perfecto, el compañero de cena ideal... Esas semanas habían sido inolvidables. Reconocía que le iba a costar poder sacárselo de la cabeza. Ese tío, que al principio le pareció tan serio, huraño y desagradable, la había dejado echa una porquería y con el corazón tocado. A pesar del poco tiempo que estuvieron juntos, Ben se había metido muy

hondo en su pecho.

Dio un puñetazo en el sofá y maldijo en silencio, con el nudo encajado en la garganta. Desde que salió de su casa, no había podido deshacerse de él.

Por esas cosas no quería meterse en relaciones amorosas. Solo eran líos y malos ratos. Y lo peor de todo era Andy. Quería a ese niño. No se imaginaba pasar los días y no saber cómo se encontraba, no tener la certeza de que seguía bien.

Escondió la cabeza entre sus piernas y resopló. Notaba que le faltaba el aire.

A su lado, sintió el peso de alguien sentándose en el sofá. Al levantar la cabeza descubrió a Kim. Su compañera de piso le sonrió y apoyó una mano en su rodilla.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no te preocupes.

—¿Nada? Si no te pasase nada podría ver la tele sin tener que escuchar tus suspiros y resoplidos.

—Lo siento —se disculpó con tristeza—. Ya no vas a tener que escucharme más. Me voy a la cama.

Kim la cogió del brazo y la obligó a permanecer sentada.

—No. Tú no te mueves de aquí hasta que no me cuentes qué te pasa.

Denise la miró con ojos suplicantes. Pero, al ver que su amiga no se apiadaba de ella, decidió hablar. Cuanto antes lo soltase, antes podría irse a dormir.

—Ben me ha echado de su casa.

—¿Cómo? —La boca de Kim se abrió por el asombro—. ¿Habéis discutido?

—¿Yo? ¡No! Yo no he hecho nada, Kim. Era él. Él buscaba la pelea. Me ha soltado cosas sin sentido, estupideces. Quería terminar con lo nuestro, sacarme de su vida, y no se ha cortado en hacerlo.

—¿No has notado nada raro en él estos últimos días? ¿Nada que te alertase de que algo estaba pasando?

—No, nada. Salvo el empeoramiento de Andy, nuestra relación era la misma. —Se quedó callada unos segundos, pensando. Miró a Kim, con el rostro confundido y se mordió el labio—. Era perfecto. Nadie me había hecho sentir de esa forma. Y yo pensaba que él sentía lo mismo.

Kim rio.

—Pero, ¿tú no decías que no querías pareja? ¿Que eso era un engorro?

—Lo decía y lo sigo pensando. Pero... ¿quién le puede poner barreras al mar? Aquí, el que manda es el puñetero órgano ese que bombea sangre.

—¿En serio sientes eso? —la interrogó Kim, con una débil sonrisa.

—Sí.

Su compañera de piso la cogió de las manos, con fuerza, y la miró a los ojos.

—Pues pelea, Denise.

—¿Que pelee? —ella rio al escucharla—. ¿Y qué voy a lograr con eso? Ya me dejó muy claro lo que pensaba de lo nuestro.

—Mira, no debes tomar muy en cuenta lo que dice Ben. Sobre todo ahora. Las personas nos escondemos cuando hay dolor a nuestro alrededor. Él tiene que estar pasándolo fatal, en su cabeza no debe de haber nada claro. ¡Seguro que te dijo muchas cosas! ¡Y seguro que fueron todas horribles! Pero, no lo abandones ahora. Por mucho que él te jure y te perjure, las personas necesitamos una mano amiga cuando estamos en problemas. Y, si esa persona, además, es la que quieres, entonces debes darle todo de ti.

Ella se quedó en silencio, reflexionando sobre las palabras de su amiga. ¿Y si tenía razón? ¿Y si Ben lo que quería era quedarse todo su dolor él? ¿Y si se estaba cerrando al mundo?

¿Sería capaz de abandonarlo en ese momento, solo por orgullo?

Denise negó con la cabeza y una sonrisa apareció en su rostro.

Jamás lo abandonaría. A Ben no.

Ben empujaba la silla de ruedas que portaba a Andy por los pasillos del hospital.

Esa mañana, el centro médico estaba más bien vacío. Aquello parecía estar en sintonía con su estado de ánimo. Se sentía vacío por dentro, como si nadie pudiese entender lo que pasaba en su interior.

Su madre caminaba a su lado, en silencio. Se notaba que los nervios también la afectaban, pues no había hablado desde que llegó y tampoco había soltado la mano del niño en ningún momento.

La consulta del doctor que llevaba el expediente de Andy, se encontraba al final del pasillo. Ben aminoró la marcha. Le daba miedo llegar, que el hombre examinase a su hijo y que las noticias fuesen malas. Rezaba porque les anunciase que había un corazón esperándolo, que curasen a su hijo y que pasase aquella pesadilla.

Tomaron asiento en las butacas que había frente a la puerta del doctor y esperaron a que la enfermera los llamase. Al entrar, el corazón de Ben se aceleró. Había llegado el momento.

—Buenos, días, señor Smith —lo saludó el doctor, estrechándole la mano

con cortesía. Saludó a su madre de la misma forma y miró a Andy, que lo observaba desde la silla de ruedas. Se acuclilló a su lado y le revolvió el pelo —. Hola, Andrew, ¿cómo te encuentras?

—Regular —susurró el niño.

El médico cogió una pequeña linterna y le examinó los ojos. Andy tenía la piel pálida, el rostro cansado y las ojeras eran visibles. Pero sus ojos todavía enfocaban a la perfección.

—¿Estás preparado para que te hagamos unas cuantas pruebas?

El niño miró a su padre, con miedo.

—¿Puede quedarse mi papá conmigo?

—No, hijo —contestó el doctor—. Para esas pruebas tienes que estar tú solo. Pero no te preocupes, yo voy a estar cerca. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedírmelo.

Andy miró a Ben y negó con la cabeza.

—Papá, no quiero. Yo solo no.

Él se arrodilló junto a su hijo e intentó calmarlo.

—No te preocupes, campeón. Ya verás que es solo un momento.

Pero el niño, en vez de tranquilizarse, se echó a llorar. El doctor cogió el manillar de la silla de ruedas y se llevó al niño a una sala contigua, mientras que Ben contenía las lágrimas por verlo muerto de miedo. Su madre lo abrazó y lloró con él.

Pasó casi una hora y media hasta que el médico volvió a reunirse con ellos. Se sentó en su silla, ojeó los resultados en el ordenador y se aclaró la garganta.

—Señor Smith, el problema de su hijo se ha agravado de forma considerable. Su corazón está muy débil y va a necesitar cuidados especializados.

Ben sintió cómo se rompía por dentro. Aguantando las ganas de gritar, llorar y maldecir a todos los médicos del hospital, asintió.

—Y, ¿qué sugiere, doctor?

—Mi recomendación es ingresar al niño. Aquí estará bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. Recibirá un tratamiento algo más agresivo pero, que si funciona como debe, puede mejorar un poco su calidad de vida.

Ben agachó la cabeza, comprendiendo que no tenían otra opción. Se llevó una mano a los ojos y los frotó. Estaba exhausto.

—¿Saben algo sobre si hay algún posible donante compatible para mi hijo?

El médico negó con la cabeza.

—De momento no tenemos a nadie.

Ben rompió a llorar y se abrazó a su madre. Aquello estaba acabando con él, la enfermedad de su hijo iba a ser también su fin.

El doctor contuvo la emoción. A pesar de llevar casi quince años dando



noticias similares, jamás se acostumbraba a esas situaciones.

—Lo siento, señor Smith. Le aseguro que haremos todo lo que esté en nuestra mano para que su hijo se encuentre mejor. Tenga fe.

Ben miró al médico, con el rostro desencajado y negó con la cabeza.

—Pídame cualquier otra cosa, pero la fe... —rio con amargura—, la he perdido toda.

## CAPÍTULO 19

Denise se acercó a la recepción del hospital. Le había costado casi toda la

noche decidirse, pero tenía que hacerlo.

Cuando se apoyó en ella, una de las enfermeras, que se encontraba ojeando un ordenador, le sonrió.

—Buenos días, ¿la puedo ayudar en algo?

—Sí, gracias, me gustaría saber el número de habitación de Andrew Smith.

La joven buscó su nombre en el ordenador y asintió.

—Habitación ciento treinta y seis, segunda planta.

Se encaminó hacia el ascensor, con una bola de nervios en el estómago. Ben estaría allí, y seguramente no querría verla. Pero le daba igual. Le preocupaba la salud de Andy, y no pensaba dejar de verlo porque su padre se hubiese propuesto expulsar a todo el mundo de su lado.

No iba a permitir que la echasen como a una desconocida. Denise los quería, y se preocupaba por ellos.

Salió del ascensor y caminó por el pasillo hasta que dio con la habitación indicada. Resopló, para quitarse los nervios de encima, y traqueó la puerta antes de entrar.

A la primera persona que vio fue a la madre de Ben. Se encontraba sentada en la cama de Andy, intentando que se comiese todo lo que había en su plato. Al verla, la mujer le sonrió y la animó a acercarse.

—Hola —dijo Denise, mirando a Andy, que le sonrió de inmediato—. ¿Cómo te encuentras?

El niño se encogió de hombros.

—No me gusta esta comida.

—Puedo pedir que te traigan otra, si quieres.

—No te molestes, Denise —comentó su abuela—. Este jovencito tiene que aprender a comer de todo.

Andy frunció el ceño y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Cuándo nos vamos a casa? —dijo, y acto seguido comenzó a toser.

—Primero tienes que ponerte bien —habló Ben, que se encontraba apoyado en la ventana.

Denise contuvo el aliento al escucharlo. Estaba tan concentrada en el niño que no se había fijado en nadie más.

Él se irguió y comenzó a caminar hacia la cama, donde estaban los demás. Miró a Denise, con seriedad, y la saludó con un movimiento de cabeza. Tenía que admitir que no esperaba volver a verla y su corazón latía desbocado. La conocía y sabía que tenía mucho orgullo. Aunque tenía que admitir que estaba eufórico de tenerla otra vez a su lado.

—Denise, ¿podemos hablar fuera de la habitación?

—Claro —respondió ella, sintiendo cómo el estómago le daba un vuelco.

Se disculparon con la madre de Ben y cerraron la puerta al salir.

En el pasillo, él se apoyó en la pared, miró a Denise con fijeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Ver a Andy —comentó ella, con serenidad.

—Pensaba que, después de lo de ayer, no volvería a saber de ti.

—Yo también lo pensaba —admitió—. Pero el niño no tiene culpa de que su padre sea un tozudo cabezota.

Ben se llevó una mano a la cabeza, cerró los ojos y suspiró.

—Lo mejor para ti es que te vayas. No tienes por qué aguantar esto.

—Eso es decisión mía, Ben —contestó molesta—. Entiendo que eres su padre y que quieres lo mejor para el niño, pero sobre mí no tienes ningún poder. Yo decido cuándo me voy y cuándo me quedo. Y no me parece bien que, después de haberle cogido cariño a tu hijo, me echas de esa forma. ¡Yo también me preocupo por su salud!

—¡No quiero que nos veas en este estado! ¿Puedes entender eso?

—Soy enfermera, he visto cosas peores. No me voy a asustar.

—¡Me refiero a nosotros, a mi familia!

—¿Qué pasa con tu familia, Ben? Ellos están contentos de que yo esté aquí.

—¡No quiero hacerte pasar por esto! ¿Me oyes? —gritó—. ¡Fuera de aquí!

Denise dio un paso en su dirección, se colocó frente a él y negó con la cabeza.

—No te voy a abandonar, Ben. —Se acercó a él y lo abrazó con fuerza—. No voy a dejar que pases por esto tú solo. Me da igual si me echas mil veces, pero yo me quedo.

Notó como Ben se venía abajo. Su cuerpo empezó a temblar y las lágrimas humedecieron sus ojos. La abrazó con fuerza.

—No sabes lo que dices. Quiero evitar que sufras, como lo estamos haciendo nosotros.

Denise lo miró a los ojos, le acarició la mejilla y sonrió con tristeza.

—Pues llegas tarde. Empecé a sufrir el día que me enamoré de Andy, y de su padre.

—Dios mío —dijo mirándola con la boca abierta. Sonrió, con alegría, y la besó en los labios—. Denise, te quiero.

Se besaron con ganas, sintiendo que juntos serían más fuertes. Ben todavía estaba alucinando con las palabras de Denise. Ella siempre había sido reacia a mostrar sus emociones y sentimientos.

La cogió por la barbilla y la volvió a besar con fuerza.

—Quiero disculparme por la forma en la que traté ayer —habló Ben, con el

rostro arrepentido—. Me agobié, estaba muerto de miedo y lo único que quería era estar solo y no salpicar a nadie con mi desgracia.

—Lo comprendí unas horas más tarde, hablando con una amiga.

—Cuando te fuiste, pensé que no te volvería a ver. Pensé que no querrías saber nada más de mí.

—La verdad es que me dejaste pasmada —admitió—. Decías cosas... que no sabía de dónde las sacabas.

—Lo sé. Eran excusas. Soltaba lo primero que se me pasaba por la cabeza para que te fueses. —Se abrazó a ella con fuerza, como si Denise fuese lo que necesitaba para mantenerse en pie—. Lo siento, perdóname.

—No te preocupes —le restó importancia.

Ben juntó sus frentes y cerró los ojos.

—No sabes lo que me haces sentir. Creo que sin ti todo es más oscuro.

—Pues aquí estoy, Ben. No te voy a dejar.

La mañana pasó lenta en el hospital. La madre de Ben se despidió de ellos a medio día, pues estaba mayor y le dolía la espalda de estar sentada en aquellos sillones. Besó a su nieto y se marchó a casa.

Ben y Denise permanecieron casi todo el tiempo en silencio, pero agarrados de la mano. Andy dormía y no querían despertarlo.

El doctor pasó por la habitación un par de veces. Controlaba al niño y apuntaba los resultados en su cuaderno. Cuando Ben lo veía entrar, lo acribillaba a preguntas, pero siempre terminaba más confuso y con menos esperanza que antes de hacerlo.

Agradecía tener allí a Denise. Le estaba demostrando que sus palabras eran ciertas, que de verdad les importaba y que quería a Andy. Cada vez que pensaba en lo afortunado que era por tenerla a su lado... las ganas de llorar regresaban. Tenía los sentimientos a flor de piel y cualquier cosa lo hacía estallar en lágrimas.

A media tarde, Ben se levantó de su silla y paseó por la habitación. Miró a la chica unos segundos y se pasó una mano por el cuello.

—Denise, ¿te importaría quedarte un rato con Andy?

—Por supuesto que no —contestó ella de inmediato.

—Necesito ir a la oficina.

—¿Se te ha olvidado algo allí?

—Nada. Pero quiero hablar con el encargado de recursos humanos. Voy a pedir una excedencia laboral para poder ocuparme de Andy el tiempo que necesite.

Denise asintió, comprendiendo la necesidad de Ben por estar junto a su hijo. Se levantó de la silla, se acercó a él y lo besó en los labios.

—Quédate tranquilo. No me voy a mover de aquí.

Ben cerró los ojos y disfrutó de su beso y su cercanía. Apoyó la frente junto a la de ella y le susurró.

—Qué suerte tengo de tenerte. Eres un ángel.

Ella rio, sorprendida por su comparación, y negó con la cabeza.

—Un ángel caído —bromeó. Le dio una palmada en el trasero y lo empujó un poco—. Vete. Pide la excedencia y vuelve pronto.

Si alguna vez dudó de la bondad de sus compañeros de trabajo, esa tarde comprobó que eran unas personas geniales. Al verlo llegar se agolparon en torno a él preguntando por la salud de Andy. Incluso Emma, que últimamente había estado molesta al enterarse de su historia con Denise, le preguntó por su hijo.

Al llegar al despacho donde se encontraba el encargado de los recursos humanos de la empresa, lo hicieron pasar al instante. No lo tuvieron esperando en las sillas como era costumbre. Charles, que así se llamaba, no le puso ninguna pega, incluso le comentó que había tardado demasiado en solicitarla. A Ben también le parecía tarde, pero el único sueldo que entraba en casa era el suyo, y si dejaba de acudir a su puesto de trabajo, se vería en dificultades económicas. Aunque, en esos momentos, eso le pareció una nimiedad. Lo que primaba era Andy, y pasar todo el tiempo que pudiese con él. Su hijo lo necesitaba.

—Aquí tiene, Benjamin, firme este impreso y su solicitud de excedencia temporal estará tramitada.

Al firmar, se sintió bien. Era lo que debía de hacer. Miró al hombre, que esperaba a que se marchase para cerrar la puerta, y se llevó una mano al mentón.

—Antes de irme, ¿podría pasar por mi despacho a recoger algunas cosas que me dejé? —preguntó Ben, acordándose de su portátil y una chaqueta que llevaba allí casi cuatro meses, colgada en el perchero.

—Adelante, tómese el tiempo que necesite —asintió el hombre.

Ben llegó a su despacho y cerró la puerta al entrar. Miró a su alrededor y reconoció que iba a echar de menos la rutina. El madrugar, el tomarse el café con prisa, el maldecir el tráfico mientras llegaba al trabajo...

Abrió los cajones de su escritorio y sacó varias cosas, que metió en una caja de cartón que guardaba en uno de los armarios empotrados. Se agachó, para coger algo que se le había resbalado de las manos, cuando sintió un temblor.

Nada más alzar la cabeza, se encontró frente a Edrielle.

La mujer lo miraba con serenidad. Esa serenidad que la caracterizaba y que al principio le conseguía poner los pelos de punta. Desprendía tal sabiduría y entereza que conseguía dejarte boquiabierto con tan solo verla. Y después estaba esa belleza propia de los shide. Una belleza inigualable, pero con algo de oscuridad por su naturaleza mágica.

Ben frunció el ceño al verla a esas horas y fuera de su casa.

—Edrielle, ¿qué estás haciendo aquí?

Ella dio un paso en su dirección y alzó la mano para que Ben la cogiese.

—Ha llegado la hora —comentó con calma en la voz.

—¿La hora de qué? —la interrogó, sin entender nada.

—Ven conmigo. Te lo mostraré.

Fue tan rápido que, con solo parpadear, habían cambiado la ubicación.

Se encontraban en el hospital, concretamente en la habitación de su hijo. Ben pudo ver a Denise sentada junto a Andy, observándolo.

Él miró a Edrielle, confundido.

—¿Qué hacemos aquí? —dijo sin entender nada. Señaló a Denise con la mano—. ¿Ella no nos puede ver?

—Nadie nos ve.

Ben observó un poco la habitación y, pasados unos segundos, su vista regresó a Edrielle.

—¿Qué se supone que me tienes que enseñar? Aquí lo único interesante es el sonido del electrocardiógrafo con los latidos de mi hijo.

—Posees la impaciencia propia de los hombres —comentó ella sin mirarlo, pues su vista estaba puesta en Andy—. Espera un poco más.

Ben centró su mirada de nuevo. Esperó, esperó y esperó...y no ocurrió nada.

Alzó la vista de nuevo hacia Edrielle, para decirle que aquello era una tontería, cuando un sonido continuo rompió la tranquilidad de la habitación. Los latidos de Andy habían dejado de sonar en el aparato y éste estaba avisando de lo que ocurría.

Ben sintió que le fallaban las piernas al escuchar aquel sonido. Desde la distancia, vio a Denise levantarse con rapidez y hacerle la reanimación.

—¡Andy! —gritaba ella. Las lágrimas le impedían ver lo que hacía, pero aun

así no paró de intentar que su corazón volviese a latir—. ¡Ayuda! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Momentos después, a la habitación llegaron varios médicos. Apartaron a Denise, que se quedó llorando detrás de ellos, y procedieron a usar el desfibrilador en el pecho de su hijo.

A Ben le temblaban las piernas, no podía dejar de llorar al ver la escena. Miró a Edrielle, suplicante.

—¿Qué mierda es esta? ¿Qué clase de broma macabra has planeado? —gritó, aunque las palabras se le resistían en los labios por encontrarse en shock.

—No estoy bromeando, Benjamin Smith. Esto está ocurriendo de verdad.

—¿Y por qué me lo muestras? —chilló, con el pecho ardiéndole por el dolor—. ¡No quiero verlo! ¡Basta!

Mientras tanto, en la habitación los médicos seguían intentando reanimar al niño. Denise se dejó caer al suelo y lloró sentada en un rincón. Presa del nerviosismo, sacó su teléfono móvil y se lo colocó en la oreja. Parecía que la persona a la que intentaba localizar no se encontraba disponible.

—¡Contesta, Ben! —suplicó entre lágrimas—. ¡Contesta, maldita sea! ¡Contesta, joder!

Después de veinte agónicos minutos, los médicos se dieron por vencidos y diagnosticaron la muerte del niño.

Ben no podía ver por las lágrimas. Negaba con la cabeza, sin parar, y se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

—¿Por qué me has hecho ver esto, Edrielle? —sollozó sin poder terminar de creérselo.

—La muerte de un hijo es algo duro, Benjamin. Comprendo el amor que le profesas al niño, y también sé que eres una buena persona. Nadie debería tener la mala suerte de no poder despedirse de un ser querido. —Alzó el brazo y tocó su hombro—. Tú, al estar en la oficina, te hubieses perdido la partida de Andrew. Y yo quería tener, al menos, un detalle contigo.

Ben la miró con furia.

—¿Detalle? —gritó—. ¿Tú llamas detalle a esto? ¿A ver a mi hijo morir?

—No, Ben. Yo te estoy dando la oportunidad de que te despidas de él —aclaró Edrielle con serenidad.

Edrielle señaló la cama donde yacía el cuerpo de Andy. Él miró en su dirección, muerto de dolor, pero algo le llamó la atención. Podía ver una luz tenue sobre el cuerpo de su hijo.

Cada segundo que pasaba la luz iba alejándose más de Andy y bajaba al suelo. Como si de una estrella se tratase, el resplandor se hizo más potente, tanto que tuvo que taparse los ojos.

Cuando el haz de luz lo permitió volver a mirar, se encontró cara a cara con su hijo.

Ben rompió a llorar y fue a abrazarlo. Lo besó, lo agarró con fuerza, como si de esa manera pudiese retenerlo con él.

Se fijó en su aspecto. Ya no tenía el rostro blanquecino, ni las ojeras. Era como si nunca hubiese estado enfermo. El niño le sonrió, pero lo hizo de una forma diferente. Con serenidad. Como si él mismo supiese lo que había pasado y lo aceptase.

—Andy, campeón, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien, papi. —Le sonrió—. Ya no estoy cansado.

—Me alegro, mi vida —comentó sin dejar de llorar. Todavía se encontraba agarrado al niño. No quería soltarlo.

Edrielle se acercó a ellos y le acarició el cabello al pequeño.

—Andrew, es la hora.

—¡No! ¿La hora de qué? —exclamó Ben, desesperado.

—Es hora de regresar a Amanyastia.

—No, Edrielle, por favor —le rogó—. Deja que se quede. Mi vida no será la misma sin él. ¿Cómo voy a ser capaz de vivir sin Andy?

—No debes temerle a la partida de tu hijo, Ben. Desde que nacemos es lo único que sabemos que sucederá con seguridad. La muerte no es mala, es un tramo más del camino, la conversión del cuerpo débil del hombre en luz. Tu hijo ha tenido una vida feliz en la tierra. Ha tenido una familia que lo adora, unos amigos con los que jugar, ha tenido un techo en el que cobijarse cuando hacía frío y, lo más importante, te ha tenido a ti. —Edrielle se acercó a Ben y le acarició la mejilla—. No olvides que tú también partirás algún día, Benjamin. La vida en la tierra es corta. Volverás a ver a tu hijo cuando te conviertas en luz, al igual que él.

—Pero no puedo dejar que se vaya —sollozó, tapándose la cara con las manos.

—Disfruta tu vida en la tierra, Benjamin. Tu hijo te estará esperando. Te prometo que lo voy a cuidar y lo voy a querer con todo mi corazón.

Ben la miró, con la cara destrozada por la pena.

—¿Podré volver a verlo? ¿Vendréis por las noches, como hasta ahora?

—No —aclaró ella—. Cuando una persona deja su cuerpo, su alma deja de ser visible para los demás.

—¡Pero tú puedes hacerlo, con la magia podéis!

—No nos está permitido, Benjamin.

Ben negó con la cabeza. No aceptaba que su hijo tuviese que marcharse. ¡No podía permitirlo!

—¡No puedes llevártelo, Edrielle! ¡Tú nos prometiste que Andy solo se iría



cuando lo decidiese él mismo! —la retó, enfadado, y abrazando con fuerza al niño.

Ella asintió y miró a su hijo.

—Andrew, ¿qué quieres hacer?

Andy miró a su padre y a Edrielle, se lo veía confundido. Aquella era una decisión difícil. Amaba a su padre sobre todas las cosas, pero su alma comprendía que su vida en la tierra se había acabado.

De repente, el niño miró hacia un lado y sus ojos se iluminaron. Ben giró la cabeza para ver qué era lo que estaba mirando su hijo, pero no vio nada.

Andy sonrió y asintió.

—¡Me llaman!

—¿Qué? ¿Qué dices, campeón?

—¡Me están llamando, papá! ¡Quieren que me reúna con ellos!

—¿Con quién? —El corazón de Ben se aceleró. Sentía miedo, pues Andy no dejaba de sonreír.

—¡Los niños! ¡Quieren que vaya a jugar!

—¡No, campeón, quédate conmigo! —le suplicó, desesperado—. Vuelve a tu cuerpo, te prometo que encontraremos una solución y podrás estar bien. —Después de decir esas últimas palabras, Ben rompió a llorar.

—Tengo que irme, papá —contestó el niño con entereza, acariciando la mejilla de su padre.

Ben se limpió los ojos, pues las lágrimas no lo dejaban ver, pero enseguida nuevas lágrimas los bañaron. Apretó con fuerza a su hijo y lo besó con amor. Estuvo casi dos minutos en silencio, abrazado a él y besando su tierna mejilla. Pero, con todo el dolor del mundo lo soltó. Comprendió las palabras de Edrielle, comprendió el deseo de Andy de partir. Su pequeño ya no pertenecía al mundo.

El niño, al verse libre, besó a su padre y le sonrió. Dio un par de pasos hacia aquella luminosidad que lo llamaba. Giró un poco la cabeza y volvió a mirar a Ben.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, campeón —contestó él, sin aguantar el llanto—. ¿Me esperarás?

Andy le sonrió de nuevo y asintió con la cabeza. Se despidió de su padre agitando la mano y su silueta fue desapareciendo paulatinamente.

El quedarse a solas con Edrielle, Ben se tapó la cara con las manos.

La mujer fue a su lado y lo abrazó. Él le devolvió el abrazo. Necesitaba consuelo y sabía que Edrielle conocía su dolor.

—Estoy orgullosa de ti, Benjamin. Tal y como te dije, eres un hombre sabio. Has sabido comprender que la partida de tu hijo era algo necesario. Has sabido comportarte de forma justa, sin pensar solo en ti, sino en los deseos de Andrew.

—Pero mi niño ya no está —respondió con un hilo de voz.

—Seguirá estando, puedes estar seguro. Andrew vivirá en los corazones de la gente que lo quiere y será recordado con cariño.

—¿Y cómo voy a saber que está bien? ¿Cómo voy a estar tranquilo sabiendo que está en un lugar tan diferente al nuestro? —preguntó Ben, refiriéndose a Amanystia.

—Porque te doy mi palabra de que lo voy a cuidar como si fuese mi propio hijo. —Edrielle besó a Ben en la mejilla. Era la primera vez que lo hacía, pues no era muy dada a mostrar afecto—. Te lo prometo.

—¿Y ahora qué?

—Es hora de regresar, Benjamin. He pasado demasiado tiempo separada de mis niños, y ellos me necesitan.

Ben se alejó de Edrielle y asintió. La miró por última vez, memorizando todas y cada una de sus facciones, pero con la seguridad de que jamás iba a borrarse de la mente su cara.

Ella le sonrió, con dulzura y posó una mano en su hombro.

—Benjamin Smith, te deseo una vida llena de felicidad, junto a tu familia. Una vida plena, en la que jamás te falte una sonrisa. Te deseo que disfrutes con plenitud ese viaje tan corto que es la vida en vuestro mundo. Y te deseo amor, un amor tan puro que traspase cualquier límite. —Edrielle comenzó a brillar y la niebla llenó la estancia, conforme desaparecía, la sonrisa no se le borró de su bonito rostro—. Que te vaya bien, Benjamin. Volveremos a vernos cuando liberes tu alma.

Cuando Ben abrió los ojos, apareció en su oficina. Estaba en el mismo lugar en el que lo había sorprendido Edrielle.

Su teléfono móvil no dejaba de sonar. Lo sacó del bolsillo y descubrió el nombre de Denise en la pantalla. Contestó al instante.

—¡Ben, gracias a Dios! —La voz de ella estaba rota, se notaba que le costaba hablar sin que el nudo de su garganta se lo impidiera—. ¡Tienes que venir al hospital! ¡Rápido! —Rompió a llorar sin poder contenerse—. Andy...

Ben dejó caer el teléfono al suelo. Ya sabía lo que había ocurrido, pero escucharlo en boca de Denise, con ese dolor... fue demasiado.

Salió de las oficinas corriendo. Montó en el coche y condujo a toda velocidad, sin importarle los semáforos, ni demás señales.

El cuerpo de su hijo lo esperaba en el hospital.

Al llegar, tomó las escaleras. No quería tener que esperar el ascensor. Cuando traspasó la puerta de la habitación en la que se encontraban, vio a Denise llorando.

Cuando ella lo descubrió, corrió a su lado.

—¡Ben, oh, Dios mío! —Se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza—. No pude hacer nada, yo... ¡Ay, Ben, tu pobre niño! ¡No pude salvarlo, Ben! —se lamentó.

Las lágrimas corrían por la cara de él, pero no dijo ni una palabra. Cuando Denise lo soltó, caminó a paso lento, casi arrastrando los pies, hasta la cama donde yacía Andy.

Qué diferente estaba. Nada tenía que ver el Andy lleno de vida, con el que se despidió, de ese cuerpo vacío. Pero era el cuerpo de su hijo. El niño que había criado desde que nació, la mayor alegría de su vida.

Llorando sin consuelo, y con el cuerpo convulsionando por el llanto, calló de rodillas y lloró la muerte de Andy.

## EPÍLOGO

Qué relativo es el tiempo cuando se trata de dolor. Y es que, dos años después de lo sucedido, lo percibía como si hubiese ocurrido el día anterior. Era como si acabase de salir de esa habitación del hospital. Pero no, habían pasado dos años. Dos largos años.

Desde entonces, la vida de Ben había cambiado mucho. Ya no percibía las cosas de la misma manera que al principio. Y, parte de eso, se lo debía a las palabras de Edrielle. Había dejado de sentir que la muerte era el final del camino, después de todo, había visto a su propio hijo partir hacia otro lugar en el que no había dolor, ni desgracias. Pensar en ello, lo aliviaba. Aunque tampoco había que quitarle el mérito a la psicóloga que visitaba una vez por semana.

Le vino bien la terapia. Expulsó mucha rabia y resentimiento.

Al principio, cuando Denise le propuso acudir a su consulta, Ben se negó. Pero con la insistencia de la joven, descubrió que aquellas personas estaban para ayudar en momentos difíciles.

Regresó a su puesto de trabajo un año después de la muerte de Andy. Al llegar, todo fue como siempre. Sus compañeros se portaron de maravilla con él y lo hacían sentirse integrado en el grupo, como si nunca se hubiese marchado.

Tenía una vida tranquila. Seguía esa rutina que a él tanto le gustaba y tenía a la mujer más fantástica del mundo.

Denise.

A ella le debía las mayores alegrías. Desde que salieron del hospital, no se habían separado ni un momento. Eran como uña y carne. Esa chica le enseñó que no todo acababa después de una pérdida de esa magnitud. Denise fue su apoyo, su amiga, su paño de lágrimas y su pareja. Al principio, tenía la sensación de que seguía vivo por ella. Lo animaba y lo empujaba a seguir con sus proyectos. A Ben le costó volar por su cuenta, pero cuando lo hizo, el amor que sentía por ella se volvió todavía más fuerte.

A pesar de las reticencias de ella en cuanto a relaciones, con él todo vino por sí solo. Cuando se fue a dar cuenta, estaban viviendo juntos. Ocurrió de la forma más natural, sin forzar situaciones, ni momentos. Ben la hacía feliz, mucho. Sus miedos desaparecían al estar junto a él. Cuando estaban juntos, podía ser ella.

Se casaron bastante pronto. Se querían y estaban seguros de que su destino era permanecer juntos. Formaban un buen equipo, se equilibraban el uno al otro. Cada vez que se miraban, sabían que ese era su lugar.

Esa tarde, después de terminar con sus respectivos trabajos, fueron a visitar a la madre de Denise. Ben ya había ido en varias ocasiones, pero la mujer no dejaba que se le acercase. Decía que vestía raro y que no le inspiraba confianza. Exactamente lo mismo que ocurría con las demás personas que intentaban entablar

una conversación con ella.

Se encontraban en la habitación de la mujer. Denise y Ben estaban sentados en una silla, frente a la ventana, y su madre de pie, mirando por ella.

—Mamá, no has saludado a Ben hoy —la reprendió Denise con suavidad.

La mujer lo observó con el ceño fruncido y negó con la cabeza.

—No me gusta, pajarita.

Denise miró a Ben con cara de arrepentimiento. Siempre le ocurría cuando lo llevaba de visita con ella. Lo pasaba mal, pues su madre despreciaba al hombre al que quería. Pero él siempre le restaba importancia. Siempre con una sonrisa en los labios. Denise lo besó con fuerza y se levantó de la silla.

—Voy a ir a por agua. Ahora vuelvo. —Posó los ojos en su madre y se puso seria—. Mamá, haz el favor de tratar bien a Ben mientras yo no estoy aquí.

Pero la atención de su madre estaba puesta en una de las paredes de la habitación. Denise se encogió de hombros, mandó un beso con la mano a su marido y salió del cuarto, cerrando tras ella.

Al quedarse a solas, la mujer miró de reojo a Ben, pero enseguida su atención regresó a la pared.

Ben se quedó pensativo unos segundos, recordando algo que Denise le dijo hacía algunos años.

—Me ha dicho su hija que hablan con usted tres mujeres.

Ella lo miró pero no contestó.

—¿Es verdad eso? —insistió Ben.

—Es verdad —asintió. Se acercó a Ben y se sentó en la silla de al lado, en la que momentos antes estaba Denise—. Mi pajarita dice que es mi cabeza la que las imagina, pero yo las veo y las oigo.

Ben asintió, dándole la razón.

—Denise me comentó que esas mujeres eran hadas.

—Sí, lo son. —El semblante de la mujer se volvió amargo—. Pero no me gusta decirlo. La gente se ríe de mí.

—Yo la creo —dijo Ben con una débil sonrisa—. Hace unos años, también vi hadas.

—¿En serio? —lo interrogó la madre de Denise con los ojos muy abiertos.

—En realidad, vi más cosas.

—¿Qué? —exclamó ella. Ben contaba con toda su atención.

—Las hadas que yo vi eran dríadas. También me encontré con un bugul noz y estuve sentado en una cabaña shide.

—¿De verdad? —preguntó alucinando. Su cara parecía la de una niña cuando le contaban un cuento—. ¿Y mi pajarita no te dice que estás loco?

—Denise no sabe nada.

—¿Es un secreto? —rio la mujer.

—Ahora también lo sabes tú. Pero, tienes que asegurarme que no vas a contarlo. Será un secreto nuestro, tuyo y mío.

—¡Trato hecho! —Le estrechó la mano con fuerza y Ben rio.

Si lo pensaba con detenimiento, no estaba seguro de que esa mujer no viese a las criaturas. Él jamás creyó en esos cuentos y tuvo que admitir que eran reales.

¿Y si la madre de Denise no mentía en eso? ¿Y si de verdad las veía?

—¿Ellas te han dicho el por qué vienen a verte? —le preguntó.

—Sí. Me hacen compañía. Dicen que el cerebro humano es imperfecto y las personas sufrimos por ello. Dicen que mi alma está perdida en algún rincón de mi cabeza. Pero a veces logran encontrarla.

Cuando Ben fue a contestar, Denise entró por la puerta con una botella de agua. Al verlos susurrar y con las cabezas tan juntas, se sorprendió.

—¡Vaya! —Tuvo que recomponer su cara al ver que su madre por fin había dejado que Ben se acercase. No pudo evitar que la alegría se notase en su cara—. ¿Qué estáis tramando vosotros dos?

Su madre pegó un salto de la silla y lo señaló.

—¡Él también ha visto hadas!

—No me digas, Ben, ¿de verdad? —preguntó ella tomándosele a broma.

Ben asintió y rio con su mujer. Nunca había hablado con Denise sobre ese tema, y no quería hacerlo. La gente no creía en magia. ¿Qué hubiese pensado Denise si, después de la muerte de su hijo, le hubiera contado que había visto a Edrielle? ¿Cómo hubiese reaccionado al saber que su hijo se había ido con ella? ¡Lo habría tomado por loco!

Las personas no estaban preparadas para esas revelaciones, y no pensaba ser él quien lo contase.

Muchas veces, cuando se ponía a pensar, llegaba a la conclusión de que esas criaturas entraban en la vida de las personas más débiles y receptivas. Aparecían y les daban esperanza. Pero, claro, eran suposiciones. Nadie sabría jamás la verdad.

Se marcharon de la residencia y tomaron camino hacia casa. Denise dejó su antiguo piso, el que compartía con Kim, y se mudó al domicilio de Ben.

Como estaba anocheciendo, decidieron ir directamente a su habitación para ponerse el pijama. Mientras caminaban por el pasillo, Ben la cogió por la cintura y la besó. Le encantaban los besos de su mujer, eran frescos y adictivos.

—Cada día agradezco más el haberte conocido —le susurró al oído—. Te quiero.

Ella sintió que su corazón se aceleraba con sus palabras. Lo rodeó con los brazos por el cuello y atrapó su boca con ardor.

—Te quiero, Ben. Me has enseñado que el amor lo puede todo.

—Eres lo mejor que tengo en la vida. Me gusta todo de ti.

Ella lo miró sonriente y ladeó un poco la cabeza.

—¿Te gusta todo de esta cría?

—Sí, quiero a esta cría con toda mi alma. —Le dio un besito en la nariz—.

Nunca podré pedirte perdón todo lo que mereces, por lo estúpido que fui contigo cuando te conocí.

—Bueno, me casé contigo sabiendo eso de estúpido, así que... —Denise rio al ver la cara de su marido, pero acto seguido pegó un bote al sentir un pellizco—. Ay, Ben.

Rieron los dos y juntaron sus bocas de nuevo. Él le apartó el cabello de la cara y le sonrió.

—¿Cuándo te vas a volver a teñir el pelo de verde?

—¿Quieres que lo vuelva tener verde? —rio—. Bueno, habrá que esperar un poco. No quiero que cuando nazca nuestro bebé lo primero que vea de mi sea mi pelo —se carcajeó.

Ben bajó la vista hacia su barriguita. La besó con amor y volvió a abrazar a su mujer.

Caminaron en silencio por el pasillo hasta que llegaron a la habitación de Andy. Sin poder contenerse, entraron en ella. Miraron a su alrededor y sonrieron.

—¿Tú crees que a Andy le hubiese gustado que su hermanito ocupe su habitación? —comentó ella acariciando la cuna que había colocada junto a la ventana.

Ben sonrió con melancolía y asintió.

—Estoy seguro de que querría a su hermano con todo su corazón. Y estoy seguro de que lo va a cuidar, desde donde se encuentre.

Denise asintió y se limpió una lágrima.

—Sí, amor, lo hará.

Ben le limpió las lágrimas y parpadeó para aguantar las suyas. Dieron media vuelta, cerraron la puerta y se encaminaron a su dormitorio.

La habitación de Andy quedó en silencio. Al marcharse Denise y Ben de allí, todo volvió a la calma. Todo... salvo por un pequeño temblor que se produjo dentro de esta, salvo por un extraño vaho que comenzó a aparecer en la ventana donde siempre se ponía Andy, y salvo por unas pequeñas letras, dibujadas en él, en las que ponía “Te quiero, papá”.

FIN